

MARTINS PERALVA

**ESTUDIANDO EL
EVANGELIO**

A la Luz del Espiritismo

INDICE

Estudiemos el Evangelio

Introducción

1. En la Predicación
2. En el Esfuerzo Evolutivo
3. Renovación
4. El Hijo del Hombre
5. El Cristo y el Mundo
6. La Mujer y el Hogar – I
7. La Mujer y el Hogar – II
8. La Primera Escuela
9. Reencarnación y Espiritismo
10. Contentarse
11. Reencarnación y Evangelio
12. Convivencia
13. Reencarnación y Familia
14. Advertencia
15. Reencarnación y Reajuste
16. Riqueza
17. Reencarnación y Rescate
18. Pobreza
19. Reencarnación y Cultura
20. Perdón
21. Reencarnación y Progreso
22. Vigilancia
23. Jesús y Dios – I
24. Jesús y Dios – II
25. Jesús y Dios – III
26. Reconciliación
27. El Cristo Victorioso
28. Ante el Futuro
29. Juventud y Evolución
30. Libre Albedrío
31. Juventud y Evangelio
32. La Elección es Libre
33. Juventud y Trabajo
34. Razón y Fe
35. Juventud y Ambiente
36. Eclipse, no
37. Juventud y Renuncia
38. La Fuerza del Ejemplo
39. Guardar

40. Cristo y Lázaro – I
41. Cristo y Lázaro – II
42. Cristo y Lázaro – III
43. Cristo y Lázaro –IV
44. Discernimiento
45. Estudio y Trabajo
46. Liberación
47. Libertad Cristiana – I
48. Libertad Cristiana – II
49. Libertad Cristiana – III
50. Infierno
51. Oveja Perdida
52. Cielo
53. Tesoro Oculto
54. Innovaciones
55. Jesús en Betania – I
56. Jesús en Betania – II
57. Jesús en Betania – III
58. La Gran Esperanza

Conclusión

“Pero Yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si yo no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”

Jesús (Jn. 16:7)

“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no la podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de Verdad, él os guiará a toda la verdad” -

Jesús (Jn. 16:12,13)

•

«Las palabras de Jesús no pasarán, porque serán verdaderas en todos los tiempos. Será eterno su código moral, porque consagra las condiciones de bien que conducirán al hombre a su destino eterno»

Allán Kardec

•

El pasaje de Jesús por la Tierra, sus enseñanzas y ejemplos, dejaron trazos indelebles, y su influencia se extenderá por los siglos venideros. Aún hoy, Él preside los destinos del Globo en que vivió, amó y sufrió.” -

León Denis

•

“Irradiemos los recursos del amor, a todos cuantos nos comparten el camino, para que nuestra actitud se convierta en testimonio de Cristo, distribuyendo entre los otros, consuelo y esperanzas, serenidad y fe.” -

Bezerra de Menezes

•

El Espiritismo, sin Evangelio, puede alcanzar las mejores expresiones de nobleza, mas no pasará de ser una actividad destinada a modificarse o desaparecer, como todos los elementos transitorios del mundo.” -

Emmanuel

•

Para cooperar con el Cristo, es imprescindible sintonizar la estación de nuestra vida, con su Evangelio Redentor.”

Andre Luiz

ESTUDIEMOS EL EVANGELIO

El perfeccionamiento del raciocinio en la Tierra, es la base de la evolución de que los pueblos se enorgullecen.

La escuela, definida como un centro avivador del intelecto, desde el alfabeto hasta la especialización académica, es el centro de la cultura. Especulaciones religiosas, realizaciones científicas, preceptos filosóficos y experiencias artísticas le deben sus fundamentos.

Todo lo que brilla, en las construcciones de la inteligencia es fruto del estudio.

Colón fue quién descubrió América; entretanto, no alcanzó su propio destino sin las anotaciones de Perestrello.

Newton enunció las Leyes de la Atracción Universal, inspirado en los principios de Kepler.

Helen Keller, cuya selecta alma adquirió el respeto de la Humanidad, no venció las sombras que la envolvían el campo de los sentidos sin el concurso de la profesora que la orientó paso a paso.

Ocurre también así, en el perfeccionamiento de las almas.

Es indispensable conocer el Bien, para que las enseñanzas del Bien nos perfeccionen la vida íntima.

Nosotros, los espíritas vinculados con Allán Kardec al Cristianismo puro, no podemos prescindir del contacto con el Divino Maestro, a través de las lecciones con que nos dirige la renovación en procura de las Esferas Superiores.

Estudiemos, pues, el Evangelio.

Es el pedido que formulamos en el comienzo de este libro que representa el valioso esfuerzo del compañero que lo produjo, en las labores luminosas de la inspiración.

Y, tal cual ocurrió en nuestras primeras páginas de sencillos comentarios de la Buena Nueva (1), repetimos aquí, con el Apóstol Pedro (2) que “ninguna palabra de la Escritura es de interpretación particular”

Emmanuel

(Página recibida por el médium Francisco Cándido Xavier)

(1) “Camino, Verdad y Vida”

(2) II Pedro, 1.20

INTRODUCCIÓN

El objetivo que nos llevó en 1957 - Año del Centenario - a la elaboración de “Estudiando la Mediumnidad”, que mereció una confortadora acogida por parte de nuestros compañeros, nos inspira también ahora, en este nuevo trabajo: “Estudiando el Evangelio” a la Luz del Espiritismo.

Ese objetivo es el de servir, con sinceridad y amor, a la causa del Evangelio y del Espiritismo.

Cristianismo y Espiritismo nos han enriquecido y alegrado los días de la existencia física, enseñándonos el respeto a Dios y a nuestros semejantes, habiéndonos así inducido a amarlos, lo que nos coloca en la posición de persona ampliamente deudora, tanto a uno cuanto a otro.

Sentimos la necesidad de esclarecer a los compañeros que por ventura llegaran a leer “Estudiando el Evangelio”, que no adoptamos la liviana actitud de quien se juzga en la condición de interpretar, exclusivamente para otros, las redentoras bellezas de las Buenas Nuevas de Reino.

Comparecemos sí, cargando conscientemente, el desgarrado ropaje de nuestra indigencia espiritual; mucho mayor, infinitamente mayor de lo que son nuestras limitaciones materiales.

En verdad, lo más correcto sería afirmar, que los cincuenta y ocho capítulos que componen este libro, elaborados algunos de ellos, bajo la acariciante envoltura de almas delicadísimas, se destinan especial y primordialmente, a nosotros mismos.

Es imprescindible resaltar que si bien carecemos del derecho de escribir sobre las verdades cristianas, pensando solamente en los otros, lo que manifestaría una inmensa presunción y una ridícula insensatez, nos asiste, innegablemente, el universal derecho de estudiarlas según nuestro entendimiento; de meditar y escribir en torno a ellas, teniendo en vista convertirlas, sobre todo, en alimento para nuestra alma ansiosa por evolucionar.

Conforme se deduce del título, “Estudiando el Evangelio” a la Luz del Espiritismo, los temas puestos en consideración traen, como no podrían dejar de tener, la marca de nuestra bendita “Doctrina Espírita”.

Doctrina de esclarecimiento, ha sido Luz en nuestro camino.

Doctrina de redención que nos ha amparado en nuestra debilidad.

Doctrina de renovación, que nos viene señalando rumbos más ciertos, reajustándonos convenientemente.

En cada frase, en cada concepto pobremente expuesto, (lo reconocemos), deseamos que se encuentre aquella sustancia doctrinaria que vuelve más grandiosa la augusta personalidad de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Quien torna más claras sus enseñanzas.

Más comprensibles sus palabras.

Más límpidas sus lecciones.

Evidentemente, (en sana conciencia nadie lo puede hoy negar), el pensamiento Evangélico, permaneció oculto durante largos siglos a la Humanidad entera.

En la mejor de las hipótesis, estuvo él adulterado desde los inolvidables días de la “Casa del Camino”, en los suburbios de Jerusalén, cuando los primero y legítimos herederos del Evangelio lo transformaban en acción y trabajo.

Lo traducían en ayuda y socorro, a favor de los hijos del sufrimiento.

Era necesario, por lo tanto, resucitarlo.

Restablecer su vigor y la belleza.

Restaurar su grandeza divina, para que el Cristo no continuase en la limitada condición de Jefe de Religiones, sino sí, como Bendición de Luz, sublime y universal, en la experiencia evolutiva de cada ser.

La misión renacentista, por así decirlo, le cupo al Espiritismo.

Y viene él realizando, con dignidad y nobleza, con eficiencia y gallardía sin traicionar el mandato honroso que el propio Cristo le otorgó, en la promesa del Consolador que vendría.

La cortina que escondía el fulgor del Evangelio, ocultándolo durante diecisiete siglos, comenzó a ser apartado luego de los memorables días de la Codificación, cuando Allán Kardec, el excelso Misionero, estableció, en la Francia de Flammarión y Víctor Hugo, los fundamentos de la Doctrina, los cimientos científicos y filosóficos que ningún temporal habría de abatir jamás, porque estaban contruidos sobre la roca de la lógica y con la argamasa del buen sentido.

Encarnados y desencarnados, principalmente estos últimos, armonizaran esfuerzos en este sentido, en magníficos e isócronos movimientos divulgadores.

Surgieran abnegados médiums en todas partes, fertilizando la Tierra, canalizando para el mundo (vitalizada y sublime), la palabra del Maestro de Nazaret.

El Hijo de María volvía para la Humanidad

Retornaba a la convivencia con los hombres, para recordarles las lecciones de simplicidad y amor.

Reencontraba las ovejas perdidas del redil, que se habían distanciado, descuidadas del establo.

Las puertas de los Cielos se abrieron, amplias y generosas, con el fin de que por ellas, brotasen mensajes de luz que irían a instigar a las criaturas al conocimiento superior, a la propia edificación íntima.

Renacen, en el corazón de los hombres, esperanzas que se figuraban muertas.

En los recodos más escondidos del alma humana, las semillas de la fraternidad, recuperarán la primitiva savia, romperán la tierra agreste, recogerán el beso del sol y la caricia de las lluvias y se transformarán en árboles colmados de frutos.

Reflorecerán en una primavera de luz y colores, los árboles de la indulgencia que el oscurantismo había decolorado.

Cristalina y pura, fluyó desde los Manantiales del Infinito, de las nacientes cósmicas, el agua que sacia por toda la Eternidad.

La misma linfa que el Maestro ofertara a la mujer Samaritana, cuando descansaba al borde del pozo de Jacob, en el suave crepúsculo de Sicar: “Dios es Espíritu; e importa que sus adoradores lo adoren en Espíritu y Verdad”.

Secundando el esfuerzo de la Espiritualidad Mayor o, ciertamente, ejecutando Su programa, innumerables compañeros, cargando aún ropaje físico, escribieron en libros y anotaciones, valiosos conceptos, notables interpretaciones que constituyen, aún hoy, bálsamo para las horas de prueba, claridad para los momentos de sombra.

Bezzerra de Menezes, Bittencourt Sampaio, Sayão, Vianna de Carvalho, Leopoldo Cirne, M. Quintão, Caibar Schutel y tantos otros, legaron a la literatura evangélica del Espiritismo, el fruto de sus fecundas labores, en la esfera de la predicación escrita y hablada.

La vida de esos obreros, que han sido inspiración y estímulo para los actuales servidores del bendito Santuario de Ismael; la devoción de sus almas; la exuberancia de sus virtudes y la firmeza de sus convicciones permanecen inolvidables en la memoria de la familia espírita brasileña, como mensaje vivo que el tiempo, las incomprendiones y los sucesos no consiguieron apagar.

No hay un tiempo, mejor o peor, para la divulgación del Evangelio: Para que sus luces penetren por la cima de los tejados, con el fin de animar a los hogares del mundo entero.

No hay un tiempo para que sus clarinadas repercutan en los montes y en los valles, en las playas y en los sitios distantes despertando a los hombres para las luchas de la renovación y del progreso con el Señor.

En la actualidad, todavía, cuando nuestro querido orbe vive las tormentosas experiencias que preceden, por regla general, a las grandes transiciones, el enaltecimiento de la figura del Cristo, la divulgación de su Evangelio y la práctica de sus enseñanzas representan un imperativo improrrogable.

El Maestro sigue siendo la mayor, la más sublime y eterna realidad que el mundo conoció hasta nuestros días.

Su Palabra permanece.

Educando y salvando.

Confortando y levantando.

Renovando e iluminando para la Inmortalidad Gloriosa.

1 EN LA PREDICACIÓN

“En donde anunciaban el Evangelio”

En los instantes de vida interior, permitidos por las luchas que se renuevan diariamente, vuelve el hombre a mirar hacia el futuro, lleno de esperanzas, con la seguridad de que en la Tierra conocerá días mejores, cuando se vea inundado por las sublimes vibraciones de la Fraternidad Legítima.

El hombre cree en el futuro.

En esa era de comprensión y paz entre las criaturas.

Por eso lucha y sufre, confía y espera...

Lucha y sufre, confía y espera el advenimiento de una etapa dorada, rica de espiritualidad, con una absoluta ausencia de sentimientos inferiores que enmarcan, indiscutiblemente, la fisonomía del mundo actual.

Ausencia del odio – que provoca la guerra.

Ausencia del orgullo – que favorece la prepotencia.

Ausencia de los celos – que encienden el fuego de la desesperación.

Ausencia de la envidia – que estimula la discordia.

Ausencia de la ambición – que abre el camino a la locura.

Ese mundo mejor no pertenecerá exclusivamente a nuestros hijos y nietos, como aseguran los que creen, tan solo, en la unicidad de las existencias.

Corresponderá a nosotros mismos, a nuestras individualidades espirituales, empeñadas hoy, en la construcción de ese mundo feliz.

De ese mundo en donde el mal no tendrá acceso, adonde no habrá lugar para las sombras, porque el bien y la luz serán en él, una magnífica constante.

A través de la Reencarnación, estaremos mañana, nuevamente, en el escenario terrestre, aquí o en cualquier otra parte, utilizando otros cuerpos, prosiguiendo de este modo, experiencias evolutivas iniciadas en remotos milenios.

Mañana, durante la cosecha, cogeremos el fruto de nuestra siembra de hoy.

Así, como participáramos ayer de redentoras luchas, que se ocultan, momentáneamente olvidadas en la polvareda de los milenios, estamos contribuyendo en la actualidad, para la edificación del porvenir.

Las conquistas de orden material prosiguen, deslumbrantes, con ritmo acelerado.

Tenemos la certeza de que, a través del esfuerzo de la Ciencia y por la sublimidad del Arte, disfrutaremos más tarde, del bienestar y el confort con absoluta ausencia del egoísmo.

Mientras tanto, en la actualidad, una serie de interrogantes invaden nuestro espíritu.

¿De que valen imponentes ciudades y puentes maravillosos, ínter ligando continentes; naves asombrosas, cruzando el espacio, en todas las direcciones, y los soberbios emprendimientos de la Medicina si, a pesar de todo ese arrojo y esa audacia del pensamiento humano, continuamos, mayoritariamente deficitarios de espiritualidad?

Verdaderamente, permanecemos mendigos de amor.

Indigentes de bondad.

Harapientos de comprensión.

Estatuas vivas de egoísmo.

*

Con Nuestro Señor Jesús Cristo, tuvo inicio en la Tierra, la preparación espiritual de la Humanidad par los jubilosos días del futuro.

Después de Él, como herederos de valioso patrimonio, se esparcieron los discípulos por todas partes, visitando ciudades y aldeas.

Plenos de alegría, “anunciaban el Evangelio”...

Eran ellos, ya en aquel tiempo, los precursores, los pioneros de la civilización del Tercer Milenio, dado a que el Evangelio es, indiscutiblemente, la base, el cimiento, el fundamento, la piedra angular de esa “Civilización de Luz”, de esa “Civilización de Amor” que el mundo conocerá.

No alcanzó, entretanto, que pregonasen la Buena Nueva de la Inmortalidad durante el Cristianismo que nacía.

Ni que derramasen generosamente su sangre en los circos romanos, de sus cuerpos dilacerados por leones africanos, en holocausto al excelso ideal del Cristianismo.

Ideal sublime, contagiante, irresistible, envolvente...

Con el tiempo, cesaron los martirios físicos, la crueldad, el ultraje.

Los circos se convirtieron en polvo, los tiranos fueron olvidados.

El servicio de expansión evangélica prosigue a pesar de todo.

Y proseguirá, en el transcurso de los siglos, edificando las bases de un mundo diferente, los cimientos del mundo mejor que deseamos, por el cual luchamos, en el cual creemos, pero que no está tan cerca como algunos suponen.

Sin el conocimiento, y principalmente sin la asimilación Evangélica, no se conocerán, por lo pronto, días mejores.

La Ingeniería continuará elevando los más bellos monumentos.

Habrán de multiplicarse las maravillas del mundo.

Se sublimarán las manifestaciones del pensamiento y de la cultura académica..

Mas si el espíritu del Cristianismo no fuera realmente, sentido y aplicado, el mundo del mañana – el ensalzado mundo del Tercer Milenio, habrá de asemejarse a una inmensa necrópolis, con soberbios y helados sarcófagos.

Insensibles, sin calor, sin vida...

Sepultura triste – guardando cenizas de presunción y vanidad.

Es urgente pues, que sea el Evangelio intensamente anunciado, con el fin de que su divino perfume aromatice las florestas, los campos, los mares profundos, los cielos lejanos.

Obviamente, no preconizamos su simple anuncio oral o escrito.

El anuncio de la tribuna, del periódico o solamente a través del libro.

Nos referimos, sobretodo, al anuncio vivido, ejemplificado, capaz de contagiar, de convertir, de transformar a cuantos le sientan la influencia dinámica y renovadora.

En el pasaje que estamos estudiando, ultrajados e incomprensidos, los anunciadores del Cristianismo, huían hacia otras ciudades, “en donde anunciaban el Evangelio”, con el mismo denuedo, el mismo entusiasmo, el mismo idealismo y la misma perseverancia.

Invencibles, dejaron con sus huellas luminosos rastros.

La civilización del Tercer Milenio quedará retardada si nos cruzamos de brazos, si no espiritualizamos las adquisiciones humanas.

Será un agradable sueño si no unimos, a todas las conquistas de la ciencia el más bello aspecto de la vida, que es el Espiritual.

El más notable monumento puede convertirse, en un instante, en escombros y cenizas.

Pero el corazón que, por la fuerza del Evangelio, se eleva hacia el amor, es luz dentro de la Eternidad, que nunca más se apagará...

2

EN EL ESFUERZO EVOLUTIVO

“Id y predicad el Evangelio”

En el conmovedor acontecimiento de la evolución universal, es el hombre, en la Tierra y en el Espacio, un valioso colaborador de Dios.

Si los Espíritus Superiores operan, en el Plano Extrafísico, con vistas al perfeccionamiento de los encarnados, estos a su vez, realizan esfuerzos en idéntico sentido, sintonizando e integrándose a la sublime tarea del esclarecimiento espiritual.

No existen dos vidas distintas, separadas, independientes..., hay por lo contrario, *una sola vida*, que se caracteriza por dos etapas.

La primera, en el mundo espírita o espiritual, que sobrevive a todo, que preexiste al nacimiento en la Tierra, conforme lo esclarece la Doctrina.

La segunda, luego del nacimiento en el mundo corpóreo, en el llamado mundo material o físico.

Las dos etapas son, entretanto, correlativas. *Interaccionan una sobre la otra incesantemente*, informan los Instructores Espirituales, (esclarece la Codificación).

Cuanto mayor el número de almas ennoblecidas que vengan a habitar en la Tierra, más rápidamente ascenderá ésta en el concierto de los mundos, que en fabuloso torbellino, ruedan por el espacio inconmensurable.

De igual manera, cuanto mayor sea el número de almas evolucionadas que retornen a la Tierra, más se purificará el ambiente espiritual en las regiones próximas al Planeta.

Como se ve, la posición de los encarnados influye en la vida del Más Allá, tanto cuanto el comportamiento de los espíritus influye en el paisaje físico del globo.

Urge pues que haya simultaneidad en el trabajo, en este sublime intercambio entre el mundo espírita y el mundo corpóreo.

La Humanidad Terrena, no puede deponer las armas en el afán de superar las propias deficiencias, corrigiendo las propias imperfecciones, preparando fuertes contingentes espirituales que, más tarde, volverán infaliblemente al mundo, restituyendo los valores sublimados y eternos aquí recibidos.

Cuando Jesús, observando las luchas en el escenario terrestre, aconsejó el “id y predicad el Evangelio”, no pretendió, en manera alguna, que fuesen los discípulos, tan solamente a confortar a los que sufren, consolar a los afligidos y

dar buen ánimo a los desalentados del camino. Evidentemente, tuvo como fin que, de aldea en aldea, ciudad por ciudad, se preparasen almas para el reino que oportunamente habría de construir en el corazón de la Humanidad entera.

Jesús vino principalmente a educar. Y el objetivo de la predicación del Maestro se extiende tanto hoy como ayer, más allá de las fronteras de nuestro escaso conocimiento.

La palabra del Señor es, simultáneamente, pan y luz en el camino. En la Tierra y en el espacio.

“Yo soy el pan de vida”

“Yo soy la Luz del Mundo”

Pan que alimenta, fortalece y anima.

Luz que esclarece, orienta, y da responsabilidad.

Comiendo de ese pan alegórico, se nutre el hombre definitivamente. Nunca más tendrá hambre.

Bañándose en esa luz, se torna consciente de su glorioso destino, artífice de su propia evolución.

Entiende qué papel le cabe, en la obra general colectiva, de perfeccionamiento de los seres, en una contribución que por diminuta, no por eso es menos valiosa.

Hay, en esa colaboración, un mérito indiscutible: el de la buena voluntad.

Aquel que siente, dentro de sí una chispa de la Claridad Divina, puede y debe influenciar en el sentido de que todos coparticipen de su programa de perfeccionamiento.

Esta influencia no siempre se manifestará a través de un mayor o menor número de libros que escriba, o de conferencias que profiera, sino por la efectiva ejemplificación en el Bien, en la Moral y en el Saber.

Si el contingente mayor de encarnados se constituye de seres retrasados e infelices, innegablemente es muy grande el campo de actividades del obrero evangelizador.

La extensión de ese campo desafía su esfuerzo y perseverancia, el dinamismo y la resistencia.

Inteligencias menos desarrolladas vagan en las sombras de la Tierra y del Espacio, reclamando caritativa orientación.

En las guaridas del crimen y de la locura yacen desventurados compañeros del camino, aguardando simplemente una frase alentadora o un concepto renovador.

La palabra del Maestro sigue resonando..., resonando.

Imperativa y fraterna, cual mensaje de esperanza, la invitación a “Id y predicad el Evangelio”.

3 **RENOVACIÓN**

“Brille vuestra luz”

El supremo objetivo del hombre sobre la Tierra, es el de su propia renovación.

Aprender, meditar y mejorarse, a través del trabajo que dignifica, es nuestra finalidad; el sentido divino de nuestra presencia en el mundo.

Habiendo descendido el Cristo, desde las Esferas de Luz de la Espiritualidad Superior a la Tierra, tuvo por propósito orientar a la Humanidad en la dirección del perfeccionamiento.

“Brille vuestra Luz”, es la sentencia de orden, enérgica y suave, de Jesús a cuantos heredamos el patrimonio evangélico, traído al mundo al precio de su propio sacrificio.

La infinita ternura de su angelical alma nos sugiere, incisiva y amorosamente, el esfuerzo benéfico, “Brille vuestra Luz”.

El interés del Señor es el de que sus discípulos de ayer, de hoy y de cualquier tiempo, resulten ennoblecidos por medio de una existencia moralizada, esclarecida, fraterna.

El Evangelio está ahí, como regalo de los Cielos, para que el ser humano se colme con sus bendiciones, se inunde con sus luces, se fortalezca con sus energías, se enriquezca con sus enseñanzas eternas.

El Espiritismo, en particular, como reviviscencia del Cristianismo, también está ahí, ofertándonos los inconmensurables tesoros de la Codificación.

Se puede preguntar: ¿De que más precisa el hombre para engrandecerse, por la cultura y por el sentimiento, si no le faltan los elementos de renovación plena, integral y positiva?

¿Qué falta al hombre moderno, usufructuario de tantas bendiciones, para que “Brille su Luz”?

La renovación del hombre, bajo el punto de vista moral, intelectual y espiritual, es sin duda, difícil: mas es francamente realizable.

Es tan solamente indispensable, el disponerse al esfuerzo transformador, con la consecuente utilización de esos recursos, de esos medios, de esos elementos que el Evangelio y el Espiritismo nos ofrece exuberante, harta y abundantemente, sin la exigencia de cualquier otro precio a no ser el paga de una cosa bien simple: la buena voluntad.

La disposición de la auto mejoría.

Para renovarse, el hombre tiene que establecer un triple programa, como punto de partida para su realización íntima, a fin de que “Brille su Luz”, basado en el Estudio, en la Meditación y en el Trabajo.

ESTUDIO: El estudio se efectúa a través de la lectura del Evangelio, de los Libros de la Doctrina Espírita y de cualquier obra educativa, religiosa o filosófica, que lo lleven a proyectar la mente en la dirección de las ideas superiores.

El estudio debe ser meditado, asimilado y puesto en práctica, con el fin de que se transforme en frutos de renovación efectiva, positiva y consciente: “Conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres”.

MEDITACIÓN: La meditación es acto por el cual se vuelve el hombre para dentro de sí mismo, en donde encontrará a Dios, en el esplendor de su Gloria, en la plenitud de su Poder, en la ilimitada expansión de su Amor: “El Reino de Dios está dentro de vosotros”.

A través de la oración, en la meditación, obtendrá el hombre la fe que necesita para la superación de sus debilidades y la esperanza que le estimulará al bien y el buen ánimo en el impulso glorioso, como así también la estabilidad y el bienestar que le asegurará, en los momentos difíciles, el equilibrio interior.

En la meditación y la oración aspira el hombre su propia tonificación, su propio fortalecimiento moral y la inspiración para el bien.

TRABAJO: En tesis general, el Trabajo, para el ser en proceso de evolución, se configura bajo tres aspectos fundamentales: material, espiritual y moral.

A través del trabajo material, propiamente dicho, se dignifica el hombre en el cumplimiento de los deberes para consigo mismo, para con la familia que Dios le confió y para con la sociedad de que participa.

Por el trabajo espiritual, ejercita la fraternidad para con el prójimo y se perfecciona en el conocimiento trascendente del alma inmortal.

En el campo de la actividad moral, luchará simultáneamente por adquirir cualidades elevadas o, si fuera el caso por sublimar aquellas con las que se siente ya enlazado.

En resumen: adquisición, cultivo y ampliación de cualidades superiores que lo distancien, definitivamente, de la animalidad en la que ha permanecido de milenios en milenios: “Es en vuestra perseverancia que poseeréis vuestras almas”.

•
La Palabra del Señor, “Brille vuestra Luz” nos impele en la actualidad a la realización de este sublime programa:

Renovación moral, cultural y espiritual.

El sendero es difícil, el camino es largo, repleto de espinos y piedras, de obstáculos y limitaciones, no obstante, la meta es perfectamente alcanzable.

Tan solo una cosa es indispensable: un poco de buena voluntad.

Buena voluntad constructiva, eficiente, positiva.

El resto vendrá en el curso de largo viaje...

4 EL HIJO DEL HOMBRE

“...no tenía donde reclinar la cabeza”

Nació en un establo.

No tenía en donde descansar la cabeza.

Murió en una cruz, escarnecido y humillado.

Tal es la historia conmovedora y bella, sublime e incomprensible del Cristo de Dios.

De aquel que *estaba en el mundo, el mundo fue hecho por intermedio de Él, pero el mundo no lo conoció.*

La lección es, innegablemente, profunda.

Del establo al Calvario, su vida fue un cántico de misericordia y amor, simplicidad y comprensión, indulgencia y grandeza.

En el establo, nació entre pacíficos animales y sencillos pastores.

En el mundo, vivió entre mujeres, niños y hombres infelices.

En la Cruz, murió entre vulgares ladrones, escribiendo, con todo en el Gólgota, la más deslumbrante epopeya que la Humanidad haya presenciado.

Muchos hombres nacieron en “cuna de oro”, mas encarnaron existencias insignificantes.

Pasaron por el mundo cercados de honras, ostentando títulos y pomposos galardones, disputando laureles y consideraciones, pero vieron sus nombres olvidados tan luego descendieran a la tumba.

Tuvieron sus cuerpos guardados en féretros espléndidos, mas a pesar de las fastuosas pompas fúnebres con que les honraron, nada hicieron para que el mundo les perpetuase el nombre, la obra y la memoria.

El hombre no vale por la casa, ni por la cuna en donde nació.

No importan las consideraciones de que fue objeto, espontáneas o provocadas.

No tiene valor intrínseco la majestuosidad del mausoleo que le recogió los despojos carnales, en el debido tiempo.

No tuvieron los padres de Jesús una tradición de aristocracia genealógica que le facilitase los pasos en la caminata por el mundo y que le favoreciese el triunfo y la gloria, el poder y el mando.

Nada que le preservase de la malicia y de la crueldad, ni del escarnio, ni del oprobio del populacho inconsciente, desvariado y perverso.

José, su padre, carpintero anónimo de Nazaret, no disfrutaba del prestigio temporal.

De la mañana a la noche, manejando el hacha y el formón, ganaba, con el sudor de su frente, el alimento de cada día.

No era de familia noble, según la concepción humana; no conocía los Altos Círculos de su tiempo, pero era rico en cualidades superiores, en bienes espirituales.

Su vida y su programa era sencillo; el templo, el taller y el hogar humilde y honrado.

María, su madre, era una mujer sin renombre social, mas virtuosa y pura, inmaculada y santa.

Su mundo era el hogar.

Su felicidad, su esposo y su hijo.

Si su hogar era su santuario, la sinagoga era el paraíso.

En el hogar y en la sinagoga conversaba con Dios, diariamente, en silencio y divina comunión.

Como se ve, no vale el hombre por la riqueza de la cuna en que durmió el primer sueño; por la opulencia en que vivió; ni por la suntuosidad con que lo enterraron.

Vale el hombre (y de eso da ejemplo la vida del Señor) por la Valorización que faculta el saber dar a los minutos, a las horas, y finalmente, a la existencia.

•

El Maestro no tenía donde descansar la cabeza.

“Las fieras, aseveraba Él, tenían sus cubiles”.

“Las aves, continuaba, tienen sus nidos”.

“Mas el Hijo del Hombre, concluía, no tiene en donde reclinar su cabeza”.

El Cristo de Dios, el Salvador del Mundo, no tenía en donde reposar su augusta cabeza.

El Redentor de la Humanidad, la Luz de todos los Siglos, no conocía una mínima comodidad.

A pesar de eso, el Farol que encendió en la cima del Calvario, cuando parecía derrotado y vencido, continúa iluminando los eternos caminos de la Humanidad planetaria.

Los hombre, todavía engañados, buscan la fortuna y el poder, en la dulce ilusión de que el poder y la fortuna pueden asegurar, en la vida espiritual, la gloria que no se extingue.

Quien no busca, ávidamente y a cualquier precio, inclusive la propia dignidad, la riqueza y la seguridad, es categorizado, en el mundo, en el nivel de insensato, soñador y fantasioso.

El mundo no comprende al hombre que se limita a obtener lo indispensable al sustento de quienes constituyen su grupo familiar.

Así como Él vino “a lo que era suyo”, y “los suyos no lo recibieron”, la mentalidad humana no puede entender a aquel que no se obstina en acumular tesoros que la polilla consume, el ladrón roba y el tiempo destruye.

Hoy es admirado el hombre que sabe amasar fortuna, aunque la vida de ese hombre sea inocua, vacía, egoísta. El Cristo, evidentemente, no fue un mendigo, pero tampoco fue un millonario de bienes terrenos.

Los tesoros de Dios estaban en su corazón.

Tesoros que distribuía en abundancia, a la saciedad, pródigamente en el consuelo a los desalentados y en el esclarecimiento a los ignorantes.

El Cristo, el “médium de Dios” según Kardec y Emmanuel, no tenía en donde reclinar su cabeza.

Aquella cabeza que supervisara, desde los Celestes Espacios, la formación de la Tierra.

Empleando sencillas sandalias, recorría incansablemente, las calles de la Palestina, las Playa del Tiberíades. Vistiendo simplemente una túnica desprovista de cualquier ornamento que revelase superficialidad, podía, entretanto, ofrecer a los hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, las monedas de la Fe y de la Esperanza en la Vida que no Muere.

Señalaba el valor de los patrimonios espirituales, repitiendo, innumerables veces: “Tu Fe te ha salvado”.

Recuerda el peligro de los bienes perecibles, advirtiéndolo: “no os fatiguéis por poseer oro, o plata, o cualquier otra moneda en vuestros bolsos”.

A Judas, el discípulo inestable, recomendaba: “...la bolsa es pequeña, con todo, permita Dios que nunca sucumbas a su peso”.

Si deseamos la Gloria de la Vida Inmortal, lo que nos compete, es sin duda, el cumplimiento de todos los deberes que la vida nos sugiere, dado a que igualmente, no tengamos en donde reclinar nuestra cabeza.

La Gloria se obtiene en la vivencia Cristiana, escribiendo, incesantemente, en el Libro de la Vida, las obligaciones que aseguren el

nuestro, y el equilibrio de cuantos evolucionan con nosotros, en busca de la perfección con Jesús.

5 **EL CRISTIANO Y EL MUNDO**

“No os pido que os apartéis del mundo”

No se puede concebir, enfrente a las palabras del Señor, en la “oración de los discípulos”, de que puedan los hombres aislarse del mundo, bajo pretexto de mejor servir a Dios.

Es de suponerse, todavía, que los cenobitas modernos, no hayan reflexionado aún en torno al razonamiento citado por el Evangelista.

Si sorprende, en la actualidad, tal conducta, encontramos un cierto justificativo en la conducta de los eremitas del pasado, venerables y santas figuras que buscaban el aislamiento en grutas desiertas.

Los anacoretas, cuyos nombres aún hoy son reverenciados, adoptaban una vida de entera renuncia, con el propósito de despertar al hombre a los problemas del alma, cuya excelsitud y valía podían ya experimentar.

Sin embargo, todo tiene su tiempo y su época.

En la actualidad, el aislamiento en monasterios o cavernas, sin una finalidad práctica, sin provecho para los semejantes, expresaría egoísmo y acomodamiento a la buena vida.

Significa escapar al trabajo.

Cuando alguien huye, del torbellino de las metrópolis, por lo general es para ejercitarse en la confraternización. Para edificar escuelas que instruyan y eduquen a la infancia y a la juventud, para construir hospitales que socorran a enfermos pobres o para erigir abrigos que aseguren a los viejos una existencia más tranquila en el declinar de su experiencia terrena.

Las palabras del Maestro, en la llamada “oración sacerdotal”, traducen cautela, revelan prudencia.

El pensamiento de Jesús, “No os pido que os separéis del mundo y sí que os alejéis del mal”, era el de impedir que los discípulos fuesen a empañar el fulgor de la Buena Nueva, el Universalismo de la Doctrina Cristiana, con un posible retroceso hacia las luchas mundanas.

La fuga al trabajo, a los deberes inmediatos podría crear un precedente peligroso para las futuras realizaciones del Evangelio.

Los discípulos, en aquella época, tanto cuanto nosotros en la actualidad, no prescindían del fogoso clima de las luchas terrestres, por cuanto las luchas corrigen, perfeccionan e iluminan.

La oración del Señor, proferida en voz alta, habría de causarles una impresión duradera. Repercutiría, profundamente, en los siglos que se avecinaban.

Es así que, en la hora de la partida, cuando se preparaba para el retorno a las esferas de luz de desconocidas regiones, les fija definitivamente, el procedimiento a seguir en el mundo, de manera que, permaneciendo ellos en el mundo, diesen al mundo testimonio de lucha y trabajo, comprensión y amor.

Es por eso que los compañeros del Maestro fundaron la “Casa del Camino”, en donde el hambriento recibía alimento, el desnudo encontraba vestido y en donde el enfermo encontraba amparo.

Nadie puede dar testimonio de valor espiritual si no vivió pruebas difíciles, dramas intensos, complicados problemas, si no viajó sobre aguas borrascosas.

Tampoco ninguno puede dar testimonio de resistencia moral si no sintió el impacto de fuertes tentaciones, sobreponiéndose, no obstante a todas ellas, con la firme determinación de vencer, en el deseo de realizarse.

En un convento, en una caverna, en la soledad, tales oportunidades difícilmente se presentarán

Vivir en el mundo – sin adherirse al mundo.

Vivir en el mundo – sin participar de sus pasiones.

Vivir en el mundo – sin entregarse al mundo.

Vivir en el mundo – mas librarse del mal.

Transitar por la Tierra – sin zambullirse en el lodazal de los vicios, es prueba difícil, sin embargo no imposible.

Pide decisión, esfuerzo, persistencia.

Conociendo la posibilidad de crecimiento espiritual, que era una constante en la vida de los discípulos, mas reconociéndoles no obstante, la fragilidad humana, rogaba Jesús al Padre; “No pido que los apartes del mundo y sí, que los guardes del mal.”

Se nota en el pedido del Maestro una amorosa exhortación a la vigilancia, para que no fuesen ellos a sucumbir ante el mal, en sus más diversas manifestaciones.

El mundo, con sus conflictos y tentaciones, les significaba, sin duda un clima propicio para las experiencias renovadoras. Con todo, fortalecidos por las inmortales lecciones de Jesús, se habrían de convertir, como de hecho así sucedió, en ejemplos vivos y actuantes de amor y trabajo.

El heroísmo de los primeros cristianos regó el árbol del Cristianismo.

La abnegación y el sacrificio de los hombres de la “Casa del Camino”, a las afueras de Jerusalén, prepararon, para todos los siglos y milenios a seguir, la siembra del Evangelio.

6 LA MUJER Y EL HOGAR

I

“Cada uno permanecía en la vocación en que fue llamado”

Uno de los más bellos aspectos del Espiritismo, es sin duda, el que se refiere a los problemas de la ubicación de la mujer en el hogar.

Y este hecho, de por sí mismo expresivo y jubiloso, evidencia de manera incuestionable, el influjo de nuestra Doctrina en las tendencias de progreso que señalan en la actualidad, a las conquistas humanas; influencia segura y benéfica, provechosa y constructiva.

Los movimientos feministas se han revelado inoperantes, por lo menos hasta hoy, toda vez que no consiguieran infundir, en la mujer, la comprensión sublime de la tarea que le cabe en la preparación de la Humanidad del porvenir.

La verdad que no se puede desmentir, es que, en la actualidad los hogares se están vaciando en la misma proporción en que los clubes se encuentran cada día más frecuentados.

En cuanto a la música sin inspiración, al baile, a la bebida y el juego van consumiendo la salud y el dinero, el buen ánimo y la confianza de los matrimonios desprevénidos, millares de criaturas, de todas las edades, huérfanas de padres vivos, necesitadas de cariño y asistencia, permanecen en los hogares bajo la guarda de auxiliares no siempre dedicados.

En otros casos, los adolescentes acompañan a sus genitores a los clubes, o buscan ellos mismos, ambientes en donde esperan y procuran vaciar, trasnochadamente, la taza del placer y la ilusión.

Aunque Pablo, trazando directrices sobre la estabilidad de la familia, recomienda a los Corintios que “cada uno permanezca en la vocación en que fue llamado”, esto es, la mujer en el hogar, educando y asistiendo a los hijos, y el hombre en los deberes inherentes a la propia naturaleza, lo que se percibe en la actualidad es que, en cuanto los hogares se despueblan, los clubes se llenan.

Deslumbrada por los ruidosos eslóganes de reivindicaciones de todo tipo, va la mujer dejándose conducir poco a poco, por el camino de lo superficial, olvidando lamentablemente, de que la más importante reivindicación que podría lograr, es la de seguir reinando, soberana, en su hogar.

No conocemos postulación más sublime, más grandiosa para la mujer; esposa y madre, compañera de su compañero, educadora de sus hijos.

Si la escuela instruye, el corazón materno educa.

Por tanto, dos realidades se afirman: 1º) el despoblamiento de los hogares, con los naturales y consabidos peligros a la estabilidad del instituto doméstico, y 2º) el rápido crecimiento de los Casinos y Clubes Nocturnos, en donde la futilidad y el vino hacen pareja con la desconfianza y la seducción, en la vertiginosa carrera para un más pronto desmoronamiento de las sagradas bases de la familia.

La mujer contemporánea, especialmente en los llamados “medios civilizados”, procura ajustarse, por esnobismo e ingenuidad, al falso concepto de modernismo o modernidad.

Comienza a perder así, sin que ella lo perciba, a fuerza de pequeños y sucesivos golpes, el gusto por el hogar, la satisfacción de ser la compañera de sus hijos.

El adornado ambiente de los clubes, le alegra más el corazón, que la simplicidad, el recato del santuario doméstico, en donde se plasman los caracteres y de donde parten, para el más inseguro de los inciertos destinos, los futuros ciudadanos del mundo.

7 **LA MUJER Y EL HOGAR** II

*“...cada uno permanezca frente a Dios,
en aquello que fue llamado.”*

La mujer fue llamada para el hogar.

Compitiendo y rivalizando con los hombres, inclusive con algunos excesos, viene acostumbrándose paulatinamente al abandono de la casa.

Posterga así, de manera imperceptible, el más sublime e intransferible derecho que el matrimonio y la maternidad edificante le conceden.

Abandona peligrosamente, al más bello atributo con que Dios la invistió, cual es el de educar ella misma a los hijos, con la transferencia (¡Oh infeliz y desnaturalizada transferencia!), de esa divina atribución a las nodrizas y auxiliares, muchas de ellas desprovistas de cualquier sentimiento afectivo para los pequeñitos que el descuido materno coloca en sus brazos.

Si, tan solo en los brazos.

Abandona, (maravillada la mujer ante el brillo de las reuniones sociales), a la suprema ventura de acompañar, muchas veces con lágrimas y sacrificio, el desenvolvimiento mental y moral de sus hijos; de participar de sus tristezas y alegrías; de sentirles y, anotar para corregirles, los pequeños y grandes defectos que les piden rectificación mientras todavía es tiempo..., defectos y desprolijidades cuyo precio en el futuro, pueden ser la desgracia y el sufrimiento, la miseria y el crimen.

La mujer parece no oír la advertencia del Apóstol Pablo: permanecer en aquello para lo que fue llamada..., permanecer como reina del hogar y sacerdotisa de la familia.

Fijar el elemento femenino en el hogar, (evitando que este se vacíe por completo, y haciendo comprender que es este, la primera asociación que la criatura conoce y de la cual participa), es la misión del Espiritismo en la actualidad y desde siempre.

Misión grandiosa, impostergerable, seria, divina.

Existen madres en gran número, (y eso nos constituye novedad alguna), que nada saben de sus hijos, de sus problemas, de sus necesidades, de sus deficiencias.

La vida social intensa, expresándose casi siempre, a través de consecutivas actividades nocturnas, en los clubes o residencias amigas, en donde el aperitivo y el juego disputan el título de ser el más eficiente

“destructor de la paz doméstica”, obliga a los padres a ir para un lado y los hijos para otro.

Asegura Emmanuel, nuestro querido y respetado instructor, que el feminismo legítimo “debe ser el de la reeducación de la mujer para el hogar, y nunca para una acción contraproducente fuera de él.”

Es eso lo que el Espiritismo, a través de sus divulgadores, pretende y debe hacer.

No deseamos violentar el libre albedrío de quien quiera que sea, hombre o mujer, sino encaminar el esclarecimiento fraterno y constructivo.

Indicar los males consecuentes del desamor al hogar, sagrada institución, que tuvo por fundamentos, en la Tierra a tres singulares personajes.

La nobleza de un carpintero que se llamabas José.

La santidad de una virgen que se llamaba María.

La sabiduría y la bondad de una criatura que se llamaba JESÚS.

Sería una infantilidad por nuestra parte negar que mujeres ilustres contribuyeron, en todas las épocas de la Humanidad, actuando fuera del hogar, para el progreso de la Ciencia y del Arte, de la Filosofía y la Religión.

Aún así, todavía nos place la definición del apóstol de Tarso. Confortanos la observación de Emmanuel.

De la misión de la mujer dentro del hogar; de su sacrificio y de su renuncia; de su sufrimiento y de sus lágrimas; de su abnegación y su anónima labor, surgirá para la humanidad, el mañana de luz.

Es en el hogar, entre esas cuatro paredes de una casa, modesta u opulenta, que el alma infantil recibe las primeras lecciones de sensibilidad y cariño; las primeras manifestaciones de nobleza y comprensión.

Y no olvidemos que un día, las madres del mundo entero oirán, en la acústica de las propias conciencias, la voz de Dios, en forma de acusación o loor:

“¿Madres, que hicisteis de los hijos que os confié?...”

8

LA PRIMERA ESCUELA

“Dejad que los niños vengan a mí...”

Cuando Jesús, se atribuyó a sí mismo la cualidad de ser Camino, Verdad y Vida, no marcó, lógicamente, una declaración de orden personal, sino que ciertamente hizo referencia al mensaje que trajera al mundo, en nombre y por delegación del Padre.

Sin duda, se reportaba el Maestro, en sus enseñanzas, al sendero que trazaba como norma de perfeccionamiento, a la moral que predicaba y ejemplificaba.

El Evangelio es el Camino porque, siguiéndolo, no nos perderemos en las sombrías veredas de la incomprensión y el odio, de la injusticia y la perversidad, sino que recorreremos con gallardía y éxito, los luminosos senderos de la evolución y del progreso..., de la ascensión a la felicidad que no se extingue.

El Evangelio es la Verdad, porque es Eterno. Desafía a los siglos y transpone los milenios. Se pierde en lo infinito de los tiempos...

El Evangelio es Vida, porque el alma que se alimenta de él, y en él vive, ganará la Vida Eterna. Aquel que cree en Jesús y practica sus enseñanzas, vivirá a pesar de estar muerto.

*

Dejar a los niños “ir” hacia Jesús, llevar a las criaturas al Maestro, no significa, entonces, organizar, objetiva y materialmente, una caravana de espíritus de niños (encarnados o desencarnados), para que, en luminoso carruajes, rompiendo las barreras espaciales, vencer las distancias cósmicas y postrarse, devotamente, frente al Excelso Gobernador Espiritual del mundo, con la finalidad inconcebible, por lo absurda, de tributarle pomposos homenajes.

Conducir a las criaturas hacia Jesús, significa infundir en sus corazones los preceptos Evangélicos, con el fin de que sus actos puedan revelar, en el futuro, nobleza y dignidad.

El Espiritismo, a través de las escuelas de evangelio, viene cuidando de llevar a los pequeñitos hacia el Maestro, haciéndolos comprender las inmortales lecciones de la Buena Nueva del Reino.

Urge, no obstante, que el trabajo meritorio de nuestras instituciones, polarizándose en las criaturas, no encuentre obstáculos en la falta de preparación evangélica de los padres, para evitar que el niño escuche, en los Centros, luminosos conceptos de espiritualidad y moral, mas “vea” y “sienta”,

dentro de su casa, en el propio hogar, inadecuadas actitudes de egoísmo y torpeza.

No basta, entonces, con evangelizar a las criaturas en las Instituciones Espíritas. Es imprescindible que esa educación llegue, también a los padres o responsables, evitándose de este modo que se establezca en la incipiente alma infantil, la desastrosa confusión de “ver y oír”, en casa, actitudes y conceptos bien distintos a los que “ve y escucha” en las aulas del Evangelio y el Espiritismo.

La primera escuela es el hogar.

Y el hogar Evangelizado da a la criatura, gravándole en la conciencia, las firmes nociones del Cristianismo sentido y vivido.

Le imprime en el carácter, los elementos fundamentales de la educación. Es necesario que el niño sienta y se impregne, en el santuario doméstico, desde los primeros instantes de la vida física, de las sublimes vibraciones de que solo un ambiente evangelizado puede asegurar, para que simultáneamente, con su desenvolvimiento moral e intelectual, pueda ella “ver” lo que es bello, “oír” lo que es bueno y “aprender” lo que es noble.

Si el hogar no es Evangelizado, las lecciones recogidas fuera de él pasan a ser para el niño, tan solo, un conocimiento más, en el campo religioso, para la inteligencia infantil. Un conocimiento que no pasa de ser un accidente instructivo. Y lo que debemos buscar es la realidad educativa moral, que tenga un sentido de permanente renovación.

Cuidar al niño, olvidando a los “padres del niño”, nos parece un esfuerzo incompleto.

No ayuda que sea aconsejada la criatura, en la escuela del evangelio, por devotas instructoras e instructores, a expresar sus actos de la manera más correcta, si luego observa en el propio hogar, palabrotas y maliciosas artimañas, impropiedades e insultos.

Si el hogar es una escuela, (La Primera Escuela), y si los padres se presentan ante los hijos como sus primeros educadores, lo que vemos desde nuestro punto de vista sobre la cultura y el respeto, experiencia y autoridad, es que evidentemente, el niño se inclinará, entre los padres que profieren palabrotas y groserías, y las maestras de evangelio que enseña las buenas maneras y sobriedad en el vocabulario, por seguir el ejemplo de los primeros.

Con los padres, el niño duerme, se levanta, se alimenta...; convive a través del tiempo.

La convivencia del niño, en las aulas del Evangelio, con sus instructores, se verifica una vez en la semana, durante una hora o poco más. Y no nos olvidemos, de que ante el concepto de los hijos, los padres son los “mayores.”

Contribuir para que los pequeños puedan “ir a Jesús”, mediante el aprendizaje evangélico representa, a nuestro ver, una providencia recíproca, simultánea con el esfuerzo de “llevar a Jesús” a los padres, preparándolos, condignamente, para la misión de la paternidad o de la maternidad.

Enseña la sabiduría popular que, “el ejemplo debe venir desde arriba.”

9

REENCARNACIÓN Y ESPIRITISMO

“Os es necesario nacer de nuevo...”

No fueron los espíritas quienes inventaron la Reencarnación, (palabra que escribimos con mayúscula, como homenaje de nuestra alma agradecida a la sabia y misericordiosa Ley que proyectó una luz, hasta el entonces incomprendido problema del Ser, el Destino y el Dolor).

La enseñanza reencarnacionista viene desde muy lejos, de pueblos antiguos y remotísimas doctrinas.

Le cupo al Espiritismo, la honra y la gloria de estudiarlo, sistematizándolo para convertirlo, finalmente, en uno de los principales, (sino el más importante) fundamento de su granítica estructura doctrinaria.

Grandes personalidades del pasado, en el campo de la Religión, de la Filosofía y de la Ciencia, aceptaban y difundían la Reencarnación.

Orígenes, (nacido en el 185 y fallecido en el 254), considerado por San Jerónimo como la mayor autoridad de la Iglesia de Roma, afirma, en el libro “De los Principios”, en fortalecimiento de la tesis básica del Espiritismo: “La causa de la variedad de condiciones humanas son debidas a las existencias anteriores.”

Son también, del eminente y consagrado teólogo las siguientes palabras: “Las condiciones en que cada uno de nosotros nace en la Tierra, cuando aquí llegamos, son la consecuencia fatal de cómo se haya actuado anteriormente en el Universo.”

Así mismo dice: “Elevándose poco a poco, los Espíritus llegan a este mundo y al conocimiento de él. De ahí subirán a un mundo mejor y llegarán a un estado tal que nada más tendrán que agregar.”

Krishna, en el Bhagavat Gita, (el Evangelio de la India), predica, con absoluta e innegable claridad: “Yo y vosotros tuvimos innumerables nacimientos. Los míos solo son conocidos por mí; mas vosotros no conocéis los vuestros.”

Los Vedas, millares de años antes que Jesucristo, difundían con largueza la idea reencarnacionista.

Buda aceptaba y predicaba la Reencarnación.

Los sacerdotes egipcios enseñaban que “las almas inferiores y quedan aprisionadas a la Tierra, por múltiples renacimientos, y que las almas virtuosas suben, volando hacia las esferas superiores, en donde recobran la visión de las Cosas Divinas.”

En Grecia, admirable cuna de verdaderos cóndores del pensamiento y la cultura, encontramos a Sócrates, Platón y Pitágoras como fervorosos paladines de las vidas sucesivas.

Sócrates enseñaba que “las almas, después de haber estado en el Hades el tiempo necesario, son reconducidas a esta vida en *múltiples y largos períodos*.”

La enseñanza pitagórica era, como es notorio, esencialmente reencarnacionista, proviniendo de él, por la falsa interpretación de las mentes poco evolucionadas, la errónea teoría de metempsicosis.

Entre los romanos, Virgilio y Ovidio, diseminaban los principios reencarnacionistas.

Ovidio llegaba a decir: “cuando mi alma llegue a la pureza, irá a habitar en los astros que pueblan el firmamento”, admitiendo así, semejante a los Espíritas, la continuidad de la vida en otros planetas.

San Jerónimo, afirmaba a su vez, “que la trasmigración de las almas eran parte de las enseñanzas reveladas a un cierto número de iniciados.”

Con todo, dejemos a esas consagradas personalidades, cuya opinión aunque respetable y acatada, empalidece ante la opinión de la figura máxima de la Humanidad, Nuestro Señor Jesucristo.

El sublime embajador predicó la Reencarnación. Algunas veces, en forma velada, otras con objetiva claridad.

Hablando con referencia a Elías, el profeta fallecido algunos siglos antes, dijo el Maestro: “Elías ya vino y no lo conocisteis, comprendiendo entonces los discípulos que se refería a Juan el Bautista. (Elías reencarnado)

En el famoso diálogo con Nicodemo, afirma que nadie alcanzará el Reino de Dios “si no naciera de nuevo.”

El nacer del Agua y del Espíritu, completa la intención del pensamiento reencarnacionista de Jesús.

En otra oportunidad, exteriorizándose por medio de simples alegorías sobre las Ley de Causas y Efectos, (o Karma), sentencia: “ninguno saldrá de la Tierra sin que pague hasta el mismo céntimo,” esto es hasta no completar la remisión de las faltas.

Como se ve, el Espiritismo no ha creado, no ha inventado a la Reencarnación.

La acepta como herencia de eminentes filósofos y de respetables doctrinas, de Jesús y de sus discípulos, y, confirmada a su tiempo por los Espíritus del Señor, el Espiritismo promovió su estudio, su difusión y su exégesis.

Ella es, con todo, antiquísima: conocida y profesada antes de venir el Cristo de Dios y en nuestros días.

Hace más de un siglo el Espiritismo la presenta como único medio para creer en un Padre Justo y Bueno, que da a cada uno “según sus obras” y, como elemento explicativo de la promesa de Jesús, de que “ninguna de sus ovejas se perdería.”

La Reencarnación es la llave, la fórmula filosófica que explica, sin escapar al buen sentido ni a la lógica, las conocidas desigualdades humanas, sociales, económicas, raciales, físicas, morales e intelectuales.

Sin el esclarecimiento palingenésico, tales diversidades dejan un doloroso “signo de interrogación” en nuestra conciencia, respecto a la Justicia Divina.

Sin sus aclaraciones, la justicia de Dios, sería muy inferior a la de los hombres.

Tendríamos un Dios parcial, injusto, caprichoso, cruel y además carente de caridad. Un Dios que beneficia a algunos e perjudicaría a la mayoría.

Con la Reencarnación, tenemos una Justicia Incorruptible, ecuánime, reflejando la ilimitada Bondad del Creador.

Un Dios que perdona sin negar al culpable la remisión de sus propios errores. Un Dios que perdona, concediendo al culpable tantas oportunidades cuantas él necesite para reparar los males por él practicados.

Con la palingenesia, tenemos un Dios que se presenta, en el altar de nuestra conciencia y en el templo de nuestro corazón, como el Padre Misericordioso y Justo, un Padre Cariñoso y Magnánimo, que ofrece a *todos sus hijos* las mismas posibilidades de redención, a través de las vidas sucesivas, en este o en otros mundos. (Mundos que son “las otras moradas” a que se refiere Jesús en el Evangelio.)

Tantas vidas como fueran necesarias, porque lo esencial y lo justo es que “ninguna de las ovejas se pierda”...

10

CONTENTARSE

*“Teniendo sustento y abrigo,
estemos contentos...”*

Luego de llamar la atención a Timoteo, respecto a los peligros que genera la riqueza, y resaltar el que de este mundo “cosa alguna nos podremos llevar”, desarrolla, el Apóstol de los Gentiles, para su joven discípulo un sistema de vida capaz de prepararlo convenientemente, para el Reino de los Cielos.

Por esto, exhórtalo, con humildad al decirle: “Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.”

La inmensa mayoría de los hombres vive inquietamente, luchando por acumular bienes materiales, atesorándolos ávidamente; porfiando por aumentar patrimonios terrestres, sin la imprescindible conversión a favor del progreso general y, pugnando por capitalizar recursos, en la triste y engañosa ilusión de que la paz espiritual está condicionada a los tesoros perecibles.

El mundo está repleto de criaturas que no duermen bien, avasalladas por terribles inquietudes.

Conservan las mentes puestas en los registros de las cajas contables, que balancean sus abultados negocios y fabulosas transacciones.

Ganar y guardar, tal es el programa de esas personas...

Son realmente almas equivocadas que merecen piedad.

Endurecidas en el egoísmo y la avaricia, confinan en la billetera y el cofre, en la cuenta bancaria y en el lucro, las propias aspiraciones.

Sueñan con la multimillonaria posesión de bienes transitorios, que las polillas consumen y los ladrones roban, indiferentes a que sus almas eternas permanezcan mendigas de los tesoros de la Inmortalidad.

Para tales compañeros, las noches son mal dormidas, las madrugadas excesivamente penosas y, cada nuevo día, un motivo de inquietud íntima.

Los valores monetarios, traducidos por los talones de las chequeras y por las resonantes monedas, bailan en su imaginaciones sobreexcitadas, en la profundidad de la noche, ejecutando en los compases de una extraña orquestación, la obsesiva danza de los millones.

Buscan una felicidad que realmente no existe.

Una despreocupación que nunca llega.

La legítima felicidad, (la felicidad indestructible), no es hija de la riqueza, sino de la paz de conciencia.

La quietud interior y la tranquilidad no son hijas de la fortuna, aunque la fortuna cristianamente elaborada y aplicada fraternalmente, sea siempre un instrumento de alegría y prosperidad.

La alegría y la prosperidad no solo son para los que poseen fortuna, sino también para los hogares en donde hay carencia de pan y de ropa.

La riqueza, escondida en los cofres de algunos, significa falta de trabajo para muchos.

Sin duda, dentro del clima utilitarista en que vive y respira el hombre común, no se puede exigir que el consejo de Pablo, encuentre resonancia, en los días actuales.

En cuanto el hombre espiritual se siente feliz, teniendo “sustento y vestidura”, adquiridos con el trabajo digno, el hombre material muestra la expresión fisonómica en una mezcla de sarcasmo y desprecio, ante la exhortación del Apóstol.

El hombre que no está realizando, por lo menos, el esfuerzo por desprenderse del mundo, no puede comprender esta sobriedad, este recato, esta moderación en el poseer.

Todo su ser, milenariamente viciado en el egoísmo enfermizo, vibra y ansía, trabaja y lucha por un objetivo, exclusivo y avasallante que se podría denominar como “meta de la desesperanza”: acumular en la Tierra los tesoros que de la Tierra no podrán ser llevados.

Sin embargo, a la manera de agua generosa que se precipita, persistentemente sobre el granito, indiferente a su dureza e insensibilidad, la palabra renovadora de Jesús y de sus Apóstoles, debe continuar proyectando sobre la piedra del corazón humano, inclinándolo con el tiempo, al entendimiento superior.

El hombre espiritual, precursor de la Humanidad del futuro, para sentirse feliz, desea simplemente tener el “sustento y la vestidura”, la salud y el trabajo.

El hombre material, según las reglas modernas, se juzga feliz cuando ve el arca saturada, la cuenta bancaria subiendo y el patrimonio económico financiero creciendo.

En cualquier circunstancia, sin embargo, en el tiempo y en el espacio, permanece la recomendación de Pablo a Timoteo: Teniendo sustento y con que vestiros, estemos contentos”, obligándonos a luchar en la Tierra, sin sacar los ojos del Cielo.

11

REENCARNACIÓN Y EVANGELIO

*“En la casa de mi Padre
hay muchas moradas...”*

El hombre que desea y busca la espiritualización propia, debe contraponer su acción benéfica, su actividad constructiva, su labor fraterna al trabajo de las inteligencias pervertidas.

Tales inteligencias, operando en el Plano Físico y en el Espiritual, tienen como meta la disgregación y la desarmonía.

Promoviendo o estimulando emprendimientos que se armonicen integralmente con los ideales del Cristianismo, podemos evitar que el conocimiento inoperante nos transforme en palacetes iluminados y de puertas cerradas construidos en pleno desierto, distanciados de la ignorancia y de la perversidad, del sufrimiento y de la lágrima.

Debemos ser el cuartito humilde, pero siempre tibio, hospitalario y bueno, en donde la copa de agua fresca y el caldo reconfortante, revigoricen al viajero cansado, de las largas jornadas, en las difíciles y enredadas sendas de la ascensión.

El conocimiento del Espiritismo, (promesa de Jesús, a través del Consolador, el Paráclito), nos da una comprensión de cuanto fue de profundo y sabio el Maestro cuando insistía, junto a los discípulos, para que desparramasen su palabra.

Jesús no favorecía solo a un pueblo..., a una generación.

Su corazón, amoroso y compasivo contenía a la Tierra entera.

De oriente a occidente.

Su luz, se confundía con las luces concentradas, de infinitos soles

Su corazón, generoso y fraterno, se extendía hacia las otras “moradas del Padre.

Por eso, el Sublime Educador no cesaba de recomendar la expansión del Evangelio, la predicación de la Buena Nueva.

Majestuoso, Eterno, Grandioso, apacentaba con infinita ternura a billones de ovejas descarriadas.

•

Siendo el Pan de Vida y la Luz del Mundo, Nuestro Señor Jesucristo era, por consiguiente, la más completa manifestación de la Sabiduría y Amor que la Tierra, en cualquier tiempo jamás sintiera o conociera.

En el pasado y en el presente.

La palabra del Maestro se reflejó y lo sigue haciendo, saludable y constructivamente en todos los ángulos evolutivos de la Humanidad.

En el campo de la moral.

En la esfera de la cultura.

En el terreno del sentimiento.

En las “otras moradas del Padre”, en donde evolucionen ovejas que no pertenezcan al plano terreno, el Verbo del Señor, impregna a todos los seres de un perfume que no se desvanece.

De una luz que no se apaga...

De un esplendor que no se disipa...

De una esperanza que no se extingue...

De una vitalidad que no pierde vigor...

...el vendaval de las pasiones humanas jamás apagará una sola de las luces de Dios.

Si a las religiones, incluso al Espiritismo, le faltase el alimento evangélico, (la savia cristiana), todas ellas empalidecerían debilitadas, inermes, desangradas, cadavéricas...

Sin vida y sin calor.

Sin alma.

Muertas...

Cierta vez, escuchamos de voz de un Amado Instructor Espiritual: *La Reencarnación, conocida por varios pueblos y civilizaciones, no habría conseguido, hasta el advenimiento de Jesús, tornar al hombre mas feliz, más fraterno. Con Jesús, entre tanto, sufrió ella un baño de luz y misericordia.*

¡Lapidarias, conmovedoras, inolvidables palabras!

El tiempo, inexorable Saturno, no las apagó de nuestra memoria.

Con el Maestro de la Cruz, la palingenesia de inundó, sorprendentemente, de amor.

Al “os es necesario nacer de nuevo” del inolvidable diálogo con Nicodemo, juntó el Cristo el “amaos los unos a los otros”, como Regla de Oro del Evangelio Inmortal.

Y así, bajo el impulso fraterno de la palabra del Cristo de Dios, va la Humanidad terrena y las de “otras moradas” caminando, a pasos seguros, en la dirección de sus gloriosos destinos.

En busca de la luz, del amor, de la perfección.

En el rumbo de la Vida, de la Verdadera Vida.

CONVIVENCIA

“Yo no vine a llamar a los justos...”

Fue en el banquete en casa de Leví, (el futuro Evangelista Mateo), que el Maestro enseñó con las palabras del Epígrafe.

Palabras que vencieron los siglos, los milenios...

Leví era Publicano, lo que en la antigua Roma significaba, “cobrador de impuestos.”

Los Publicanos eran detestados por los Judíos, que no gustaban de pagar tributos al César, especialmente porque los asuntos de recaudación favorecían a funcionarios inescrupulosos, ya en aquel tiempo, a ejercer extorsiones duras y jugosas.

De manera general, por lo tanto, eran mal vistos los Publicanos, en la comunidad israelita, aunque entre ellos hubiese hombres de bien, inatacables por su probidad.

Prevalecía, con todo, el concepto genérico: “los Publicanos eran espoliadores del pueblo.”

La invitación a Leví Mateo; la presencia de Jesús en su casa; el opulento banquete ofrecido por él al Maestro; todo esto constituyó motivo para censuras y comentarios mordaces.

Lo mismo ocurriera con la visita del Señor a Zaqueo, también publicano.

La caritativa actitud del Amigo Celeste produjo tamaño revuelo entre los Escribas y los Fariseos, fieles e incondicionales representantes del convencionalismo y de la hipocresía, quienes no pudiendo contenerse, interpelaron al Justo de los Justos: “¿Por qué coméis y bebéis con Publicanos y pecadores?”

El Maestro, sin traicionar la grandeza y excelsitud de su incomprendido apostolado, (apostolado de luz y misericordia), les responde con firmeza de que “los sanos no precisan del médico y sí, los enfermos.”

Y concluyó, incisivo y categórico: “Yo no vine a llamar a Justos, sino, a los pecadores al arrepentimiento.”

Tales palabras revelan, no solo una infinita compasión por los infelices, que son los que pecan sino también un inconmensurable sentimiento de tolerancia.

La advertencia del Cristo, que enmudeció en aquel día, a los locuaces Fariseos, resuena, aún hoy en nuestra conciencia, estableciendo senderos diferentes para nuestra vida.

El Espiritismo retomó como suyas las palabras de Jesús, cuyo pensamiento sintetiza en la actualidad.

Y los espíritas de buena voluntad, esclarecidos y fraternos, se esfuerzan en el sentido de darles aplicación.

Los espíritas, procurando asimilar y ejemplificar la enseñanza, reconocen que si es realmente agradable la convivencia con los Hermanos Superiores, profundamente fraterna y meritoria es la protección a aquellos que ocupan, en la escala evolutiva, una posición menos segura que la nuestra.

Los compañeros más esclarecidos tienen mucho para darnos, a través de la palabra y, sobretudo con la ejemplificación.

A quienes se encuentran más atrasados que nosotros, podemos ofrecer algo de nuestro corazón, de nuestro entendimiento.

Asimilar de los más evolucionados, la bondad y la sabiduría, es realmente provechoso a nuestras experiencias. Convengamos que provechoso y bueno, agradable y envolvente.

Entretanto, abrazar a los que admiten por equivocación, las sugerencias del error y del crimen, constituye un valioso programa evangélico, tal como lo hizo Jesús en casa de Zaqueo o en el banquete de Leví.

Por medio de ese régimen de interdependencia, efectiva y cultural, es que se movilizan los vehículos del progreso, conduciendo a la humanidad, con seguridad, hacia sus elevados objetivos.

“La mente, en cualquier plano, emite y recibe, siembra y recoge, renovando constantemente para el destino que le compete alcanzar,” nos aclara el venerado Emmanuel.

Recibiendo de Jesús en la inolvidable hora del banquete mundano, la palabra correctora, Leví Mateo supo multiplicar, a ciento por uno, a través de sus anotaciones, el beneficio del precioso minuto de convivencia con el Maestro.

Y somos nosotros, los aprendices de la actualidad, los beneficiarios de aquella convivencia tan duramente censurada...

Somos nosotros los legatarios de las sublimes lecciones...

REENCARNACIÓN Y FAMILIA

*“Ninguno verá el Reino de Dios
si no naciera de nuevo...”*

Uno de los argumentos más comunes de los opositores del Espiritismo es el de que la Reencarnación, su ley básica, destruye los lazos de la familia.

Tal argumento, como tantos otros que la ignorancia y la mala fe sustentan, teniendo como objetivo obstaculizar la marcha triunfante y gallarda de la Tercera Revelación, no resiste al más simple razonamiento, al más leve examen de la lógica y del buen sentido.

Es por medio de la Reencarnación (y gracias exclusivamente a ella), que los lazos de la fraternidad se amplían y fortalecen, sobre todo en los círculos de la consanguinidad.

Sin las nociones de la palingenesia, nuestra familia espiritual sería reducida, porque en principio también sería reducida nuestra familia corporal.

A través de la Reencarnación, se prolongan los afectos más allá de la vida física.

Continúan los lazos y vínculos espirituales, en los otros mundos y en las otras existencias.

Por su intermedio, se establecen ataduras eternas entre los corazones que se reencuentran, innumeradas veces, en el paisaje del mundo, renovando experiencias de perfeccionamiento.

Se nos figura imposible considerar a la Reencarnación como una doctrina perjudicial a los lazos de la familia.

Solamente podemos entenderla como afirmación de la solidaridad entre los seres, demostrando así, en toda su plenitud, la Bondad Celeste.

Tan solo conseguimos concebirla como elemento divino de reunión de las almas, en un mismo grupo o ambiente, pueblo o nacionalidad, para consolidar los afectos iniciados, en otros grupos y en otros pueblos, en tiempos que se fueron.

Existe, sin embargo, otro aspecto que igualmente revela su excelsitud, la valía de la Reencarnación. Si por ella amigos se reaproximan en el mismo hogar, también en el mismo hogar los adversarios se reencuentran para la definitiva extinción de odios, cuyos orígenes se pierden en la bruma del pretérito.

No fuera la Reencarnación, nos faltarían las oportunidades de la reconciliación con aquellos a quienes ofendimos o herimos, o que nos agraviaron y lesionaron.

Son por esto, benéficos los efectos y las consecuencias de la Reencarnación.

¿Cómo podríamos, igualmente, restablecer el contacto con las almas que sembraron espinas en nuestro camino y con espíritus que enfrentaron piedras colocadas por nosotros?

¿Cómo podríamos volver al escenario terrestre, con el fin de, al lado de compañeros de otras jornadas, concluir programas individuales o colectivos apenas esbozados o simplemente iniciados?

¿Cómo nos rehabilitaríamos en frente a aquellos que, situados en nuestro camino evolutivo, en las condiciones de hijos y cónyuges, parientes y amigos, tuvieron sus vidas y sus destinos complicados por nuestra desatención a los preceptos del Evangelio?

Como vemos, en vez de destruir los lazos familiares, las ataduras de la consanguinidad, la Reencarnación los fortalece y consolida.

Les asegura la perpetuidad en la Tierra y en otros mundos.

Si el Divino Maestro la exaltó en varias ocasiones, inclusive con el “ninguno verá el Reino de Dios si no naciere de nuevo”, la Doctrina Espírita la glorifica en la admirable síntesis que en el frente de nuestro movimiento filosófico ostenta, gallardamente; “Nacer, morir, renacer nuevamente y progresar continuamente, tal es la Ley.”

Jesús y Kardec plenamente identificados en la Ley Magnánima.

La Reencarnación niega el egoísmo, pues afirma, de manera elocuente, la solidaridad entre todos los seres

Divulgarla, hacerla conocida es encender en el corazón de la Humanidad la lámpara de la esperanza.

Ella diluye el preconceito, en cualquiera de sus manifestaciones.

La Reencarnación es el bálsamo, también, para el sufrimiento.

Es llave que abre la puerta para la comprensión de los más complejos problemas humanos.

Es luz que aclara la noche de nuestros sufrimientos y de nuestros deseos para la Vida en el Más Allá.

La Reencarnación, es en síntesis, Amor...

14

ADVERTENCIA

“Marchad en cuanto aún hay luz...”

La palabra del Maestro abarca una gran variedad de matices de la experiencia humana, compeliéndonos a razonamientos aparentemente simples, pero no obstante, profundos en la esfera del aprendizaje para la Vida Superior.

Mientras andamos por el mundo, disfrutamos de excepcionales ventajas, que nos enriquecen la marcha liberadora.

Los pies para la locomoción.

Los brazos y las manos para el trabajo.

La visión física integral.

La facultad de oír, hablar, sentir, escribir...

La salud del cuerpo y la razón esclarecida proporcionando el equilibrio del binomio “alma cuerpo.”

En torno de nuestros pasos, infinitas bendiciones se dilatan, colmadas y generosas, suaves y perfumadas.

El encanto de las noches iluminadas por la luna.

La belleza de los Cielos estrellados.

El esplendor de la claridad solar.

La opulencia de la Naturaleza, con la gracia de sus incomparables panoramas y el delicado aroma de sus flores, establecen de por sí, una bendición en nuestros caminos.

Llueva o haya sol, disponemos invariablemente, de las veinticuatro horas que se repiten, en el reloj del tiempo para mostrar cada mañana nuevos espacios de siembra, inéditos recursos educativos en la senda del perfeccionamiento.

En la senda del progreso, pues no somos huérfanos de la Misericordia Celeste.

En el esfuerzo del perfeccionamiento, visto que no somos desheredados de la suerte.

•

Semejantes patrimonios fueron aumentados, hace dos mil años, por los tesoros del Evangelio; de las sublimes claridades que Jesucristo dejó en el mundo, para que en el orbe fuese posible, a la criatura humana, compartir el camino evolutivo bajo la bendición del Entendimiento Superior.

Somos hoy, beneficiarios de la luz de la razón, que nos garantiza la elección de lo mejor, de lo más conveniente.

Nos resplandece la Conciencia, por la divina adquisición, en el santuario de nuestra individualidad eterna, preservándonos del oscurantismo.

Adquirimos en el paso de los milenios sin cuenta, el sentido moral, que nos distancia de la irracionalidad.

Magníficos patrimonios; indestructibles, inajenables, que milenarias luchas nos legaron.

La oportunidad en la presente reencarnación, de enriquecernos para el futuro, se caracteriza no solo por todos esos elementos de progreso consciente, sino también, por los beneficios de la normalidad somática y de la lucidez psíquica.

Desconociendo el instante en que nuestra alma “será pedida”, en virtud de la indefectible transición a que todo ser encarnado está sujeto, es imprescindible que no despreciemos la Luz.

Es urgente buscar la claridad, “en cuanto estamos en el camino”, para que en el Mañana, en el Espacio o de nuevo en la Tierra, no nos responda en términos de sombra y angustia, confusión y desesperación.

Los problemas del “después de la muerte”, (ningún espírita esclarecido desconoce semejante realidad), se relacionan íntimamente con nuestro actual comportamiento sicofísico, no solo en la esfera de los actos, propiamente dichos, como los de la esfera de la palabra y del pensamiento.

Hablar y actuar, pensar y escribir, constituyen siembras que producirán, más tarde, en cualquier tiempo y lugar, los frutos según su especie.

Todos los fenómenos a que nos enfrentamos, luego de transponer los pórticos del “Más Allá,” serán de la especie y forma por la que hubiéramos “andado por el mundo.”

Fenómenos agradables o lamentables; de equilibrio o desajuste; de paz o remordimiento; de ventura o de infortunio...

Ciertamente por esto, asegura fraternalmente el Maestro: “andad en cuanto tengáis luz...”

Andad en cuanto todas las posibilidades os faciliten el camino, es lo que con seguridad recomienda el Cristo, a través de su advertencia, de amoroso aviso.

La Doctrina Espírita, rememorando las inmortales lecciones del Celeste Benefactor, recuerda a los hombres sobre la necesidad del aprovechamiento de la oportunidad de nuestra presencia en el cuerpo físico, de modo de convertir los preciosos minutos de nuestra experiencia en bendecida oportunidad de crecimiento e iluminación.

15

REENCARNACIÓN Y REAJUSTE

*“...reconcílate con el adversario
mientras aún sea el tiempo”*

Entre una persona que opina, que existe solamente una única existencia, (con inicio en la cuna y término en la sepultura) y otra, que cree en la multiplicidad de las vidas, indudablemente, la segunda tendrá una mayor facilidad para comprender y aprovechar las enseñanzas del Maestro.

“Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino...”

El hombre no reencarnacionista, suponiendo que la vida se resume al presente, (nacer, vivir, comer, procrear, y morir, yendo luego para el cielo o el infierno, o para la Nada), un hombre en esas condiciones, enteramente divorciado de cualquier programa superior, no comprenderá porque deberá reconciliarse con su enemigo.

Difícilmente se lo convencerá de que deba ir al encuentro de un oscuro desafecto, puesto que “de él no necesita, de él nada espera, por él no se incomoda.”

A no ser de que posea espontánea sensibilidad, excepcionalmente el hombre afortunado y poderoso estaría de acuerdo con procurar al adversario humilde, indigente, para con él reconciliarse, especialmente si considera que la razón está de su lado.

El orgullo, la vanidad, el amor propio, en fin, elevarán entre ambos una infranqueable barrera.

El argumento del hombre orgulloso, que no cree ni piensa en la vida futura, será invariablemente, este: “No preciso de nadie, entonces, ¿por qué he de humillarme?”

Así piensa, así vive, y así actúa, lógicamente.

Así procede, porque solo ve la vida presente.

Ni siquiera vislumbra un fulgor del porvenir; futuro este que, para el espírita sincero, es siempre sinónimo de responsabilidad.

Lo contrario acontece con el hombre que cree en la inmortalidad del alma y avanza, aún un poco más: teniendo una firme y consciente creencia en la Reencarnación.

Cree en el retorno al escenario del mundo, por necesidad evolutiva, en experiencias probatorias o reparadoras, o para la ejecución de tareas en nombre del Señor.

La doctrina reencarnacionista ejerce una saludable influencia en la vida, en el destino y en la felicidad del ser humano.

La noción consciente de las vidas sucesivas, implica tácitamente, de manera general, una mejoría en el comportamiento individual.

El reencarnacionista sabe que el Espíritu Eterno, solamente conocerá la ventura definitiva, integral y plenamente intransferible, si en su alma, en la intimidad de la conciencia posee aquella paz que resulta de la armonía con su prójimo y principalmente de la armonía consigo mismo, con su mundo íntimo.

El hombre que cree en las leyes de las Vidas Sucesivas, y procede según esa creencia, lleva más ventaja que aquel que supone el comienzo de la vida en la cuna y su fin en la sepultura.

La desventaja es para el que no cree en el “pre” y en el “pos” enseñados por el Espiritismo: preexistencia y posreencarnación.

El bien que realizáramos a nuestros adversarios, favoreciendo de este modo la reconciliación en este mundo, “en cuanto estamos en el camino”, tiene la facultad de beneficiarnos en lo relativo al pasado, al presente y al futuro.

¿De que manera? Es, por cierto la pregunta.

Normalmente, con la salvedad de que toda regla tiene su excepción, las enemistades de hoy, tienen su origen en el ayer.

Son los que afrontamos como enemigos, antiguas rivalidades que se reavivan.

Remotas hogueras vuelven a crepitar, inflamando las llamas que el soplo de la ignorancia y el orgullo encendió en el pretérito.

No debemos lanzar en esas hogueras el combustible de la intransigencia y del rencor.

Atentos al “reconciliarse con el adversario”, del Celeste Benefactor y, considerando aún la necesidad improrrogable del perfeccionamiento espiritual, el reencarnacionista de buena voluntad, puede hoy, mediante la práctica del bien, evitar viejos antagonismos del ayer, evitando así la propagación de las hogueras.

Nuevas culpas, nuevos débitos, con el inevitable cortejo de sufrimientos y lágrimas serán de esta manera soslayada.

Son estos los beneficios que la Reencarnación, con su natural incentivo a la fraternidad, nos trae con vistas a los engaños del pasado.

Errores seculares desaparecen ante el bendito milagro de la reconciliación amorosa.

16 RIQUEZA

*“Es más fácil pasar un camello
por el ojo de una aguja...”*

La Doctrina Espírita, ofrece a sus adeptos, (a aquellos que procuran seguirla y sinceramente nutrirse con sus luces santificantes), un adecuado concepto en torno de tan importante, cuan difícil aspecto de la experiencia humana, como es el de la Riqueza.

Hay quien se enriquece por el esfuerzo propio, a través del trabajo honesto.

Existe el que se vuelve millonario por efecto de herencias o donaciones.

Pero también están, los que tienen sus arcas repletas como consecuencia de actividades ilícitas, deshonestas, expoliando aquí, engañando allá, defraudando más adelante...

La fortuna, sin embargo, en sí misma no es buena ni mala. Es neutra, absolutamente neutra.

En forma de relucientes monedas o manifestándose a través de billetes de elevado valor, conserva ella, a pesar de todo, su neutralidad.

El Hombre, por la aplicación que de ella hace, es quién la transforma en vehículo del bien o del mal, de salvación o de condena, alterándole la finalidad.

Puede el hombre con ella construir soberbios monumentos de bien público, pero con ella puede cavar, enfrente de sí, abismos de alucinación y crimen.

Ennoblecendo a quien la posee, la riqueza bien empleada, provee de remedio, de alimento, de vestimenta al hogar humilde en donde, tantas veces, la pobreza digna se oculta humillada, arrinconada.

La riqueza mal aplicada, encerrando al hombre en los paneles de la ambición, lo conducen de la miseria espiritual, a la demencia y a la locura.

Como se ve, podemos convertirla en bendición o en condena para nuestra vida.

El hombre esclarecido que se desprendió del cuerpo dejando valiosos recursos, económicos o financieros, ha de alegrarse, se sentirá dichoso, si nota que tales recursos están distribuyendo en la Tierra el perfume de la Caridad, en sus más diversas manifestaciones.

En la copa de leche para la criatura enferma.

En el plato de sopa para el necesitado.

En el vestuario para el que se enfrenta con dificultades.

En la instrucción y evangelización de sus semejantes.

Si alguien dejó en el mundo grandes posibilidades materiales y no se encuentra espiritualmente en buenas condiciones, las oraciones de reconocimiento de sus protegidos le alcanzarán en donde estuviere, en forma de consuelo y paz, de buen ánimo y aliento, alegrando de este modo al que da cuanto al que recibe.

Hay un tipo de riqueza que invariablemente constituye una brasa en la conciencia de quién ha dejado el mundo, (aunque puedan los herederos usarla cristianamente, y así suavizarle el sufrimiento, aplacándoles el remordimiento.)

Es la que se adquiere por medios oscuros, en inconfesables emprendimientos, apoyados en la explotación de los semejantes.

Riqueza bendecida es aquella que siendo obtenida por el trabajo digno, se expande fraternal y laboriosamente, creando más trabajo y favoreciendo a la prosperidad.

La que estimula las realizaciones superiores, en los diversos sectores de la actividad humana, convirtiéndose en rosas de luz para el Espíritu eterno en los divinos jardines de Lo Infinito.

Ese tipo de riqueza y esa forma de aplicarla favorecen la ascensión del hombre, toda vez que poseyéndola, no es por ella poseído.

La riqueza mal adquirida y mal aplicada, mantendrá a quien la posea en consecutivas repeticiones de dramas expiatorios, en los caminos terrestres y en las sombrías regiones de la vida espiritual.

Afirmando que es “más fácil pasar un camello por el agujero de una aguja que entrar un rico en el Reino de Dios”, no quiso el Maestro menospreciar a la prosperidad, que es un bien de la vida. Ni condenó irremisiblemente al compañero afortunado.

Lo que el Maestro pretendió, ciertamente, fue advertirnos en cuanto a los peligros del exceso, de lo superfluo, porque nuestras manos desprevenidas están habituadas al abuso.

En el decurso de los siglos fuimos campeones de la extravagancia.

Reconocía Jesús, que la fortuna en poder de criaturas que se detienen aún en un clima de egoísmo, en las estaciones de la avaricia, inmersas en la insensibilidad, tienen siempre puerta abierta, diríamos mejor, abiertas de par en par, hacia el abismo.

En verdad, la única riqueza que no ofrece margen de peligro, es la riqueza espiritual, los tesoros morales que el hombre haya adquirido.

Es la riqueza que no se manifiesta exclusivamente, por medio de cofres repletos, ni de palacetes suntuosos y patrimonios incalculables, ofendiendo a la indigencia.

Es la que se expresa en la posesión simple y humilde, de los sentimientos elevados

Por ese tipo de riqueza, imperecedera y eterna, podemos y debemos luchar, denodada y valientemente.

Con toda la fuerza de nuestro corazón.

Con toda la energía de nuestra alma.

REENCARNACIÓN Y RESCATE

“No es que él haya pecado, ni sus padres...”

Cierta vez los discípulos, presentaron a Jesús un ciego de nacimiento, y le formularon la siguiente pregunta: “Maestro, ¿quien pecó, este hombre o sus padres, para que él naciese ciego?”

Antes de examinar, a la Luz del Espiritismo, la respuesta del Señor, resaltemos el hecho de que los discípulos creían en la Reencarnación, pues solamente la creencia en las múltiples existencias podría justificar semejante pregunta.

Todo indica que Jesús conversaba sobre el asunto, en su intimidad con los discípulos, luego de largas caminatas, aunque en público, junto a la multitud incapaz de entender la tesis trascendental, guardase silencio.

El Maestro sabía que el hombre de aquella época no disponía de “ojos para distinguir.”

No tenía oídos para entender.

Escuchaba, mas no comprendía.

Con respecto a la creencia judía sobre la Reencarnación, escuchemos lo que escribe León Denis, en el magnífico libro “Cristianismo y Espiritismo”:

En sus obras, el historiador Josefo, hace profesión de fe en la Reencarnación; refiere él que esa era la creencia de los fariseos. El padre Didon lo confirma en estos términos, en su obra “Vida de Jesús”; “entre el pueblo judío, lo mismo que en las escuelas, se creía en la vuelta del alma de los muertos, en la persona de los vivos.” Es lo que explica, en muchos casos, las preguntas hechas a Jesús por sus discípulos.

La respuesta del Cristo fue clara: el hombre *que allí estaba* no había pecado.

Ni tampoco sus padres, pues en la Justicia Divina, los hijos no pagan por los padres, ni los padres por los hijos.

El espíritu que animaba aquel cuerpo, el Espíritu que en él había reencarnado, este sí, había pecado antes del nacimiento.

“No hay efecto sin causa, (dice Allán Kardec, el insigne codificador del Espiritismo), y todo efecto inteligente, tiene forzosamente, una causa inteligente.

Y León Denis argumenta:

Con la doctrina de la preexistencia y de las reencarnaciones todo se liga, se esclarece y comprende: la Justicia Divina se patentiza, la armonía se establece en el Universo y en el destino.

Es lógico también que, “las obras de Dios” no se puedan manifestar de forma inhumana: ¡Punición a un ciego de nacimiento!

La única manera es admitiendo la preexistencia del alma.

Negándola no hay escapatoria; será una punición injusta, de la cual un individuo normal se avergonzaría.

“Las obras de Dios” se mantienen en el cumplimiento de la Ley.

Ley de Justicia, Ley de Amor.

Ley que corrige al pecador, ahora o más tarde, concediéndole sucesivas moratorias, tantas cuantas se les hagan necesarias.

Habiendo Jesús enseñado que a cada uno sería dado de acuerdo con las propias obras, (Ley de Causas y Efectos), no iría él a insinuar la absurda, la inconsecuente idea de que la Ley aplicaba sanciones y correctivos a personas sin culpas.

Como al ciego de nacimiento...

“Las obras de Dios” se traducen en amor, que es también Justicia Inmanente.

Y en la Justicia, que también es Amor.

Aquel hombre no había pecado, pero en su alma, su Espíritu, sí, en existencias pasadas. «El que con hierro hiere, con hierro será herido», enseña la sabiduría popular.

Aquel Espíritu, *ahí reencarnado*, había herido antes de nacer; allí estaba, por lo tanto, inocente en apariencia para rescatar su débito, para saldar su deuda.

Allí estaba, “herido en los ojos.”

Naciera ciego...

El débito era antiguo, mas no por eso dejara de existir.

La Ley registraba el remoto delito.

La Ley cobraba, a su tiempo, lo que le era debido.

*

Nacer ciego o parálítico, demente o sordomudo, o con propensión a la molestia grave o incurable, que se manifestará más tarde, son bendiciones que no siempre el individuo sabe agradecer.

Es bendición, porque se estará rescatando una deuda.

Y con Amor, porque la Ley es acreedora compasiva, que permite amortizaciones fraccionadas.

Es bendición, porque estará siendo rehabilitado.

Y con amor, porque el propio recuerdo de la deuda no le es conservado.

Es bendición, porque se estará liberando.

Y con amor, porque la liberación le conducirá el Espíritu redimido por los caminos de Luz de la Espiritualidad Superior.

Frente a un ciego o de un parálítico, de un sordomudo o de un psicópata, el hombre interrogará: ¿Por qué esta criatura nació así?

La mayoría levantará los hombros, ante la imposibilidad de una respuesta que no ofenda a la Magnanimidad Divina...

Pero los reencarnacionistas, y entre ellos los Espiritistas, tomando la palabra responderán, en nombre del Evangelio y del Espiritismo, “Esta criatura nació así porque su Espíritu pecó en otras existencias.”

La Reencarnación explica, a la luz de la Lógica, el problema de los rescates. Pone en justo lugar a la Justicia Divina.

Esclarece el problema de los rescates dolorosos, semejantes al del “ciego de nacimiento”, de la época de Cristo y de nuestro tiempo.

18

POBREZA

“Sí, ¡oh Padre!, porque así fue de tu agrado.”

Una de las más sublimes funciones del Evangelio del Señor, (y del Espiritismo) es la de preparar al hombre para que sepa vivir con dignidad bajo cualquier circunstancia.

Del Evangelio, desde el tiempo de su formulación hasta hoy, y del Espiritismo, en la actualidad, como restaurador de los postulados del Cristianismo.

En la riqueza o en la pobreza, encontrará el ser humano, en las lecciones de Jesús, o en las enseñanzas de la Codificación, (que armoniosamente se identifican y complementan), los medios para vivir, luchar y vencer con dignidad.

Jesús no predicó a la miseria como condición indispensable a la vida del hombre, del mismo modo que no indicó a la fortuna como medio ideal o exclusivo, para que pueda el hombre transitar con éxito por los caminos del mundo.

La misión del Evangelio fue y es, la de preparar a la Humanidad para que pueda ella vivir dignamente, sea en la carencia o en la prosperidad.

Lo que nos ha faltado, en nuestras consecutivas experiencias, es el factor de la “preparación.”

No sabemos comportarnos cristianamente, en una u otra situación: tanto en la riqueza como en la pobreza.

Cuando los sucesos conducen el barco de nuestras vidas a los puertos engalanados de la fortuna, nos volvemos egoístas y a veces cruelmente despiadados ante el sufrimiento que se desarrolla frente nuestro, como si no fuera la sugestión divina, un suave y dulce convite para que ayudemos a los más necesitados.

Mas la riqueza, casi siempre obnubila los sentimientos del hombre, sofocándole los gérmenes de la solidaridad.

Lo insensibiliza de tal modo que, en cuanto la Bondad se va escurriendo, silenciosamente, humillada, por alguna de las ventanas de nuestro corazón, por una de sus espaciosas y grandes puertas ve penetrando el Egoísmo, acompañado por lo general por su dedicado colaborador y vigilante compañero, el Orgullo.

Y no solo eso, por detrás, otra compañera; la Prepotencia.

Cuando el frío de la adversidad, a su vez, nos golpea las puertas, llevándonos a las estaciones de la pobreza y de la dificultad, caemos en los campos de la Rebelión.

Nos confinamos de inmediato a la rebeldía, entregándonos livianamente a la perturbación.

Sustituimos la plegaria humilde de ayer, por la blasfemia irreverente e irrespetuosa.

Despreciamos así, irreflexivos, una experiencia que, muchas veces, podría representar la manifestación de la Voluntad del Señor, que nos da según lo que necesitamos, y no según lo que ansía nuestra mente.

*

Lo que nos falta, por lo tanto, es preparación evangélica. Y Cristianismo en nuestro corazón y nuestra inteligencia, para que sepamos vivir en la opulencia, sin olvidar los deberes de la solidaridad; y en la pobreza, sin olvidarnos de la obediencia a Dios y el aspecto, esencialmente educativo y altamente pedagógico, de semejante prueba.

La pobreza, tal como la riqueza, como expresivos y complejos fenómenos psicológico espirituales de un mundo desajustado, (que demuestra el no conocer aún a Dios), nada valen por sí mismas, en manera intrínseca.

La manera en que nos conducimos, en una u otra experiencia, es lo que hablará por nosotros, acusándonos o defendiéndonos, en lo tocante a la edificación espiritual.

El rico generoso, el que no repudió a su prójimo, recibirá de la Ley, más tarde o más temprano, lo que la Ley reserva, igualmente para el pobre de corazón compasivo y alma misericordiosa.

El afortunado cruel, explotador de la necesidad ajena, el rico que se encastilló en la torre del egoísmo avasallador, recibirá de la Ley, en cualquier tiempo, lo que la Ley reserva para el pobre rebelde insumiso y blasfemo.

La Ley es impersonal.

Está en la conciencia humana y, en ella establece su augusto y solemne tribunal..

El problema, como lo podemos ver, es de preparación, exclusivamente de aprendizaje.

En síntesis, la adaptación a la LEY DEL AMOR, enseñada y vivida por Jesús, y que la interpretación espírita, de manera amena, apacible y lógica, vino a colocar al alcance del hombre.

No para que el hombre la tenga por moldura, por ornamento exterior, sino para que la utilice y la disfrute a través de la unión con Dios, en el encuentro personal con Jesús.

Ni el Evangelio predica la mendicidad, ni el Espiritismo apoya su existencia.

Jesús y Kardec, en todas sus enseñanzas, preconizan un mundo de trabajo y dignidad.

De solidaridad y de amor.

Del más fuerte ayudando al más débil.

Del más rico colaborando a favor del más pobre.

Un mundo de moralidad y respeto, de orden y progreso.

El Cristianismo y el Espiritismo preconizan una sociedad en la que los pobres sepan y puedan conquistar honestamente, el pan de cada día, tanto cuanto el rico, sepa y quiera transformar sus patrimonios, de los que en último análisis es tan solo un administrador, en oportunidades de trabajo y prosperidad para todos.

Es tan infeliz el pobre que se revela frente a las dificultades, cuanto el rico que se complace, simplemente, en la satisfacción de su exclusivo interés.

A uno y a otro reservará la Ley la inevitable consecuencia; el retorno a nuevas experiencias, para que las mismas le abran, a los pobres y ricos desordenados, el entendimiento ante la Voluntad y los Designios del Administrador Universal, DIOS.

Es tan feliz el rico que da con alegría y hace de su fortuna un instrumento de prosperidad y justicia, teniendo como vista el progreso y el engrandecimiento de la colectividad en donde la Divina Voluntad lo situó, cuanto el pobre que, en la simplicidad de su vida, en el anonimato de sus luchas, comprende y acepta las circunstancias, por más penosas y difíciles que la Paternal Sabiduría le reservó.

Quién hace la felicidad del hombre, es el propio hombre.

O mejor dicho, el hombre a través de la comprensión del Poder Divino, de ese poder que lo creó, y que lo viene amparando y lo va conduciendo en el rumbo de la perfección.

La felicidad no viene desde afuera hacia adentro, de la periferia hacia el centro. La tempestad puede estar rugiendo, implacable allá afuera, mas en el mundo interior de cada individuo puede estar sereno y plácido, como plácida y serena es la superficie de un lago.

Sin embargo, en cuanto vientos moderados puedan estar, entonando allá afuera, melodías de paz en la canción del sosiego, dentro del hombre pueden estar en erupción los volcanes de la envidia y de los celos, de las ambiciones y del odio, de la rebelión y la desesperanza.

El problema, por lo tanto, es el de la preparación para la lucha, según los registros del Evangelio, que la Doctrina Espírita vino a estructurar en la conciencia humana.

“Comprender, comprender, comprender”; tal es la imperiosa e impostergable necesidad del Ser.

Con todo, comprensión que sea menos consecuencia de la cultura vanidosa, la que edificada en el materialismo, sin el fundamento del Evangelio, tiende a complicar las soluciones; sino aquella otra comprensión que resulte del conocimiento espiritual, con bases en la ética del Cristianismo, que el Espiritismo vino a revitalizar, debilitado como estaba por la incuria de los hombres.

Si el hombre desea, efectivamente ser feliz, debe en su trabajo, en su lucha, en su empeño por la sustentación de sí mismo y su familia, guardar fidelidad a la propia conciencia.

Utilizar con nobleza y confianza la oportunidad que el Padre le confió, en la riqueza o en la pobreza.

En la riqueza volviéndose generoso y bueno, dinámico y progresista. Y decir: “Si ¡oh Padre!, porque así fue de tu agrado...”

En la pobreza, tornándose honesto y digno, correcto y sincero en la ejecución de sus deberes. Y decir: “si ¡oh Padre!, porque así fue de tu agrado...”

REENCARNACIÓN Y CULTURA

“El saber envanece, mas el amor edifica”

La cultura, como todos los dones que alientan el camino a la plenitud evolutiva, se desarrolla en función de las vidas sucesivas.

Es una conquista que el alma realiza en el curso de milenios sin cuenta.

Los genios del pensamiento que transitaron por el mundo en la condición de inextinguibles faroles, como por ejemplo Confucio, Sócrates, Leonardo da Vinci, Goethe, Ruy Barbosa, Einstein y otros, fueron almas rudimentarias en los orígenes de su evolución.

Inteligencias primarias que vacilaron mucho, entre las sombras de la mediocridad.

Tuvieron, en fin, el mismo comienzo que todos los hombres.

El principio Espírita de que todas las almas “fueron creadas sencillas e ignorantes”, revela la inexistencia de favoritismo y privilegios en las Leyes Divinas.

En la balanza de Dios no hay, como ocurre en la del hombre, dos pesos y dos medidas.

La Humanidad, tiene obviamente, un origen común y viaja hacia un mismo destino, la Perfección.

Recorre las variadas y múltiples estaciones del arrepentimiento, en este y en otros mundos diseminados por el Universo.

La suma de los valores culturales, como la de los valores morales, representan adquisiciones cuyos inicios se pierden en las brumas del tiempo, haciendo que surjan, tanto ayer como hoy, en las radiantes constelaciones de la Sabiduría, brillantes estrellas, inconfundibles por su brillo sin igual.

La Cultura, entretanto, puede ser muchas veces, (como la fortuna, la belleza física y el poder), un motivo para la desgracia del hombre, y esto será así, cuando esa cultura, desprovista de humildad y amor, lo conduzca de manos de la presunción, al detestable vicio del Narcisismo intelectual.

El hombre rico de cultura, pero pobre en buenos sentimientos, es un desgraciado aunque él se juzgue un dios.

Cultura sin fundamento espiritual, significa, ante cualquier circunstancia, peligro para el alma.

Por eso, el apóstol, que poseía la Sabiduría por el Espíritu, advertía, escribiendo a los cristianos de Corinto; “El saber envanece, mas el Amor edifica.”

Y, más adelante, aclarando su pensamiento: “Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo.”

La reencarnación es el medio, y la perfección el fin.

El hombre debe prepararse para ella, en el sentido de que, realizándose evangélicamente en su íntimo, pueda intervenir sin mayores inconvenientes, en el sendero del conocimiento, aprendiendo “como conviene saber”.

Es siempre posible que encontremos en el mundo, reencarnados en la condición de “idiota incurable” a genios del pasado que abusaran del derecho de ser inteligentes, en el culto de oprimir y matar.

Entretanto, nunca se habrá de encontrar a alguien purgando crímenes por haber amado demasiado.

No está de más recordar la enseñanza del Maestro, en el episodio con la pecadora que le ungió los pies, cuando sentenciara: “perdonados le son sus muchos pecados, porque mucho ha amado.”

El hombre, simplemente intelectual, usa la inteligencia, aplica el conocimiento y emplea la cultura, únicamente en la satisfacción de su vanidad personal. Para enaltecimiento del propio ego: *¡Vanitas vanitatum et omnia vanitas!* (Vanidad de vanidades, todo es vanidad – Eclesiastés)

El hombre evangelizado, que retiene los patrimonios de la Sabiduría, la que “no envanece”, sabe que nada posee como suyo, pues reconoce con humildad consciente, que la inteligencia y la cultura son dones celestes que su receptividad absorbió tras el paso de los milenios.

En los estudios de la fenomenología mediúmnica, en el campo del Espiritismo Cristiano, pueden ser encontrados numerosos ejemplos de científicos que reencarnaron bajo dolorosas circunstancias.

Algunos ciegos, sin la bendición de la visión física.

Muchos inutilizados, torturados en la epilepsia o en la lepra.

Otros, hidrocefálico o idiotas, otros aún, paralíticos, sordomudos...

Centenas de ellos se cruzan con nosotros, en las calles del mundo, cargando en sus profundas subconciencias, alucinantes visiones en cuadros terribles.

Permanecen atormentados, ante el alarido de las víctimas del pasado, que no les perdonan la crueldad, hija de la intelectualidad sin Dios.

Viven bajo el peso de la represión de la propia conciencia.

•

Quienes, con todo, amaron mucho en el pretérito, pueden estar sufriendo en el mundo, pero sufriendo por amor.

En las labores constructivas, en la renuncia a la vida en gloriosos mundos mientras continúan en la Tierra ayudando a los que permanecen en la retaguardia purgatoria.

Esas almas se adicionan de sublimados valores.

Contabilizan en el Libro de los Cielos, ilimitados créditos.

Para los que menospreciaran los bienes de la inteligencia y de la cultura, les abre el Espiritismo, con la perspectiva de la Reencarnación, amplios panoramas de renovación.

El “nacer de nuevo”, del maravilloso diálogo de Jesús con Nicodemo; el “nacer del agua y del espíritu”, (y no el “nacer” apenas simbolizando la renovación espiritual, sin el rescate de los crímenes cometidos) constituye un mensaje de esperanza para las almas que lloran en valles sombríos, aunque transitorios, de los Planos Inferiores.

La Reencarnación, la llamada “bendición del recomienzo”, instruye a todos los fracasados del camino, a todos los que fracasaron en variados intentos.

Ofréceles la certeza de nuevas existencias de renovación y perfeccionamiento.

Les brinda, como si fuese un cariñoso “recado de Dios”, para sus hijos menos dichosos, oportunidades para que retornen al mundo. Sí, verdaderamente, es la Reencarnación un amoroso servicio de Dios para la Humanidad.

Les posibilita el retorno a las candilejas terrestres, para que con los actos positivos del Bien, neutralicen los perniciosos efectos generados por los actos negativos del Mal, generados en los desvaríos de la Inteligencia y en la perversa aplicación de la Cultura no evangelizada.

Cuando se habla o escribe sobre Reencarnación, es imperioso que se piense en la Cultura, porque sin la repetición de las experiencias, (decenas, centenas de veces), los primeros hombres serían aún hoy, unos brutos salvajes.

¿Cómo aprendieron?

¿Con quién aprendieron?

Con el Espiritismo, que predica y difunde el intercambio espiritual entre los mundos “moradas del Padre”, no es difícil que comprendamos cómo y con quién aprendieron los primitivos hombres terrícolas.

20

PERDÓN

“Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”

La influencia trascendental del perdón puede ser valorada por un hecho aparentemente simple: el de su inclusión por parte de Jesús, en uno de los más importantes documentos del Evangelio, como tal lo es, “El Padre Nuestro.”

Suponemos que bastaría con esto para que no quedasen dudas en cuanto a su valor, sobre todo, en cuando la necesidad de su práctica y de su cultivo sincero.

Innumerables veces, hace el Maestro referencia al perdón, destacándolo como a un valioso e indispensable imperativo para la evolución humana.

Indagado por Pedro sobre si “tuviese que perdonar siete veces”, le responde que debía perdonar “setenta veces siete”, lo que equivale a decir: perdonar indefinidamente. Tantas veces cuantas fueran necesarias.

No tenía Jesús, evidentemente, la intención de fijar en cuatrocientas noventa veces, el límite para realizar su ejercicio.

Sería absurdo creer en lo indisculpable de la ofensa número cuatrocientos noventa y uno...

Lo que el Maestro nos quiso decir fue eso: “perdonar todas las veces que seamos ofendidos”

Diez o veinte, cien o quinientas, mil o diez mil, billones o billones de billones...

Perdonar indefinidamente.

Cualquier persona de mediana comprensión, entenderá esto.

Cuando el mismo Pedro, olvidando el consejo del Cristo, cortó la oreja al siervo del Sumo Sacerdote, en el Getsemaní, renovó él su enseñanza sobre le perdón ordenando: “Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán”

En esa ocasión, como se ve, no se limitó a enseñar el perdón, explicó también las consecuencias, según la Ley de Causas y Efectos, según la Reencarnación.

Cuando enseñaba el “Padre Nuestro”, a los discípulos les acentuaba: “Si, por lo tanto, no perdonaras a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará las ofensas”

Del “Padre Nuestro”, sólo explicó Jesús el párrafo referido al perdón, lo cual es bien significativo en cuanto a su valor e importancia.

En otras expresivas demostraciones sin palabras, lo ejercitó a lo largo de su ministerio en manera amplia, completa, integral, culminando con aquel: “Padre, perdónalos pues no saben lo que hacen”, en la intercesión en favor de sus verdugos, en el momento de la cruz.

Al incluirlo en el “Padre Nuestro”, quiso Jesús hacer un legado, permanente y definitivo a la Humanidad.

Siendo la “oración modelo”, que abarca alabanza, ruego y reconocimiento, todas las corrientes del Cristianismo necesitan de adoptarla. Lo que significa, decir; diariamente, aquí o en otro lugar, sería ella recitada por toda la humanidad terrestre.

•

El concepto del perdón, según el Espiritismo, es idéntico al del Evangelio, que es su fundamente: concesión indefinida de oportunidades para que el ofensor se arrepienta, el pecador se recomponga, y el criminal se libere del mal y se levante redimido, hacia la ascensión luminosa.

Quien perdona, según el concepto espírita cristiano, olvida la ofensa.

No conserva resentimientos.

No conviene al aprendiz sincero, bajo pena de ultraje a la propia conciencia, adoptar un perdón formal, aparente y socialmente hipócrita.

Perdón formal es el que no tiene moldura evangélica.

Guarda rencor.

Se alegra con los fracasos del adversario.

Le niega el amparo moral y material.

En lo relativo a las ventajas que devienen del perdón evangélico, (y no del formal), podemos destacar su influencia, saludable y benéfica, en toda la trayectoria evolutiva del ser humano.

En el curso de toda la eternidad

En el plano físico y en el espiritual.

En la vida presente, en la del Espíritu y en las futuras.

Con relación a la vida presente, quien perdona obtiene la gracia de la conciencia tranquila.

Se torna impenetrable por el mal.

Da impulso evolutivo a la propia alma.

Y finalmente, avanza en la senda del perfeccionamiento.

En lo tocante a la vida del espacio, después de la muerte física, el perdón asegura la discontinuidad del mal.

Se evitan de esta forma, las terribles obsesiones en las regiones inferiores. Simbiosis psíquicas, en dramas pavorosos, desarrollándose en el Espacio, en donde almas torturadas luchan durante años o siglos.

En cuanto a las vidas futuras, el acto sincero de perdonar hoy, tiene la facultad de posibilitar mañana, reencarnaciones felices, liberadas de compromisos oscuros.

Reconocemos que no siempre es fácil amar al ofensor; Mas, perdonarle la ofensa, comprendiéndole la ignorancia y la desventura, (Y no la maldad), es menos difícil.

La referencia al perdón en el “Padre Nuestro”, (oración de todos los días), “oración de cabecera”, como que rebela el objetivo, generoso y compasivo de Nuestro Señor, en el sentido de cotidianamente forzarnos a pronunciar la sublime palabra: PERDÓN.

Y, como nuestros Instructores Espirituales nos enseñan que “la disciplina antecede a la espontaneidad, (el contacto verbal con el perdón), “Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden”, nos dará, seguramente, recursos para que lo practiquemos con benevolencia y amor.

21 REENCARNACIÓN Y PROGRESO

*“Ninguna de las ovejas que el Padre
Me confió, se perderá...”*

El problema de las aptitudes intelectuales es de gran importancia en el estudio de la Reencarnación, y sugiere interpretaciones interesantes cuando es estudiado a la luz de las diversas doctrinas religiosas o filosóficas.

Las religiones que enseñan a las personas de que tienen apenas una sola existencia, o sea, las que avalan la idea de que el alma es creada en el mismo momento que el cuerpo, tendrán sin lugar a dudas, demasiadas dificultades para explicar, entre otras, la palpitante cuestión del conocimiento, la sabiduría, y la erudición del conocimiento innato.

Difícilmente se puede comprender cómo una persona, en una existencia de apenas una decena de años, pueda revelar privilegiada inteligencia y sabiduría, como frecuentemente ocurre, sabiéndose que, siendo tan vastas las ramas del conocimiento humano, fuera posible a un hombre, acumular tanto, en tan corto plazo.

“Una encarnación es como un día de trabajo”, afirma, acertadamente un amigo espiritual.

Es en función de esto, nuestra dificultad para comprender el cómo puede un hombre realizar grandes y apreciables conquistas intelectuales, en los más variados campos del saber, en un período de seis, siete o aún mismo, ocho decenas de años.

Y esa dificultad aumentaría más, si catalogásemos a los hombres que, en idénticos períodos, nada o casi nada aprendieran en los templos del saber, a pesar del esfuerzo realizado.

Enfrentamos así, en una expectante y dolorosa alternativa: o Dios, el Supremo Creador de todas las cosas, es parcial e injusto, porque crea y pone en el mundo a sabios y a ignorantes, cuando a todos sus hijos debiera dar, como lo hacen los más imperfectos padres terrenos, las mismas posibilidades, o seremos inevitablemente llevados a aceptar la tesis de las religiones reencarnacionistas de que cada existencia representa un hilo en la trama de una inmensa cadena de sucesivas vidas, durante las cuales el Espíritu aprende y crece, evoluciona y se enriquece de valores nuevos y consecutivos.

El Espiritismo es reencarnacionista, como tal enseña la doctrina de las existencias múltiples; de las vidas que se renuevan, como lo hacen la mayoría de las religiones antiguas.

El conjunto de las enseñanzas Espíritas, gira en torno del siguiente enunciado filosófico: “Nacer, vivir, morir y renacer nuevamente, progresar continuamente, tal es la Ley”.

El Espiritismo enmarcó en esa admirable sentencia su estructura doctrinaria, ofreciendo una llave de Luz para los intrincados problemas que vienen desafiando la argucia, la cultura, y el talento de innumerables pensadores, en todas las épocas de la Humanidad.

La Reencarnación nos hace comprender a Dios como a la Suprema Inteligencia y Suprema Justicia.

Nos hace comprenderlo como Infinita Perfección e Infinita Misericordia.

Dios, nos es mostrado a través de la Reencarnación, como un ser Justo y Bueno, creando almas simples e ignorantes, con el fin de que, por el esfuerzo propio ascienda todos los pináculos evolutivos, en el rumbo de la perfección con Jesús.

Aceptando la Reencarnación, no tenemos dificultades en comprender la promesa del Maestro, cuando dice “Ninguna de las ovejas que me confió Mi Padre, se perderá.”

A la Luz de la Reencarnación, lo que era nebuloso se tornó límpido.

La interpretación del Evangelio se tornó menos difícil.

Más comprensible se volvió el pensamiento de Jesús.

Lo que era confuso e indescifrable pasó a reflejar, espontánea y naturalmente, la meridiana claridad del buen sentido y la lógica.

La explicación palingenésica nos lleva, finalmente, a que mejor comprendamos por qué existen sabios e ignorantes en el mundo, cruzando las mismas calles, sufriendo los mismos dolores, respirando el mismo oxígeno, sin que seamos, dolorosa y tristemente, compelidos a aceptarlo como un Padre que usa, para con sus hijos, dos pesos y dos medidas.

La cultura, el conocimiento, y en fin, el progreso deviene de ese maravilloso encadenamiento de existencias, durante las cuales el alma adquirió y almacenó valiosos patrimonios intelectuales.

Sin las tesis reencarnacionistas, la explicación del progreso de las humanidades queda incompleta, o por lo menos incomprensibles.

El observador imparcial, el historiador sensato y el hombre desprovisto de preconcepción han de compartir con nosotros esta aseveración.

22 VIGILANCIA

*“Ceñidos estén vuestros cuerpos
y encendidas las candelas.”*

Las condiciones en que despertaremos, en la espiritualidad, luego de la muerte corporal, depende, efectiva e inocultablemente, de nuestro estado evolutivo.

Del rumbo que hubiéramos impreso a nuestros pasos.

Del esfuerzo Evangélico emprendido.

De la manera en que hayamos sabido emplear el tiempo.

El Espiritismo teje, sobre este asunto, oportunas y valiosas consideraciones, aclarando así, el pensamiento del Maestro.

La situación del hombre, luego de la desencarnación, suscita el interés para los primeros instantes de la vida en la esfera subjetiva.

En sí mismo el despertar, como fenómeno asombroso, es extraño, y sorprendentemente inesperado.

La recuperación gradual de la memoria, en el periespíritu, con el consecuente recuerdo de sucesos que podrán darnos paz o desasosiego.

El reencuentro con amigos y adversarios, en planos determinados por nuestro peso específico.

La respuesta de la Ley a nuestra permanencia en la fraternidad o a nuestra insensatez ante la grandeza de la vida, mediante indefinibles júbilos o insoportables tormentos.

El conocimiento espontáneo o compulsorio, según las circunstancias y necesidades educativas, señalando, desde otras existencias, en los cuadros de la memoria supranormal, reminiscencias suaves y dulces, o dolorosas y amargas.

El nivel, la naturaleza, la duración de nuestras retrospecciones mentales.

Todo esto, expresando la realidad inmanente, ha de condicionarse a los propios valores morales y espirituales de quien parte con rumbo a la Eternidad...

Resultará de la siembra que hayamos hecho, puesto que cosecharemos lo que sembramos.

Representará la indefectible reacción de la Ley a nuestras actitudes, palabras y pensamientos en la vida terrena, en donde, desde hace cerca de dos mil años, venimos caminando bajo la Luz del Evangelio de Redención.

Todo eso, repetimos, dependerá de la mayor o menor firmeza con que nos hubiéramos conducido en el mundo.

La palabra de orden, por lo tanto, en cuanto estamos en el Plano Físico, debe ser: Atención, atención, atención...

Evidentemente el Maestro no pide santificación del día para la noche.

Ninguno se acuesta pecador, para amanecer angelizado.

Pero le es posible al hombre, acostarse vacío de ideas ennoblecedoras, esclavo del prejuicio y de la inseguridad, descreído y amorfo, y levantarse en la mañana siguiente renovado y feliz, deseoso de cambiar el sucio vestuario de la indolencia y de la irresponsabilidad, por la túnica sencilla, pero bien cuidada, del servidor esmerado.

Ciertamente la santificación exige mucho, mas la buena voluntad, ayuda bastante.

Existe un refrán harto conocido que repite, “La Noches es buena consejera.”

Con todo, aquellos que lo divulgan ignoran, en su mayoría, la sustancia, la esencia del decir popular.

El Espiritismo hace la Luz sobre el asunto.

Explica que, al dormirmos, nuestro espíritu parcialmente liberado, se reúne en ciertas ocasiones, con entidades amigas y generosas que le transmiten sabios consejos, preciosas advertencias, sugerencias benevolentes que nos hacen despertar más felices y esperanzados, más lúcidos e inspirados para la solución de los problemas de la vida..

En el juego de las apariencias en que se complacen los hombres, de hecho la noche es “buena consejera.”

En la realidad, no obstante, excelentes compañeros, (cariñosos instructores espirituales), son los que nos esperan durante el reposo físico, para trazar valiosas directrices que posibiliten la ponderación de las complejas cuestiones que modulan nuestra experiencia evolutiva.

Urge pues que ejerzamos la vigilancia.

Preservemos la salud del cuerpo y la Armonía del Espíritu.

Santifiquemos nuestros ojos frente al mal.

Eduquemos el oído.

Controlemos la lengua.

Imprimamos dirección evangélica a nuestros pasos.

Evitemos el rencor, pues es monstruo que se proyecta más allá de la vida física.

Absorbamos, en fin, el perfume que exhalan las eternas lecciones que el Divino Amigo nos legó, ciñendo nuestros cuerpos y encendiendo nuestras candelas.

•

Mientras nos encontramos en el mundo, nos es posible reflexionar con seguridad y actuar con relativo equilibrio.

Entretanto, luego del desenlace corporal, cuando se patentizan y evidencian los tumores espirituales y los desajustes psíquicos, el problema de la seguridad y del equilibrio se torna más difícil.

Sin el refugio del vaso físico, que lo preserva de la acechanza de las sombras, el alma que no se movilizó en el bien, se repondrán obligada a una mayor dificultad.

La hora de la gran transición es imprevisible.

De este modo nos compete, permanecer atentos, manteniendo identificación con el Reino de Dios y Su Justicia, con el fin de que *la partida* y *la llegada*, no sean sucesos dolorosos.

Especialmente *la llegada*.

Vivir en el bien, aprendiendo y sirviendo, amando y perdonando, para que el “adormecer” sea suave y el “despertar” sublime.

Ciñámonos pues, con la túnica de la benevolencia y el perdón incondicional, para que la candela de la fe y del conocimiento superior, ilumine nuestros pasos, más allá de la muerte, asegurándonos la alegría que no se extingue.

Y la felicidad que no se acaba...

23
JESUS Y DIOS
I

“Mi padre y yo somos uno”

Aquellos que afirman, o por lo menos creen, que Jesús y Dios son la misma entidad se fundamentan sin duda, en las siguientes palabras del Maestro: “Mi Padre y Yo somos Uno.”

Sin embargo, basándonos en esas palabras para afirmarnos en la creencia de que Jesús es el propio Dios, seremos forzosa e inevitablemente compelidos igualmente a equiparar al Maestro con los discípulos, al Cristo con los Apóstoles, pues en el Evangelio según Juan (14:20) está escrito: “...estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”.

No hay otra alternativa.

No hay diferencia entre las dos frases: “Mi Padre está en mi y Yo en Él”, con la que se refiere Jesús a Dios, y la otra, “Vos estáis en mi y Yo en vosotros”, con la que el mismo Jesús se refiere a los discípulos.

De hecho, Jesús siempre estuvo con Dios. Y Dios a su vez, siempre estuvo con Jesús.

La voluntad de uno siempre fue la del otro.

Son *uno por el pensamiento*, dado a que todo cuanto el Cristo realizaba y realiza aún es bajo la inspiración directa de Dios.

El alma purísima de Jesús, es el cristalino espejo en donde la voluntad del Señor de los Mundos, se refleja soberana y misericordiosa.

Dios es el Padre y Jesús es el Hijo.

Dios es el Soberano Universal, Causa Primera de todas las cosas, Inteligencia Suprema del Universo, como lo define el Espiritismo.

Jesús es su embajador en la Tierra.

Dios creó el Universo, que es la suma, la reunión, el conjunto de todos los mundos, galaxias, constelaciones, sistemas planetarios.

Jesús, su enviado, presidió la formación del Orbe terrestre, de allí su afirmación: “Soy el principio y el fin, Yo que os hablo.”

Y nosotros ampliamos en nombre de las luces de la Doctrina Espírita: de todas las cosas terrestres.

Dice Emmanuel que el Cristo *organizó el escenario de la vida, creando bajo la supervisión de Dios, lo indispensable a la existencia de los seres del porvenir.*

•
En todas las referencias, Jesús siempre enseña que no es Dios.

Que no es el Omnipotente.

Que su voluntad está condicionada a la del Padre.

En conmovedora, sublime y constante demostración de obediencia y comprensión filial, coloca siempre por encima de sí, el Poder de Dios.

Embajador Celeste, nada hizo en discordancia con la Voluntad del Padre, quien lo envió en misión de Maestro, al globo terrestre.

La Sabiduría y el Amor del Padre, que lo hace descender desde las infinitas regiones de Luz hasta las sombras del mundo, estuvieron siempre con el Hijo.

En los pensamientos, en las palabras y en las actitudes.

Eran y son, por consiguiente, *uno por el pensamiento*, uno por el corazón, uno por la inteligencia.

Tanto cuanto los discípulos, tocados por el ideal evangélico, (de quien era Jesús, la personificación en la Tierra), eran también *uno con el Maestro*.

Los discípulos estaban con Jesús, cuanto Jesús estaba con los discípulos.

Nada más claro.

Nada más lógico.

Nada más simple.

Cuando un Embajador, un Ministro, un Cónsul, finalmente, sigue invariablemente la orientación del gobierno que representa, aunque representante y gobierno sean personas distintas, son *uno por el pensamiento*, porque el uno ejecuta fielmente la voluntad del otro.

No hubo hasta hoy, en la Tierra, quien representase con tamaña fidelidad el pensamiento de su representado, cuanto Jesús lo hizo con relación de Dios.

Basta meditar sobre esto: “Dios es Amor, Jesús es Amor.”

Dios gobierna el Universo, del que la Tierra es un minúsculo departamento. Jesús es el mandatario del Padre en este mundo.

Pero son *uno por el pensamiento*.

24 JESÚS Y DIOS II

*“Padre mío, en tus manos
entrego mi alma.”*

El espiritismo va ganando terreno, no solo en los corazones, sino también en la conciencia de la Humanidad, en virtud de la lógica de su Doctrina y de la claridad con que estudia y elucida los problemas de la evolución espiritual.

Y como los explica con simplicidad, sus adeptos se ven enfrentados cada día a más variadas exigencias, desde las más simples a las más complicadas.

Se percibe en el hombre moderno, la ansia por el conocimiento.

Y como alguien que está sediento, procura naturalmente, quitar su sed y ven en el Espiritismo, bajo la iluminación del Evangelio, a la fuente generosa que a todos ampara, en la sublime misión de servir.

Innegablemente, viene siendo la Doctrina Espírita, el pozo de Jacob de la actualidad. Localizado al margen del camino, ofrece a los viajeros la preciosa linfa del esclarecimiento y el consuelo.

Siendo así, crece la responsabilidad de los que abrazan sus ideales renovadores, dado a que se tornan blanco de expresivas indagaciones, inclusive aquellas que se refieren a la personalidad de Jesús, quien, ante el parecer de mucha gente, es el propio Dios.

Aunque dispensando el mayor aprecio a la opinión de quienes así piensan, aceptan y difunden la idea de que Jesús y Dios no son la misma entidad, somos compelidos a abordar, con sincera cortesía, el delicado y trascendental problema.

Coloquemos, todavía, a guisa de molde, las propias palabras del Maestro.

Consultemos respetuosamente al Evangelio del Señor, resguardo de sus lecciones y relicario de sus palabras.

Dejemos que las propias enseñanzas del Cristo de Dios hagan luz sobre el asunto, encuadrando el problema que tanto ha avivado la curiosidad de los hombres.

Los pasajes que ordenaremos a continuación, fueron extraídos del Nuevo Testamento.

Todos ellos se reportan, con absoluta claridad, al asunto en estudio, dejándonos, por lo menos a nosotros los Espíritas, la convicción de que Jesús es uno, y Dios es otro.

Uno es el Padre y otro es el Hijo.

Dios es el Creador del Universo.

Jesús es el Gobernador Espiritual de la Tierra.

El primero es el dador.

El segundo el receptor.

Reflexionemos entonces.

“La palabra que habéis oído no es mía, *sino del Padre que me envió.*” –
Juan 14:24

“¿Por qué me llamáis bueno? Ninguno hay bueno, *sino solo uno, Dios.*” –
Lucas 18:19, Marcos 10:18, Mateo 19:17. -

“Porque he descendido del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la
voluntad del que *me envió.*”- Juan 6:38

“Mas para que el mundo conozca que *amo al Padre*, y como *el Padre me
mandó*, así hago” – Juan 14:31

“...y cualquiera que me recibe, recibe *al que me envió*” – Lucas 9:48

“...Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la
verdad, la cual *he oído de Dios.*” – Juan 8:40

“Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré *al que me envió.*” –
Juan 7:33

“Y *Yo rogaré al Padre*, y os dará otro consolador, para que esté con
vosotros para siempre.” – Juan 14:16

“Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que *voy al Padre*;
porque *el Padre es mayor que Yo.*” – Juan 14:28

“Padre mío, si es posible, pase de *mi* esta copa...” – Mateo 26:39

Más adelante, en el versículo 42 continúa la sublime e incomprensible
conversación con Dios: “Padre mío, si no puede pasar de mi esta copa sin que
Yo la beba, hágase Tu Voluntad.”

Más adelante, todavía, el incisivo, admirable e indiscutido apuntamiento
en Lucas 23:46: “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.”

Jesús declara que la palabra oída no fue suya, sino del Padre.

Que él no es bueno, sino solo Dios lo es.

Que no descendió del cielo para hacer su voluntad, sino la de Aquel que
Lo envió.

Que ama al Padre.

Que quién lo recibe, recibe a aquel que lo envió.

Que aprendió la verdad de Dios.
Que va a estar junto a Aquel que Lo envió.
Que rogará al Padre y Aquel nos enviará otro Consolador.
Que si lo amásemos, nos alegraríamos porque el se va al Padre.
Que el Padre es mayor de lo que es Él.
Pide que la copa sea apartada de él, de ser posible.
Que si no es posible, se haga la voluntad del Padre.
Finalmente, entrega en las manos de Dios su Espíritu, su alma.

25
JESÚS Y DIOS
III

*“...herederos de Dios
y coherederos de Jesucristo.”*

En el examen del problema de la identidad de Jesús con Dios, del Hijo con el Padre, es justo y conveniente que auscultemos también, la opinión de los apóstoles.

Precisamos conocer el pensamiento, el testimonio de aquellos que fueran, vasos escogidos para el ministerio evangélico.

Dice Allán Kardec, con la prudencia y sensatez que le caracterizan el espíritu, (“Obras Póstumas”, Estudio sobre la naturaleza del Cristo, VI – Opinión de los Apóstoles, FEB, 13ª ed., Pág. 140); “De todas las opiniones, las de mayor valor son, incontestablemente, las de los Apóstoles, dado a que éstos lo asistieron en su misión y dado también a que, si él les hubiese dado instrucciones secretas, respecto a su naturaleza, algunos trazos de esas instrucciones se descubrirían en los escritos de ellos. Habiendo vivido en su intimidad, mejor que nadie ellos deberían saberlo.”

Escuchemos la palabra de Pedro, el viejo Barjonás, que asistió a Jesús desde la primera hora. “El Dios de nuestros padres *levantó a Jesús*, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero.” – Hechos 5:30

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, *varón probado por Dios* entre vosotros” – Hechos 2:22

“A este Jesús *resucitó Dios*, de lo cual todos nosotros somos testigos.” – Hechos 2:32

“Sepa pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que *a este Jesús* a quien vosotros crucificasteis; *Dios le ha hecho Señor y Cristo.*” – Hechos 2:36

“A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.” - Hechos 3:26

•

Veamos ahora a Pablo de Tarso, el erudito y exaltado Doctor de los Gentiles.

Pablo de Tarso, el apasionado discípulo de Gamaliel y su presumible sustituto en el Sinedrion.

Conozcamos también, el vigoroso e inspirado pensamiento del noble abanderado del Evangelio del Reino, “cuyos escritos coordinaron las primeras formas de la religión cristiana.”

“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” Romanos 10:9

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.” – Romanos 5:10

“Para que por la Gracia de Dios gustase la muerte por todos – por ser el bien digno de Dios...” Hebreos 2:9

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo...” – Romanos 8:17

•

Como se ve, asimilando el pensamiento de Jesús, los apóstoles dan testimonio sobre la personalidad del Maestro.

Decenas de pasajes semejantes podrían ser ordenados, sin cualquier dificultad, estableciendo todas ellas una clara distinción entre Dios y Jesús, entre el Padre y el Hijo.

Después del pronunciamiento del propio Cristo, innegablemente, las opiniones más destacadas son las de los Apóstoles, toda vez que participaron de la vida de Jesús, en todos los instantes de Su Vida Pública.

Participaron de la intimidad del Señor.

Recibieron, directamente de sus labios, las enseñanzas e instrucciones.

Le escucharon diariamente, lecciones de eterna belleza e infinita sabiduría.

Aceptarles pues, el pensamiento, constituye un homenaje vivo de nuestras almas hacia aquellos hombres, escogidos y preescogidos por el Maestro para el ministerio evangélico.

Si la palabra de Jesús y las opiniones de los Apóstoles nos merecen fe, no tengamos duda en afirmar que Dios es uno y Jesús es otro.

Dios es el Padre.

Jesús es el Hijo.

Y nosotros, somos los hermanos de Jesús.

Herederos de Dios.

Coherederos de Jesús.

RECONCILIACIÓN

*“Mis discípulos serán reconocidos
por lo mucho que se amen...”*

En lo relativo a la vida presente, la reconciliación con los adversarios proporciona una serie de inapreciables beneficios.

Es la Paz en la Conciencia, el mayor tesoro que el hombre pueda desear en el mundo.

Ausencia de inquietudes y remordimientos, patrimonio que ayuda en la adquisición del equilibrio interior.

Sueño tranquilo, asegurando el bienestar espiritual mientras el cuerpo descansa.

Despertar sereno, premiando al corazón que se enriqueció de experiencias nuevas, en el contacto con benefactores desencarnados.

Construcción de preciosas amistades, en esta y en la vida extra física, lo que es fundamentalmente importante para todos nosotros, especialmente los inmortalitas reencarnacionistas.

La enemistad es llama encendida en el corazón humano.

Quema, hiere, abre llagas profundas.

Hace sangrar por mucho tiempo.

Cuando nos dispongamos a comprender y seguir el consejo del Maestro; “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” nuestros corazones habrán de inundarse con un júbilo diferente.

De un júbilo sublime, que ningún tesoro del mundo puede sustituir o compensar.

Feliz la criatura que diariamente, luego de un honesto examen de conciencia, pueda decir: “¡Mi alma está exenta de resentimientos! ¡No siento dentro de mí ni odio, ni rencor, ni deseos de venganza!

¡No tengo enemigos! ¡A todos estimo, a todos aprecio, a todos deseo el bien!

¡Pueden existir criaturas que no me comprendan las actitudes, el idealismo, mas yo las comprendo!

Como se ve, la Reencarnación, haciendo luz sobre la palabra evangélica, es, realmente benéfica y constructiva.

Favorece la extinción, no solo de los antagonismos del pretérito, generalmente promovidos por nosotros mismos, como también ayuda a disolver las enemistades que nuestro descontrol forjó en el presente.

Y con vistas al mañana, la confraternización con los adversarios, en otras palabras, la reconciliación con los enemigos aconsejada por Jesús, presenta ventajas de naturaleza espiritual, imprescindibles a nuestro progreso.

Asegúranos hoy, aquella euforia que nos dará mañana, en definitiva, la verdadera felicidad.

La mayoría de las obsesiones resulta de las aversiones que se fijaron, en el tiempo y en el espacio, en el transcurso de los siglos y milenios, por la incapacidad del perdón recíproco.

Conocemos casos de venganza que atravesaron la noche de los tiempos, descendieron al abismo de los milenios, llevando hoy a la alucinación y a la delincuencia a almas que practicaron o se hicieron cómplices en crímenes horrorosos...

La estima fraternal garantiza, para el porvenir de nuestras luchas evolutivas, reencarnaciones liberadas de penosos compromisos y dolorosas consecuencias.

El desligamiento de lazos hostiles, o simplemente antipáticos, que muchas veces distancian a compañeros de jornada, abre a nuestros Espíritus sublimes oportunidades de *construirnos*, en vez de apenas *reconstruirnos*.

Tales consideraciones, formuladas sobre la base del razonamiento palingenésico, demuestran la sabiduría de Jesús, cuando afirmó que el Espíritu de Verdad restauraría sus enseñanzas.

¡Cuanta lógica y cuanto buen sentido!

¡Cuanta claridad en los conceptos evangélicos, si los interpretamos a la luz del Espiritismo!

Nuestro corazón se enriquece, nuestra alma se torna feliz, nuestra conciencia se ilumina por haber aceptado esta fortuna, este patrimonio invaluable, que el Cristo de Dios, a través de la personalidad misionera de Allán Kardec, legó a la humanidad planetaria.

Reconciliémonos pues, con los adversarios, de ayer y de hoy, si los tuviéramos, en la certeza inquebrantable de que el perdón irrestricto, con el olvido de toda falta, nos abrirá la puerta que nos introducirá más tarde, en el Santuario de Luz de la Vida Infinita.

Y no olvidemos, a beneficio de nuestra propia felicidad, ahora y siempre, la suave advertencia de Nuestro Señor Jesús Cristo: “Mis discípulos son conocidos por lo mucho que se aman, los unos a los otros.”

27 EL CRISTO VICTORIOSO

“Estaba allí un hombre que yacía enfermo desde hacía treinta y ocho años”

Existía en Jerusalén el llamado estanque de Betesda, que periódicamente, adquiría propiedades curativas, después de que un ángel, o Espíritu Superior, descendía y le agitaba las aguas, magnetizándolas.

Quién entrase primero, una vez agitadas las aguas, quedaba curado de cualquier enfermedad.

Era natural y bien humano, que allí se reuniesen una multitud de enfermos, esperando el momento exacto en que el Celeste Mensajero debería agitar el tanque en nombre de las fuerzas del bien.

Bien humana era también, la disputa que se verificaba, procurando anticiparse uno a otro pues, como era notorio, quien primero entrase quedaría curado.

Entre los enfermos, en aquel día, se encontraba un hombre acometido por una parálisis, hacía ya treinta y ocho años.

Un paralítico, en medio de decenas de paralíticos.

Jesús pasaba yendo en dirección al Templo, para las festividades israelitas.

Viendo a aquel hombre sumido en el auge de su ansiedad, le preguntó: ¿Quieres ser curado?

Y, ante la melancólica explicación del paralítico de que no podía caminar, le dice el Maestro: “Levántate, toma tu lecho y anda.”

El episodio sugiere innumerables meditaciones.

En principio, es de notar la espontaneidad de Jesús, en su interés por aquel enfermo, cuya actitud no fue igual a la de otras personas beneficiadas por el Señor.

Bartimeo, por ejemplo, el conocido “ciego de Jericó”, atrajo la atención de Jesús con tremendo alarido: “Hijo de David, ten misericordia de mí”, insistiendo de tal modo que muchos lo reprendieron.

Y el Divino Amigo, compadeciéndose, le restituyó la visión corporal.

Otra vez, un hombre cubierto de llagas, póstrese a sus pies suplicando: “Señor, si quieres puedes purificarme.”

La mujer sirio fenicia, cuya hija fuera tomada por un espíritu obsesor, pidió tanto a Jesús que la curase, que los discípulos irritados, rogaron al Maestro: “Despídela, pues viene llorando detrás de nosotros.”

Mas Jesús exaltando la fe, la atendió.

Con el paralítico del tanque de las ovejas, todo fue diferente.

Él no reconoció a Jesús.

No le pide que lo cure.

Ni sabía que el Maestro andaba por allí.

Lo que sí deseaba, era poder ser el primero en sumergirse.

Ignoraba que el Cristo podía curarlo, con un simple pensamiento, con una simple vibración, con un simple impulso de su voluntad.

Era paralítico y nadie lo acercaba al tanque, esa era su respuesta, franca y sincera, al ser interrogado por Jesús.

Por sus palabras, se desprende que tan solo deseaba ayuda física: “Señor, no tengo quién me meta en el estanque cuando se agita el agua, y entretanto que yo voy, otro desciende antes que yo.”

Hubo entonces un gesto sublime, espontáneo, generoso, fraternal, divino...

“Levántate, toma tu lecho y anda.”

•

El amor de Jesús trasciende fronteras.

Abraza el Universo.

Limitado en sus expresiones de fraternidad, pretende el hombre, casi siempre, ponderar, medir, estereotipar el Amor del Cristo aprisionándole la misericordia.

Olvidado de:

“Tened por templo el Universo,
por imagen a Dios
por ley la caridad
por altar la conciencia.”

Se lo sitúa muchas veces entre las cuatro paredes de una iglesia o de una casa.

El fenómeno, con todo, es comprensiblemente humano y, humanamente comprensible.

La irradiación del amor de Jesús envuelve a todos los seres que evolucionan en los círculos planetarios e interplanetarios.

La falta de comprensión de la excelsitud, de la grandeza del Cristo refleja un grado evolutivo.

Traduce “una visión.”

En donde palpite un corazón sincero, ahí está Jesús, extendiendo sus brazos amigos, manos generosas, como lo hizo con el enfermo del estanque.

Aún mismo que ese corazón aún palpita en otros rumbos evolutivos, polarizado por otras atracciones, se hará Jesús presente aunque no siempre pueda ser percibido.

Lo que le importa al Cristo es curar, salvar, educar.

Restituir al hombre del mundo, lo que el hombre del mundo perdió: la dirección hacia Dios.

•

El “paralítico desde hace treinta y ocho años” representa al hombre de buena voluntad.

El hombre que llevó hasta el final su cruz.

El hombre anónimo, cuya alma valerosa se esconde, muchas veces, en un cuerpo inmovilizado.

Retrata la multitud de afligidos que el mundo no conoce, mas que la penetrante visión de Jesús alcanza, llena de amor.

El interés del Maestro, al restituirlo a la dinámica de la vida, representa una alentadora retribución a cuantos recorren con dignidad, los caminos de la Tierra, arrastrando dificultades.

La cura del paralítico demuestra que la administración del mundo está, por sobre todo, en el Supremo Poder.

Revela que, dando a cada uno según sus obras, millares de almas retoman el carruaje físico, en procesos de reajustes y perfeccionamiento.

Es que el Cristo permanece victorioso al timón de la embarcación terrestre, desde los orígenes de la vida planetaria, apacentando, con indescriptible ternura, a las ovejas que el Padre le confió.

28 ANTE EL FUTURO

*“En los últimos días
sobrevendrán tiempos difíciles”*

El mundo contemporáneo vive una de sus fases más amenazantes, confirmando, de esta forma, la palabra inspirada del enérgico Apóstol de los Gentiles, en su carta a Timoteo.

El clima seductor en que se debate la humanidad confirma, de manera clara e insospechable la aseveración Paulina.

Nubes sombrías, preanunciadoras de violentos temporales, desfilan en el espacio infinito.

En los profundos océanos de la vida, agitados torbellinos indican la subversión de los valores morales en que se asientan la virtud y el bien, avasallados en cada instante, por el impetuoso torbellino de las legiones del mal.

Las pasiones humanas, la discrepancia de las ideas y la impetuosa avalancha del egoísmo, tienden a cambiar la fisonomía del planeta.

Todas esas fuerzas derraman, en esta fase de transición, las semillas de la desconfianza y del rencor, de la ambición y de las venganzas seculares.

Por todas partes exhálense clamores hacia Lo Alto...

Por un lado, la oración sincera de aquellos que, en este momento decisivo de la historia humana, recuerdan envueltos en sublimes efluvios de esperanza y amor, los mensajes de paz traídos a la Tierra y legados a los hombres por el admirable Pastor Galileo, Jesús, el Cristo de Dios.

Por el otro lado, la angustia de los que desconocen la Ley de Causas y Efectos que rige, justa y sabiamente, los destinos de las humanidades, la estructura moral, social y cultural de las civilizaciones

El hombre contemporáneo, inaccesible en su inmensa mayoría, a las Verdades Eternas, reposa quedamente su mirar entristecido sobre los largos caminos de la vida, y ve solamente lo que le es permitido a su limitado poder visual: el apagado espectáculo de sombríos paisajes.

Interroga, entretanto, al espacio inconmensurable...

Mas el guiño de las estrellas no da respuesta a sus conjeturas e indagaciones atribuladas.

El lienzo immaculado de la Vía Láctea, apuntillado de millones y millones de astros, representa, todavía una antorcha de dulce y suave esperanza, como si fuera el Mirar Divino envolviendo a la Tierra.

•

En las noches de plenilunio, cuando el alma de los seres y de las cosas vibra ante el sublime convite a la meditación y a la oración fervorosa, el corazón de la Humanidad se repleta de esperanzas.

En el escenario deslumbrante de la Naturaleza adormecida y cubierta por los reflejos de la luna, siente el hombre, en lo más profundo de su espíritu, la realidad grandiosa e incomparable, de la Presencia Divina.

El Universo, en silencio, es todo un poema de exaltación al Creador.

En la exuberancia magnífica de su Poder y Justicia, Sabiduría y Amor, el Sublime Arquitecto hace sentir, a través de su portentosa obra, el inagotable cariño por los que luchan y sufren, trabajan y se perfeccionan en la forja de los avatares purificadores.

La mente humana, no obstante, esquiva como la propia Luna, vacila y se estremece enfrente de las manchas que, de espacio en espacio, envuelve la superficie terrestre, en alternativas de luz y de sombra.

El hombre moderno piensa y medita...

Y, meditando y pensando se enmaraña en el abismo de sus reflexiones filosóficas y religiosas.

Y en ese laberinto especulativo, en donde la ausencia del Cristo generó dogmas y preconceptos, comienza inevitablemente el descreimiento de todo, el desconfiar de todos.

En los resplandecientes tronos de la Espiritualidad, el Maestro, todavía, ante el futuro, ora y trabaja.

Su meta es la felicidad humana.

Aquí abajo, en la Tierra, religiones centenarias y milenarias, adversas al proceso evolutivo de la Vida, en todas sus manifestaciones, apresadas a perecibles dogmas de fe, responden sin duda, por esa tendencia incrédula que se va infiltrando en la conciencia de los hombres, especialmente de los hombres que estudian y meditan, analizan y observan.

La vieja teoría de creer de oído, está, evidentemente, fuera de las reflexiones del hombre moderno.

29 **JUVENTUD Y EVOLUCIÓN**

*“exhorta así mismo a los jóvenes
a que sean prudentes”*

Anteriormente, delineamos el clima de inseguridades en que vivimos, reafirmando así, a la Tierra, en su humilde condición de orbe expiatorio y regenerativo.

De mundo atrasado, en donde las almas equivocadas rescatan viejos compromisos, aumentados, generalmente, por pesados punitivos.

El desajuste universal; el clima saturado de vibraciones inferiores, la tendencia al negativismo, todo esto se entremezcla allí, ineludible y establecido, convocando a los hombres de buena voluntad para las alegrías de la tarea noble, del servicio edificante.

Hagamos pues, de Jesús, el depositario infalible de nuestras esperanzas, el Guía Real de la Humanidad, el Orientador por Excelencia.

Pablo de Tarso, escribiendo a Tito, lo orienta en el sentido de la preparación de los jóvenes para las tareas del Evangelio, estimulándolos a una conducta sensata “en todas las cosas.”

Para las criaturas experimentadas en las infatigables tareas de una existencia digna, y de modo particular, para los jóvenes, es oportuna la exhortación del Apóstol.

Los que renacen ahora, enfrentando nuevas luchas y tareas, enfrentándose con un mundo realmente adverso, están siendo convocados para los divinos emprendimientos de la evolución, que exigen de hecho, buen sentido y firmeza.

El campo del trabajo se abre en nuevas y sublimes actividades, propulsoras naturales del progreso y del perfeccionamiento moral de los pueblos, incitando a los idealistas a tareas santificantes.

En la lucha en pro de la evolución, se impone la consagración de los valores espirituales de la juventud, a la luz de las enseñanzas del Cristianismo Redivivo.

Se hace menester, desde oriente a occidente, conjugar todas las energías morales, con el fin de que sea mantenido el edificio evangélico, levantado en el suelo de la Palestina a costa de sudor, sangre y lágrimas.

Es indispensable la preservación de las magníficas conquistas que una parcela de la Humanidad guarda en el sagrado escriño de sus más fecundos logros.

El momento, pues, es de lucha por el mejoramiento.

La hora es de trabajo.

La evolución es un indeclinable imperativo. “La siembra es grande, pero los trabajadores son pocos”, asevera el Maestro.

•

La juventud tiene que reservar en su corazón, un lugar para el mensaje de Cristo.

Se tiene que nutrir de ese mensaje, vivir de ese mensaje, perfeccionarse en función de ese mensaje sublime y eterno.

Solamente el Evangelio del Señor tiene el poder de renovar al hombre que se desvió, a la sociedad que se extravió, al mundo que perdió el equilibrio.

Él es fundamento del orden y del progreso.

El Evangelio es Amor, en su más elevada expresión.

Amor que unifica y construye para la Eternidad.

Amor que asegura la perpetuidad de todos los fenómenos evolutivos.

Y el Cristo recomendó dulcemente: “Amaos unos a otros, como yo os amé.”

Seríamos reconocidos como discípulos suyos por el amor que ofreciésemos a los compañeros del camino.

•

Solamente el Evangelio aproximará a los hombres, porque él es caridad.

Y la caridad es mansa y pacífica.

No humilla.

Es paciente.

No pelea, porque perdona setenta veces siete.

El Cristo, Maestro y Señor, nos avisó que a cada uno le será dado en razón directa de las obras practicadas.

Allán Kardec, el insigne misionero, recordó la advertencia del Maestro de los maestros, con la leyenda sublime: “Fuera de la Caridad no hay salvación.”

Solamente el Evangelio, sentido y practicado, evitará las luchas, la matanza entre hermanos, porque del árbol del Evangelio, brotan con abundancia los sentimientos de Amor y los frutos del perdón incondicional.

La Buena Nueva es el fundamento de la evolución y el campo de trabajo ideal para los jóvenes.

Evolución con la juventud, y juventud para la evolución.

Quien ama con el Evangelio, perdona siempre.

Quien perdona con el Evangelio, olvida ofensas.

Quien olvida ofensas, bajo la inspiración del Evangelio, confraterniza con todos.

Quien confraterniza con todos, bajo la sombra acogedora del Evangelio, allana dificultades, removiendo obstáculos.

Quien allana dificultades consolida, para la Eternidad, en el Tiempo y en el Espacio, los fundamentos de la Evolución con Jesús.

30 **LIBRE ALBEDRÍO**

*“Conoceréis la Verdad
y la Verdad os hará libres...”*

El Libre Albedrío es la facultad que permite al hombre edificar, conscientemente, su propio destino, posibilitándole la elección, en su trayectoria ascendente, en el camino que desea.

Limitado en su comienzo, va expandiéndose en la medida en que el hombre crece en la Espiritualidad.

Cuanto más evolucionado es el ser, más amplio es su Libre Albedrío, y mayor es su derecho de hacer ciertas elecciones, en el campo de la vida, asumiendo así, *poco a poco*, el comando definitivo de su ascensión.

Libre Albedrío es responsabilidad individual desarrollándose simultáneamente, en el aprendizaje humano.

El hombre de evolución primaria tiene el Libre Albedrío limitado, restringido.

Equivale al sentenciado a quien la Ley pune, sin transigencias, sometiéndolo a la reclusión en donde mejor convenga a los intereses de la Ley y la Sociedad.

La Sociedad y la Ley no confían en él.

El hombre de evolución mediana, tiene su esfera deliberativa menos restringida.

Corresponde al recluso que, sometido a la disciplina de los códigos, recibe de los códigos ciertas concesiones, generalmente atribuidas a los que, en el cumplimiento de sus penas, demuestran buena voluntad y obediencia, respeto y comprensión.

El hombre evolucionado, es el sentenciado que ya se liberó y corrigió.

Pruebas y expiaciones, disciplinas y correctivas fueron su camino para la liberación definitiva.

Nada más debe a la Ley y colabora, en la sociedad, para que se restauren la justicia y la fraternidad, la armonía y el progreso.

Es libre para actuar, porque discierne el bien del mal, la verdad de la mentira, la luz de la sombra.

Conociendo la Verdad, la Verdad lo hizo libre.

De su actuación resultan el trabajo y la prosperidad, el fortalecimiento y la seguridad de las piezas que constituyen, que forman el mecanismo de las colectividades.

Un día, en el curso de los milenios, nuestro Libre Albedrío se armonizará plenamente con la Verdad Total, en las deliberaciones superiores.

En ese día sabremos ejecutar, con fidelidad, el pensamiento del Cristo, Maestro y Señor Nuestro.

En ese día, del cual aún distamos mucho, diremos como el Apóstol de los Gentiles: “y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi...”

Tal se dará cuando hayamos superado las imperfecciones.

Cuando nos integremos, definitivamente, por el corazón y la inteligencia, en los preceptos morales y fraternidades del Evangelio.

Sin adquisiciones elevadas, basadas en las enseñanzas del Celeste Enviado, la libertad nos lleva caídas y fracasos, que redundan generalmente, en clamorosos débitos y amargas expiaciones.

Abusando de la fuerza, exprimimos a los débiles.

Excediéndonos de poder, a través de la libertad mal dirigida, oprimimos a los humildes.

Utilizando mal la inteligencia, confundimos a los menos esclarecidos.

Si el Libre Albedrío es la facultad que se origina, en principio, en las adquisiciones intelectuales, el corazón bien formado contribuirá, sin ninguna duda, para que sea él ejercido según los padrones de la moral y de la fraternidad, garantizando, en el Gran Porvenir, el triunfo del Espíritu Inmortal.

El Libre Albedrío del hombre no evolucionado es como un espejo que el lodo de las imperfecciones desnaturaliza, por un tiempo.

El Libre Albedrío de un hombre de evolución mediana es como una madrugada que espera el beso del sol.

El Libre Albedrío del hombre evolucionado, del que se liberó de la ignorancia, es como la superficie tranquila de un lago, en donde se reflejan, en el esplendor de su grandiosidad, los luminosos rayos del astro rey.

31 **JUVENTUD Y EVANGELIO**

“Tú, pues, hijo mío, esfuérate en la Gracia que es de Cristo Jesús.”

La Buena Nueva, es el mensaje de paz, que el Maestro dirige, también, al corazón de la juventud, convidándola a colaborar en la edificación de su Reino, contribuyendo en el esfuerzo de transformación de la fisonomía moral del mundo.

El evangelio salvará a la humanidad, porque es la Luz Divina que iluminará a todas las criaturas en los purificadores caminos de la vida.

El Cristo afirmó: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Ninguno irá al Padre sino por mí.”

Ir al Padre significa embellecerse, elevarse, purificarse moral y espiritualmente.

Engrandecerse en el amor a la Sabiduría.

Gozar las primicias celestiales, en la ejecución de los trabajos del Creador, en donde la lucha y el progreso continúan sin fin.

Para encontrar al Padre, tendremos por consiguiente, que aceptar la mano que su dilecto Hijo nos ofrece.

La Doctrina Espírita, esclarece que la mano de Jesús, son sus enseñanzas y ejemplos, fecundamente encontrados en las luminosas páginas del Evangelio.

En él, no encontramos ningún pasaje que justifique peleas, ambición o vanidades.

Todo en él nos habla de fraternidad y comprensión.

Es por eso que solamente el Evangelio salvará a la Humanidad, porque él es humilde.

Y la humildad es compasiva, prudente y tolerante.

El Cristo, ejemplificando esa sublime y difícil virtud, ciñose con una toalla, tomó un recipiente y lavó los pies a los discípulos...

•

Solamente el Evangelio, meditámoslo bien, solucionará el problema evolutivo de la humanidad.

En donde hubiera Evangelio, sentido y vivido, habrá Caridad y Perdón, cesando de esta forma discordias y desinteligencias.

Cesando las desinteligencias y discordias, las manifestaciones egoístas, que producen las luchas entre los hombres, jamás se diseminarán sobre la faz de la Tierra, porque el Espíritu humano será iluminado por las divinas claridades del Altruismo.

Al influjo del Amor, las hierbas dañinas no brotarán.

Derramada la Buena Nueva, difundidas las enseñanzas evangélicas, a través de la palabra hablada y escrita, y de los ejemplos edificantes, la luz divina de la Gran Lámpara aclarará conciencias y controlará corazones en todos los rincones de la Tierra.

Estableciendo el reinado de la Comprensión y de la Fraternidad, no habrá luchas ni guerras, porque guerras y luchas son generadas por la ambición.

Luchas y guerras son incompatibles con los preceptos del Cristianismo.

Todas las criaturas, (en ese glorioso reinado que está por venir), recordarán, tendrán siempre en mente y cumplirán el mandamiento: “No matarás.”

Solamente el Evangelio, juventud idealista, salvará a la Humanidad.

Recordemos pues, la recomendación de Pablo al joven Timoteo, alentándolo con amor: “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la Gracia que está en Cristo Jesús.”

Los tratados, las juntas internacionales, los reglamentos humanos, en los que pese a su respetabilidad, elaboramos muchas veces, según la conveniencia de cada pueblo, raza o agrupamiento político o religioso, cada cual con su personalismo y ambiciones, en fin, las leyes y conferencias se han demostrado ineficaces, hasta cierto punto, en sus objetivos confraternizadores.

Es que los hombres, en verdad, no están interiormente iluminados.

No sienten en el alma, el fulgor de esa luz prodigiosa, deslumbrante y eterna que emana del sentimiento puro, de la magia y del suave encanto del Evangelio del Maestro Galileo.

Luz que se hace para siempre, en la gloriosa alborada del nacimiento en Belén.

•

Las reformas tiene que pasar principalmente del individuo a la sociedad.

De la unidad para el conjunto, de lo simple para lo compuesto.

Del hombre para la familia, grupos o colectividades.

No se darán, en tiempo alguno, desde afuera para adentro, de la periferia para el centro.

Resultan, o tendrán que resultar, de la claridad interna, de la modificación íntima.

Carecen, o carecerán de adoctrinamiento y aprendizaje, de perseverancia o esfuerzo.

Son obra divina y fruto del tiempo.

Los jóvenes espíritas de hoy edificarán, con el Evangelio, la reforma de las costumbres, a fin de que pueda Jesús, decir un día: “Mi Reino ya es de este mundo.”

32 LA ELECCIÓN ES LIBRE

“buscad y hallaréis”

En la Tierra o en el Espacio, en la posición de encarnados o desencarnados, encontramos siempre aquello que buscamos durante las experiencias evolutivas.

Actuando por nosotros mismos, o atendiendo a las sugerencias de espíritus menos esclarecidos, cosecharemos, hoy o mañana, el fruto de nuestras propias obras.

Nuestra vida, de acuerdo con la simbología acordada por los Espíritus Superiores, puede ser comparada con una balanza común. Y el Libre Albedrío representará siempre, el fiel de esa balanza.

En uno de los platillos, se acumularán nuestras creaciones inferiores, repletas de las sugerencias menos dignas de nuestros adversarios desencarnados.

En la otra, nuestras creaciones más elevadas uniéndose a los pensamientos inspirados por los benefactores, ángeles de la guarda o Espíritus Familiares.

Colocadas así, en pie de igualdad los dos platillos, el Libre Albedrío, esto es la voluntad consciente hará que una de ellas predomine por sobre la otra, creándonos tal elección, consecuencias ruinosas o benéficas, según el camino elegido.

La elección es libre.

Los amigos de la Espiritualidad, aún los más abnegados, no solucionarán enteramente nuestros problemas.

Habrán de orientarnos en nuestras silenciosas indagaciones, dejando con todo, que la resolución final nos pertenezca, con los que valorizarán ese inapreciable tesoro que se llama Libre Albedrío.

Sin la libertad, aunque relativa, del Libre Albedrío, el progreso espiritual no sería consciente, sino que se efectivizaría simplemente por *la fuerza de las cosas*.

En la Escuela de la Vida, los Instructores Espirituales proceden con los hombres a la manera de los profesores con las criaturas; dan informes sobre las lecciones, las explican, refieren las fuentes de consulta, indican libros y autores.

Pero dejan que los alumnos, durante el año lectivo se preparen en el sentido que, en los exámenes finales obtengan, por el esfuerzo propio, buena voluntad y aplicación, notas que aseguren la promoción para la serie siguiente.

El alumno irresponsable encontrará, al fin del período, lo que buscó: la reprobación y la vergüenza.

El alumno aplicado, que se consagró al estudio, encontrará igualmente lo que buscó; las alegrías de aprobar.

Todo de acuerdo con la lección del Maestro: “Buscad y hallaréis.”

En nuestra jornada evolutiva, *naciendo, viviendo, muriendo, renaciendo nuevamente y progresar continuamente*, somos alumnos que en su Libre Albedrío escogerán, en la mayoría de las oportunidades, el camino de las facilidades.

Los Instructores Espirituales han sido, para todos nosotros, devotos maestros que nos observan la negligencia y la desidia, aguardando no obstante, pacientes y comprensivos, que las lecciones del tiempo y del dolor nos induzcan al reajuste.

Jamás se incomodan cuando observan que nos inclinamos hacia el platillo de las sugerencias utilitaristas, pues saben que, buscando la ilusión, encontraremos más adelante, las hojas perdidas de las desilusiones.

No ignoran que, golpeando a la puerta de los engaños, ellas se ampliarán frente a nosotros, con el fin de que, participando en el banquete de las futilidades, seamos compelidos, más tarde, a buscar en los padrones del Evangelio, el camino para experiencias más elevadas.

En un planeta como la Tierra, bien inferior, numerosas falanges de entidades desencarnadas, nos inspiran con tal frecuencia que su intensidad, (la intensidad de su influencia), no puede ser medida.

En el Evangelio y en el Espiritismo, se encuentran los recursos imprescindibles para nuestra seguridad.

La práctica del Bien, la confianza en Dios, el esclarecimiento a través del Estudio, el trabajo constante en el Bien, todo esto bajo el amparo de la oración, sentida y practicada, habrán de preservarnos del asedio de las entidades que, en nombre de los viejos propósitos de venganza, o por simple perversidad, procuran dificultar nuestra ascensión.

Golpeando a las puertas de los que sufren, para llevarles el mensaje consolador del Evangelio y el socorro de nuestras manos, encontraremos un día, la respuesta del Cielo a nuestras ansias de libertad.

Siendo libres para la elección, encontraremos sin duda, lo que buscamos.

33 **JUVENTUD Y TRABAJO**

“Ninguno desprecie tu juventud”

De manera general, podemos decir que los jóvenes espíritas de la actualidad, son almas experimentadas en la sublime oficina del servicio evangélico.

Almas, pues, que responden por la construcción del mundo mejor del mañana.

Formularon, sin duda, las más edificantes promesas regenerativas, en las divinas asambleas de preparación del retorno, a los planos purificadores, de millares de obreros.

Esa pléyade de entidades que vuelven al escenario de la Tierra, necesita de ser animadas para el combate en contra de las fuerzas destructoras que amenazan sofocar los buenos sentimientos, retardando así la evolución.

No fue por casualidad que surgió en todos los rincones del Brasil, “Patria del Evangelio y Corazón del mundo,” ese movimiento renovador de juventudes espíritas cristianas, ese soplo dinámico y consciente que tiende a operar, con bases evangélicas, una extraordinaria revolución en las costumbres de la sociedad de hoy.

No constituye un accidente, en la Tierra de la Santa Cruz, esta JUVENTUD EN MARCHA, juventud que estudia y trabaja, perfeccionando la inteligencia y el corazón.

No ha sido obra del “acaso”, el traslado de las actividades de figuras eminentes por su cultura y expresión moral, hacia el nuevo campo de trabajo que se desarrolló en el Espiritismo: la lucha, sincera y constante, por la reforma moral de los jóvenes, adaptándose a las tareas doctrinarias.

Los tiempos han sido, realmente, llegados.

Los Ministros Divinos, bajo el amoroso comando del Ángel Ismael, trabajan infatigablemente, en los planos superiores, inspirando a los sembradores encarnados en la preparación del terreno.

Las responsabilidades se extienden, igualmente para los jóvenes.

Las tareas de la Juventud Espírita, frente al mundo y al futuro están, amplia y claramente definidas.

Las labores de evangelización y doctrinarias no soportan la indiferencia, la duda ni la vacilación.

El momento es de lucha – lucha de renovación íntima.

La hora es de trabajo - trabajo fraternal.

•

Y no se diga, impropriamente, que la tarea pertenece y cabe, tan solo a los servidores adultos.

Con el “nacer, vivir, morir, renacer nuevamente y progresar continuamente,” preceptuado por la Doctrina, el concepto de la edad física cede lugar al concepto universal de la edad espiritual.

Si el operario más viejo dispone de la bendición de la experiencia, adquirida tras la labor fecunda, posee el joven el entusiasmo que, bien dirigido, opera prodigios.

El joven espírita, trabajador y juicioso, no es simplemente una promesa; Es una afirmación.

El vigor físico, la salud, el idealismo, las esperanzas, todo esto constituye la muralla granítica capaz de destrozarse la idea de que la juventud no está en condiciones de cooperar, al lado de los más viejos, en la construcción de las bases del mundo feliz de mañana.

La palabra evangélica o espírita, sembrada por la juventud, será la llama bendita que iluminará el porvenir.

Con todo, su vigor y eficacia serán tanto mayores, cuanto mayores y más positivos fueran los ejemplos del joven en su trabajo con el Maestro.

Es necesario que tanto el joven cuanto el adulto al realizar la siembra evangélica, para la grandiosa tarea de la renovación de la humanidad, se coloque en la posición de predicar ejemplificando.

Ya dijo alguien, con entera propiedad, que la misión del propio Cristo hubiese sido nula, si él no hubiese dado, de todo cuanto enseñó, el más vivificante ejemplo.

Sus lecciones no habrían atravesado los siglos.

El concepto se aplica, con absoluta exactitud a quienes desean continuar, junto con el Maestro, en su divina obra.

Procure el joven espírita, realizar por lo tanto, sinceramente la tarea preliminar de la auto-regeneración.

Busque desenvolver, a través de la lucha constante, los sentimientos y las virtudes del bien, de la moral y la sabiduría, valores estos que dormitan potencialmente en el espíritu inmortal, como resultante lógica de las conquistas elevadas del ser humano, en un pasado desconocido.

Si no le es justo a los más veteranos, despreciar de los jóvenes la inmadurez, encendida de idealismo y energía, es mucho menos razonable que

el propio joven menosprecie el patrimonio que la Divina Bondad le ha concedido.

34 RAZÓN Y FE

*“Le dijo: sal de tu tierra y de tu parentela
y ven a la tierra que yo te mostraré”*

Merece nuestra consideración el mensaje puesto en epígrafe, recordado por el joven Esteban, (primer mártir del Cristianismo) al comparecer ante el Sinedrio, el poderoso tribunal israelita.

Resaltemos las palabras *tu tierra* y *tu parentela*, y finalmente, *la tierra que yo te mostraré*.

El patriarca Abraham vivía, en la tierra de los Caldeos, atento a las actividades normales y rutinarias del campo, cuidando de sus rebaños de ovejas, bueyes y asnos.

Vivía preso a *su tierra* y vinculado a *su parentela*.

Era, por consiguiente, un hombre circunscrito, limitado en sus objetivos, confinado en sus aspiraciones.

El Señor, por la voz de Poderosas Entidades que se comunicaban por voz directa, (Pneumatofonía) le retira de la Mesopotamia, para la ejecución, (junto con el heroico pueblo hebreo), de una elevada misión fraternalita.

Lo retira de su tierra, de su parentela, de su familia, para confiarle una familia mayor, una más numerosa descendencia, incontable como las estrellas: “Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas si las puedes contar” Después acrecentó: “Así será tu descendencia.”

•

Ninguna fuerza transformará al Cristianismo en “una religión” formalista, subordinada a rituales desvitalizantes.

Ninguno le alterará la sustancia, la imagen universalista, abarcadora, eterna, divina.

El Cristianismo no cabe en una vasija.

Él es la Religión del Amor, y por consiguiente la Religión Cósmica, (dado a que el Amor es la fuerza que rige el Universo en todas sus manifestaciones visibles e invisibles, objetivas y subjetivas.)

Universo físico.

Universo moral.

Universo mental.

El cristianismo nunca fue, no es y no será jamás, un movimiento condicionado, familiar, grupal o racial.

Ni aún mismo planetario.

Su esencia perfuma, no solo la Tierra, mundo donde la Divina Bondad nos situó en el presente.

No ejerce su influencia solamente en los orbes que gravitan en torno al Sol.

El Cristianismo – Filosofía de Amor Universal – aromatiza y vivifica a billones de planetas que gravitan en el Infinito de Dios.

•

El Padre Celestial, por la voz de sus iluminados servidores, principalmente del plano extra físico, viene, con ternura, desde el comienzo de las humanidades, procurando dilatar nuestros entendimientos.

Ampliar nuestra capacidad afectiva.

Despertándonos para el altruismo.

Librándonos, en fin, de los apretados preconceptos de familia, grupo, creencia, raza.

A la manera del viejo Abraham, el hombre terrestre precisa dejar *su tierra y su parentela* para integrarse en la gran familia universal.

Tan grande y tan numerosa cuanto las estrellas que refulgen en las constelaciones distantes, que no pueden ser contadas.

El hombre que deja, subjetivamente, filosóficamente, mentalmente, su tierra y su parentela no las repudia, como podría parecer.

Lejos de eso.

Las estima con la misma intensidad con que estima a otras tierras, otras gentes, porque sabe que el menor pedazo de tierra y de criatura que nació en el punto más alejado del globo pertenece, tierra y criatura, a Dios, quien es también su Creador.

La ama con la misma pureza, el mismo cariño con que ama a la tierra en donde nació y a sus compatriotas.

Las ama sin cualquier mancha de egoísmo.

Sabe que el pueblo más primitivo como el más civilizado, son hijos de Dios cuanto el propio, aquí como en cualquier rincón del Universo.

Sabe también, que el habitante de Marte o de Júpiter es también su hermano, miembro de la gran familia Universal.

Así, como Dios indicó a Abraham *otra tierra* que sería el santuario de la Primera Revelación, el autor de la Segunda también nos muestra el bendito camino de la fraternidad, preparándonos la inteligencia para la Sabiduría, el corazón para el Amor, y el Alma Eterna para la Luz que no se extingue.

•

Esteban es el símbolo del hombre realizado, del hombre que encontró *la otra tierra*.

“...lleno de gracia y poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo.”

“Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.”

“...Todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.”

Abraham simboliza el *ayer* de la humanidad, arrancada de su tierra y de su parentela.

Esteban, inundado de Amor Evangélico, simboliza el *mañana* de la humanidad, viviendo ya en otra tierra.

Abraham, en una demostración de fe, (de una fe que no encara a la razón cara a cara), levanta el cuchillo en contra Isaac, su amado hijo, para entregarlo en holocausto.

Es sin duda, el hombre de ayer.

Esteban, sentenciado a muerte, apedreado, vertiendo sangre por todo el cuerpo, el semblante desgarrado, se confía el mismo, sereno e imperturbable, al sacrificio.

Es sin duda, el hombre del mañana.

El primero preserva su vida, y entrega la del propio hijo; el segundo entrega su propia vida para salvar la de muchos.

Esteban, mirando a Jesús cuyos ojos se posaban con amargura sobre Saulo, ruega compasión para su implacable verdugo: “Señor, no le tomes en cuenta este pecado.”

Y cuando su delicada hermana Abigail le presenta al verdugo como novio, por depositario de sus juveniles esperanzas, tiene fuerzas aún para decir: “Cristo los bendiga..., No tengo en tu novio un enemigo, tengo un hermano... Saulo debe ser bueno y generoso, defendió a Moisés hasta el fin... Cuando conozca a Jesús, habrá de servirlo con el mismo fervor... Se para él, la compañera generosa y fiel...”

Esteban, simboliza indudablemente, al hombre del mañana.

Guarda en su pecho la fe iluminada por la razón.

Posee en el cerebro la razón sublimada por la fe.

“...Vieron su rostro, como el rostro de un ángel.”

35 **JUVENTUD Y AMBIENTE**

*“huye también
de las pasiones juveniles”*

El consejo de Pablo a Timoteo interpreta llanamente el problema de la reforma interior, que no es fácil de realizar.

Requiere lucha, estudio, meditación, perseverancia.

Las imperfecciones y tendencias para el mal, son inherentes a la propia condición de inferioridad del planeta, el cual constituye, en esta etapa de nuestro proceso evolutivo, el hábitat temporal de la psique.

Retoñan en él, vigorosamente, los sentimientos anti evangélicos.

Las semillas del mal encuentran, en la esfera terrena, la gleba propicia para despertar.

Aún mismo, almas ya dotadas de ciertos conocimientos intelectuales y cualidades nobles, sufren, al reencarnar en la Tierra, las influencias del ambiente, sin que eso constituya, como tal vez pueda parecer, un retroceso o regresión.

Innumerable cantidad de veces el propio Pablo de Tarso confesaba, amargado: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.”

La fuerza del mal es tan insinuante, que un pequeño descuido, en el desenvolvimiento y en la aplicación de las virtudes, podrá precipitarnos temporalmente en el infierno de las condenaciones psíquicas, retardando así, la marcha progresiva de nuestro espíritu.

En la mejor de las hipótesis, producirá un estancamiento tan inconveniente y perjudicial como, para el estudiante, la repetición de un año lectivo, perdido en la embriaguez de las futilidades y de los placeres que nada construye.

Los jóvenes, principalmente, dada a la naturaleza incipiente y maleable de sus funciones intelectivas, en función de su desarrollo fisiológico, presentan un estado de mayor y mejor vulnerabilidad a las cosas buenas o malas, elevadas o deprimentes.

Está claro que tenemos que combatir a un gran y terrible enemigo, representado por nuestras imperfecciones.

Para los jóvenes espíritas, con todo, la tarea se torna menos ardua.

La Doctrina, por su argumentación lógica, racional y convincente, cimentada en la tesis reencarnacionista, tiene el sublime privilegio de esclarecer e iluminar, instruir y confortar.

Tiene el joven espírita una siembra inagotable de enseñanzas y experiencias capaces de asegurarle el buen éxito, en el esfuerzo evolutivo, cuando tuviera perseverancia y tenacidad.

En el campo del Espiritismo, a pesar de todas las influencias negativas del mundo exterior y de su propia alma, el joven encontrará los elementos que necesita para su progreso moral y cultural.

Dispone de libros admirables para consultar.

Enfermos para visitar.

Desalentados para reconfortar.

La noción de la responsabilidad, suscitada por el conocimiento doctrinario, nos impone un esfuerzo mayor en el sentido de nuestra mejoría.

La certeza de la preexistencia del espíritu, con el activo y el pasivo que le es peculiar, apunta, define y revela obligaciones y responsabilidades.

La invalorable convicción sobre la vida futura nos induce, a su turno, a la valorización del talento-tiempo.

El conocimiento de las leyes de las reencarnaciones sucesivas, científicamente comprobadas por el Espiritismo, determina a la juventud grandes responsabilidades.

La lleva, tácitamente, a luchar con denuedo por el perfeccionamiento individual, resultando de allí naturalmente, el paso inicial y decisivo, para la iluminación interna.

La más noble tarea del joven espírita es la de llevar su sana influencia al ambiente en donde vive.

Ejemplificar el bien, para que el bien se expanda, afirme y triunfe.

Es esa la tarea atribuida a los jóvenes espíritas, a los jóvenes cristianos, especialmente ahora, cuando la mentalidad juvenil enfrenta a una sociedad materialista, cuyos principios amenazan extinguir los sentimientos nobles del corazón, en cuyo santuario deberá ser levantado el maravilloso edificio de la Fraternidad Humana.

36 **NO HUBO ECLIPSE**

*“Padre, si quieres,
aparta de mí esta copa.”*

Los Instructores Espirituales aseguran que la personalidad de Jesús es todavía inabordable para el entendimiento humano.

No se tiene la capacidad, la cultura, ni el sentimiento para comprender cabalmente al Maestro.

No podemos conocerle sus divinos pensamientos.

No le podemos analizar las conductas.

Nos faltan los recursos para interpretarle, de manera integral, todas sus palabras y enseñanzas.

Por eso, aseguran, es el Cristo aún inabordable a la comprensión del hombre.

El Cristo no es contenido para la taza de la comprensión humana.

Efectivamente, es muy difícil entender ciertas actitudes del Señor, cual ocurre con la que tuvo por escenario en el Getsemaní.

Esa dificultad en la comprensión de los sentimientos de Nuestro Señor, de poder profundizar en su alma sensible y comprender la individualidad universal, se acentúa principalmente, cuando se pretende analizar las palabras proferidas en el huerto, en las horas que precedieron al Calvario: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.”

Hay quien interpreta la actitud del Señor como de recelo ante el martirio que se avecinaba.

Y los que así piensan, dicen: “Hubo un eclipse en la Gran Alma del Cristo, eclipse que luego se disipó. Fue una nube rápida que ocultó, por instantes, el refulgente Sol. El Cristo Eterno reaccionó prontamente, contra el gesto humano del Hijo de María.”

Nuestro pensamiento, con respecto al conmovedor y sublime episodio, es un tanto distinto.

A nuestro ver, y teniendo cuidado de realzar la inabordable condición del Cristo, la copa que el Maestro prefería no sorber no era la del madero.

Ni la de la corona de espinas.

Ni de los clavos, ni de la lanza que le hicieran brotar la sangre generosa.

Ni de la muerte entre ladrones comunes.

La copa que el Cristo prefería no le fuese dada a beber era la de la compasión.

Condoliérase Jesús, con anticipación, previendo el despedazamiento de toda una siembra de espiritualidad y redención a favor de los hombres.

Era todo un apostolado de luz y esclarecimiento que se diluía bajo el apasionado impulso de la humanidad, cuya salvación fuera el objetivo fundamental de su venida al mundo.

La Humanidad caminaba en la dirección del abismo y el Cristo lo presentía y sufría, prefiriendo que no ocurriese.

“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa...”

Habló el Maestro, como hablaría un corazón maternal que observa, en rumbo al precipicio, los pasos trémulos del propio hijo.

Corazón exuberante de Amor, desbordante de ternura, ebrio de cariño...

La Humanidad era el hijo negligente, temeroso, que oyera las lecciones, mas no les asimilara el contenido.

¡Eclipse del Maestro, nunca!

El Cristo fue, y continuará siendo un sol sin eclipses.

Un astro que ilumina eternamente, sin alternativas ni oscilaciones.

Una estrella de primera magnitud, cuyos reflejos atraviesan todos los cuerpos, por más gigantescos y sólidos que sean.

Un sol que transpone y vence infinitas distancias.

Así pensando y sintiendo, afirmamos: “No hubo eclipse...”

•

Jesús presentía que los hombres construían, en silencio, el crimen innominable, por el cual habrían de responder fatalmente, por siglos y milenios.

“A cada uno les será dado de acuerdo con sus obras” enseñó en reiteradas oportunidades.

Percibía, en su Divina Intuición, que los hijos de su alma, (Alma Maternal), engendraban el más hediondo asesinato de toda la Historia universal, a través de su inmolación, de Él que había venido al mundo justamente para redimirlos, para salvarlos.

“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa...”

Los ciegos y los mudos, los paralíticos y los sordos, los leprosos y los infelices habían recibido de su corazón inagotables beneficios.

En el alma de todos, (pobres y ricos, grandes y pequeños), había plantado las semillas de la fraternidad y del perdón. Y ansiaba por que ellas germinasen.

Había venido al mundo, así dijo, para lanzar fuego sobre la tierra.

“Y bien quisiera que ya estuviese ardiendo...”

No exigía el Maestro el reconocimiento ni la gratitud de los hombres, con todo, esperaba que sus corazones guardasen, retuviesen, el perfume de la renovación, la esencia del Amor que les trajera desde los Santuarios Espirituales.

Y los hombres, hijos de su alma, conjuraban, en silencio, su muerte...

En alguna parte forjaban, en la sombra, la propia condenación.

Se auto sentenciaban.

Jesús, en un abrir y cerrar de ojos, en el Getsemaní, entrevió el futuro de la Humanidad.

Le descubrió los milenios de pruebas y rescates y se apiadó de los hombres.

Su alma se llenó de compasión.

Piedad por los hombres que volverían, en nuevos cuerpos, varias veces para el rescate inevitable.

No por su cuerpo, ni por su Espíritu, indestructible y eterno, sino por el alma colectiva de la Humanidad que, en aquel instante se preparaba para consumir, con la sangre del justo, su más grande e histórico pecado, el exterminio del Cordero de Dios.

La copa del Cristo no fue la del temor, fue la de la compasión.

El cáliz del Cristo no fue el del miedo, fue el de la piedad.

El trago del Cristo no fue el del recelo ante la cruz de madera, fue el de la tristeza ante la cruz de sufrimientos que los hombres pondrían sobre sus hombros, horas después, cargándola de allí en adelante, por muchos siglos y milenios.

Eclipse – nunca.

Cristo es un sol imperturbable, que trasciende cualesquier sombra, que no conoce eclipses...

Su corazón, compasivo y misericordioso que ama, sufre y llora por el Hijo Pródigo, se inundaría de felicidad, desbordaría de júbilo, si aquel asesinato no se consumase.

“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa...”

Mas ante la obstinación de los verdugos, respetándoles el Libre Arbitrio, se vuelve para Dios, sereno y majestuoso: “Padre, si no es posible, hágase Tu Voluntad.”

El Padre quisiera también, que el Sumiso Embajador bebiese, hasta la última gota, en la taza de la incomprensión humana, el licor de la piedad y del amor.

De la misericordia y de la compasión

Nunca el cáliz del temor, que sería un eclipse nublando un sol radiante, eterno, inocultable.

Eclipse – no...

37 **JUVENTUD Y RENUNCIA**

“...a los jóvenes como a hermanos

El apóstol enseña a Timoteo que hable a los jóvenes “como a hermanos”, esto es, con sinceridad y amor, con respeto y seriedad.

Por eso, nuestro lenguaje para con los jóvenes debe ser claro y franco, especialmente al hablarles de las profundas e inmensas responsabilidades que Cristo atribuyó a la juventud.

Responsabilidades indeclinables, inmediatas e intransferibles.

La generación del futuro ha de ser un reflejo de las generaciones de hoy: Por lo tanto nadie prescinde, en su aprendizaje, del ejemplo de sus maestros.

La generación actual, debe ser un espejo para las generaciones del mañana.

Y la cara de ese espejo no puede, ni se debe dejar saturar por las manchas de la iniquidad, que generan el desequilibrio y el mal ejemplo.

Echemos manos pues a la siembra evangélica, sin mirar para atrás, porque en la lucha edificante, no serán admitidos retrocesos ni vacilaciones.

Recordemos el “pregonad en tiempo y fuera de tiempo” del convertido de Damasco.

Aquel que desea seguir a Cristo, tiene que renunciar a sí mismo, tomar su cruz y seguirlo. Esa exhortación, profundamente sabia, atravesó los milenios y tiene hoy, la resonancia sublime de una advertencia amiga y generosa.

Renunciemos, jóvenes, a las preocupaciones materiales, porque la tarea evangélica está allí, exigiendo renuncia, abnegación y sacrificio.

Brindemos al “mundo” tan solo lo indispensable.

Renunciemos, para que la colectividad entera, la gran familia humana se beneficie de la grandiosa obra de regeneración planetaria en el más corto espacio de tiempo.

Del esfuerzo empleado, dependerá la mayor o menor amplitud de tiempo demandado.

El trabajo de los jóvenes espíritas tiene, pues, características inimaginables.

Con la fuerza moral adquirida tras el estudio y en la ejemplificación evangélica, serán llevados a efecto valiosos emprendimientos.

En las instituciones juveniles, la palabra de fe, entusiasmo y convicción será oída por otros jóvenes que no encontrarán por cierto, en otras doctrinas, la savia vivificante de la realidad cristiana, desnuda de fórmulas, rituales y símbolos.

En la intimidad de los hogares, en la ejemplificación constante de la bondad, de la afabilidad, de la corrección, del respeto filial, exaltando así, la “honra a tu padre y madre.”

En las Universidades e institutos, presentándose como perfectos caballeros, educados, estudiosos y aplicados, constituyendo excepciones que no pueden dejar de ser notadas.

En las reparticiones, en el comercio, en la industria, como funcionarios celosos, dedicados y honestos, o jefes humanos y altruistas.

En fin, en el seno de la sociedad, siempre manchada de preconceptos, fortalecidos y amparados en la convicción evangélica, darán testimonio edificante, separándose serenamente de los abusos y desvaríos anticristianos.

Tendremos entonces, a la juventud espírita de hoy, constituyendo mañana, para gloria de Dios y felicidad de todos, a la elite cristiana de profesores y médicos, de los magistrados y gobernantes.

Hombres dignos, humanos, justicieros, actuando consonantemente con las lecciones del Cristo Inmortal, de quien tanto nos hemos separado.

Iluminados, en definitiva, entonces por las claridades de la Tercera Revelación, (El Espiritismo), caminaremos, unidos en la paz y en el amor, en la Concordia y en la Fraternidad, hacia el frente y lo alto, con Nuestro Señor Jesús Cristo.

La posteridad, respirando en un clima de legítima comprensión, bendecirá, de los jóvenes espíritas de hoy, el esfuerzo de renuncia ante las glorias del mundo...

38 **LA FUERZA DEL EJEMPLO**

“porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.”

La influencia del Espiritismo no se hace sentir tan solo en los medios que les son peculiares.

Su actuación, saludable y constructiva, (conviene resaltar que altamente constructiva), se extiende, sin duda hacia otros ambientes, sectores y esferas.

Reformándose poco a poco, en la medida en que se va comprendiendo, sintiendo y aceptando de corazón el mensaje renovador de la Doctrina, el espírita comienza, muchas veces sin notarlo, a ser un elemento provechoso en el medio en donde vive.

Ciertamente, esto acontece por ser el Espiritismo una doctrina de auto-responsabilidad.

Cuando el hombre comienza a sentir la influencia renovadora de la Tercera Revelación, siente igual y simultáneamente, una noción de responsabilidad irresistible, que lo hace iniciar, luego de su metamorfosis íntima y de modo especial, a preocuparse por el problema de la ejemplificación.

Si se desempeña, en la vida pública, con funciones de mando, siente el imperativo de ser justo y bueno, porque bondad y justicia son cualidades que el Espiritismo apunta como esenciales a la felicidad y el progreso.

Si por el contrario, se desempeña en actividades subalternas, comienza por comprender la necesidad de esmerarse en el cumplimiento de sus obligaciones, con disciplina, respeto y buena voluntad, porque buena voluntad, respeto y disciplina son virtudes que la Doctrina le recomienda.

Entonces, administrando o sirviendo, el comportamiento del espírita esclarecido tiende para el Bien y la Verdad, porque los preceptos doctrinarios no se armonizan con la maldad y la mentira, por hallarse aquellos, impregnados de sustancia evangélica.

No se puede exigir, evidentemente, del obrero espírita, la santificación compulsoria, de un día para el otro, dado a lo profundas que son nuestras vinculaciones con el pretérito; con todo, se le puede sugerir esfuerzo y buena voluntad, perseverancia y fidelidad en la corrección de los defectos y en la conquista de cualidades ennoblecedoras.

Siempre constituye motivo de alegría para los Instructores Espirituales, encarnados y desencarnados, percibir que el individuo, al tornarse espírita, se modifica para mejor.

Si fuese vengativo y rencoroso, por lo general se convierte en generoso y prudente, esforzándose infatigablemente, en perdonar y servir a quienes antes lo ofendieran.

Si fuera prejuicioso y comodista, se transforma en un operario diligente y laborioso.

Si se complacía en el comentario maldiciente, con relación a todo y a todos, se torna discreto, habituándose inclusive a las observaciones circunspectas y sinceras.

Transformándose así gradualmente para el Bien y para la Luz, para el Amor y el Conocimiento, el servidor del Espiritismo puede influenciar, de manera satisfactoria a la comunidad a la que pertenece.

Beneficiar el ambiente en donde la Suprema Bondad lo situó.

Mejorar la colectividad de la que participa.

Reajustar caracteres y embellecer sentimientos de compañeros que le comparten la experiencia evolutiva.

Esto, porque el ejemplo – la Fuerza del Ejemplo - constituye la más edificante predicación que el hombre fiel a sí mismo puede realizar, a beneficio de su prójimo.

La palabra, aunque culta y superior, puede ser olvidada.

El buen ejemplo, observado y sentido permanece, indeleble, en la retina y en los repliegues de la conciencia.

De allí que el Maestro aconsejara a sus discípulos, luego de haberles lavado los pies: "...porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis."

39 GUARDAR

“entonces se recordaron de sus palabras”

Ante la realidad de la tumba vacía, situada en los generosos dominios de José de Arimatea, las mujeres que habían llegado desde la Galilea, se recordaron de las palabras de Jesús, a cerca de la resurrección en el tercer día.

En cuanto el Señor estaba entre ellas, con los discípulos y con el pueblo, disfrutando de Su Presencia Sublime, no consiguieron aprehender sus enseñanzas.

Olvidaron sus lecciones, claras algunas veces, ocultas en otras ocasiones bajo el velo de la alegoría y la parábola.

Oían, pero no guardaban.

Registraban la suave resonancia de su verbo luminoso, mas no le absorbían el contenido divino y eterno.

Innumerables veces, conforme describen los Evangelistas, confundían sus enseñanzas, dándole interpretaciones en desacuerdo con el real sentido de las mismas.

Igualmente se repite esto en los días que pasan, con relación al intercambio que se verifica entre los dos planos de la vida.

El mismo fenómeno se verifica con referencia a los mensajes que la Espiritualidad Superior nos está enviando, en sucesivas ondas de luz y amor, en una demostración de que las compuertas celestes continúan abiertas de par en par.

Jesús retornó al mundo para educar y salvar, para consolar y esclarecer.

Nos trajo de nuevo, abundantes semillas, que nos compete asimilar y retener, oír y guardar.

Orientación para el ejercicio de la mediumnidad, cordón de luz entre el Cielo y la Tierra.

Consejos sobre las necesidades de obedecer y servir con humildad.

Lecciones en torno a la fraternidad, para que el amor se expanda.

Incentivos al estudio noble, para que la cultura dignifique y eleve a la criatura humana.

Exhortaciones a la indulgencia, para que la comprensión y el respeto favorezcan la convivencia armoniosa.

Valiosos conceptos sobre el perdón, para que no se cultive la siembra del odio.

Incesantes consejos en pro de la reforma íntima, en consecutivos derramamientos de luz y misericordia, elevándonos el corazón conmovido, siempre que los mensajes surgen aquí y más allá.

Al suave impulso de la voz de Lo Alto, indefinible paz nos invade el alma, trayéndonos la confortadora certeza de la presencia del Maestro, en el santuario de nuestra conciencia.

Con todo, en los albores mediúmnicos y en las experiencias de subalternidad digna, obediencia y fraternidad, estudio e indulgencia, perdón y esfuerzo renovador son, sin duda aún, los “grandes ausentes” en nuestra jornada.

Mas tarde, con todo, cuando se diera el inevitable retorno de nuestros espíritus a los planos subjetivos, a través de la desencarnación, hemos de recordarnos, sorprendidos o desolados, de las palabras de esos abnegados instructores.

El mensaje renovador es tan necesario al Espíritu inmortal, como el pan diario al cuerpo transitorio.

Es imprescindible, con todo, no solamente asimilar y retener, oír y entender, sino, sobre todo, guardar y vivir lo que el Cielo tiene enviado, con tamaña prodigalidad, a través de los instrumentos mediúmnicos devotados y seguros.

Guardar la enseñanza, ejemplificándola, constituye en verdad, garantía de aprovechamiento e iluminación.

Ahora y siempre, hoy y mañana.

Jesús está con nosotros, a través de las enseñanzas que nos han enriquecido nuestras almas inquietas.

En las lecciones que la psicografía materializa, en forma de mensajes sustanciosos y bellos, simples y edificantes.

En los conceptos elevados que llegan hasta nosotros como estímulo y fortificación.

Reteniendo la palabra del Maestro y aplicándola a la vida práctica, en la medida de nuestros recursos, evitaremos la tardía recordación que nos traerá desilusión y sorpresa, aflicción y remordimiento.

40
CRISTO Y LÁZARO
I

*“Señor, he aquí, el que amas,
está enfermo”*

Se encontraba el Señor en Jerusalén, cuando Marta y María – dos jóvenes residentes en Betania, mandaron a avisarle que Lázaro, hermano de ambas y amigo de Jesús, estaba enfermo.

A pesar de la urgencia del recado, permaneció aún, el Divino Amigo dos días en donde estaba, no obstante amar intensamente a los amigos de Betania.

No era pequeña la distancia entre Jerusalén y la aldea, por lo que, cuando Jesús allí llegó, Lázaro ya estaba muerto y sepultado, según lo relata el Evangelio.

No tenemos como objetivo formular consideraciones doctrinarias sobre la muerte y resurrección del amigo del Señor, en su aspecto biológico, aunque disponga el Espiritismo de explicación, clara y lógica para el suceso en sí mismo.

Es nuestro deseo referirnos, exclusiva y simplemente, a las tres principales frases proferidas por Jesús, (lo que será hecho en los capítulos siguientes), en los cuales encontraremos preciosas e instructivas conclusiones ligadas al complejo problema del despertar espiritual del hombre.

Meditando sobre tales frases, verificaremos que la persona “adormecida” o “muerta”, para la Verdad Trascendente tendrá, como Lázaro, que despertar e irse a caminar bajo la influencia de factores sutiles y variados.

Factores que dependen inclusive, de la interferencia directa o indirecta de terceros.

El despertar es gradual y se condiciona al funcionamiento, ecuánime y perfecto, de las leyes naturales que rigen la evolución.

Nadie despertará instantáneamente.

Ninguno se levanta, de un momento para otro, del túmulo de la ignorancia al santuario del conocimiento.

Nadie da un salto desde la cueva del egoísmo para la catedral de la abnegación.

Ninguno, después de levantarse, conseguirá desfajarse con facilidad, sin el concurso de amigos y benefactores, sean ellos encarnados o desencarnados.

Hay siempre alguien, intercediendo por nosotros, a la manera de Marta y María, que se apresuran a enviar mensajeros al Cristo, a fin de que pudiese Lázaro ser restituido a la dinámica de la vida.

El Maestro, escuchando el pedido, compareció a la humilde aldea de Betania.

Atendiendo al afligido llamado de las jóvenes, que lloraban al hermano muerto, pronunció las tres frases que, según la elucidación espírita, indican el lento despertar del Espíritu para las bellezas de la Inmortalidad.

“Quitad la Piedra.”

“Lázaro, ven afuera.”

“Desatadle y dejadle ir.”

41
CRISTO Y LÁZARO
II

LA PRIMERA FRASE:

“Quitad la piedra”

Cuando el Maestro se acercó al túmulo en donde yacía Lázaro, ya se había formado allí un pequeño grupo de personas.

Eran amigos y conocidos que habiendo ido a la casa de Marta y María, para consolarlas “acerca del hermano”, conforme esclarece el Evangelio, al ser informadas de la llegada del Maestro a la sepultura, para allá también se dirigieron.

Obviamente, es de creerse, que los curiosos y escépticos pretendiesen (¿quién lo sabe?), testificar el maravilloso poder del carpintero de Nazaret.

Juzgarle la grandeza excelsa.

Certificar si eran reales o no, las propaladas cualidades del profeta, pues decían que el Hijo de José, operaba prodigios.

Rehabilitaba a mujeres infelices.

Curaba locos.

Reanimaba desalentados y sufridores.

Restituía la visión a los ciegos.

Limpiaba a los leprosos.

Levantaba a los paralíticos.

Lo cierto es que la Buena Nueva, registra la presencia de numerosas personas en torno de la sepultura, cuando el Maestro llegó allí acompañado de los discípulos y de Marta, quien le había salido al encuentro.

Esas personas irían a colaborar con Jesús en la resurrección de Lázaro...

•

Entre Jesús y el muerto había una piedra.

Entre la claridad y la sombra había una barrera, un obstáculo enorme y pesado.

En el estrecho recinto en donde se presumía que Lázaro comenzaba a pudrirse, y en el amplio mundo exterior, en donde el Cristo meditaba, dos opuestas realidades se enfrentaban.

Extrañas, diferentes, antagónicas...

La Vida y la Muerte.

Acá afuera, con la primera, la luz refulgente en las candilejas de la naturaleza en fiesta.

Allá adentro, con la segunda, la oscuridad y la quietud.

Lázaro, separado de la Vida, sumergido en la Muerte no podía, evidentemente, escuchar de Jesús la palabra renovadora.

No le podía atender la voz de mando, suave y enérgica al mismo tiempo, en una simultaneidad que el hombre difícilmente comprenderá.

No tenía oídos para captar la orden que, más tarde cuando el obstáculo fuese removido, por terceros, el Señor le daría: “¡Lázaro, ven afuera!”

Era indispensable, por lo tanto, el concurso de los circundantes, la colaboración de los que allí se encontraban, aun que sea por curiosidad o escepticismo.

Lázaro estaba muerto.

No tenía ojos para ver, ni oídos para oír, ni sentidos para percibir la realidad que lo procuraba

Apeló entonces Jesús a la colaboración de sus amigos: “Quitad la piedra.”

En otras palabras: “Quitad la escoria mental que le impide la visión de los magníficos panoramas de la Vida Inmortal.”

Estaba proferida, por lo tanto, la “primera frase” del Maestro en el maravilloso, en el deslumbrante e incomprensible episodio de la resurrección de Lázaro.

Los amigos del muerto retiraron la piedra, bajo la inspiración de Jesús.

La claridad del Sol que caía, penetró, como una chispa de esperanza, en el fondo de la caverna en donde habían puesto al hermano de Marta y María, al amigo del Señor...(*)

•

Cuando estamos muertos para la Verdad, insensibilizados ante el esplendor de la Inmortalidad Gloriosa, la palabra del Maestro no consigue resonar en nuestro universo íntimo, tornándose imprescindible, a la manera de Lázaro, que otras manos nos ayuden.

Manos que tanto pueden venir del Plano Espiritual a través del mensaje edificante y del libro que esclarece, como del propio plano físico, en donde aprendemos mediante la convivencia noble, educativa y saludable.

Tales compañeros, incumbidos por Jesús de “Quitar la Piedra” que nos separa de la claridad, son legítimos cireneos en nuestra jornada.

Así también, Emmanuel y André Luiz, Bezerra de Menezes y tantos otros retransmiten a nuestro corazón el mensaje renovador del Cristo, reeducándonos para la Vida Mejor, apartando de nuestra sepultura espiritual la piedra del egoísmo que desde hace milenios nos obstruye la conciencia, congelándonos el corazón y petrificándonos el sentimiento.

Bendigamos pues, a los generosos amigos, encarnados y desencarnados que, muchas veces nos han herido el orgullo desmedido, nos despreciaron la vanidad y nos destrozaron el egoísmo avasallante, colocándonos en contacto con la Luz de la Verdad.

Ellos nos aproximan a Nuestro Señor Jesús Cristo, el Pan de Vida.

(*)Nota de la editora: (FEB): A los lectores que deseen conocer el fenómeno, recomendamos la lectura del Capítulo “La Resurrección de Lázaro”, en la Obra “Síntesis del Nuevo Testamento” de Minimus.

42
CRISTO Y LAZARO
III

LA SEGUNDA FRASE:

“¡Lázaro, ven afuera!”

Jesús no eximió el concurso de los amigos del muerto, en el proceso de su resurrección.

No inquirió de ellos, con todo, en cuanto a la cultura, ni en cuanto a los sentimientos.

No les preguntó si eran judíos o romanos, rabinos o pescadores, señores o esclavos.

Simplemente lo utilizó en la resurrección de un hombre, valorizándolos con respecto a la oportunidad de trabajo, cooperación y servicio,

Pero, tan luego estableció el contacto visual con el joven de Betania, le habla directamente, sin reservas...

No más intermediarios: le da la orden incisiva y categórica.

Lo intima, con enérgica bondad, a dejar la sombra del túmulo, en un convite a que viniese a aspirar el oxígeno de afuera, a que viniese a reanimarse bajo la claridad del sol que buscaba en aquella hora la línea del horizonte.

¡Lázaro, ven afuera!, Señala, de manera irresistible, posiblemente para recordar lo que dijera estando en Jerusalén, cuando le llegara la noticia de la enfermedad del amigo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.”

Cuando el Maestro, volviéndose calmadamente, hacia los amigos de Lázaro, les ordenaba que quitasen la piedra, *Jesús estaba con Lázaro*, mas por extraño que parezca, *Lázaro no estaba con Jesús*.

Ahora, con todo, frente a la suave claridad que invadiera el interior del sepulcro, Lázaro ya podía escuchar la voz del Señor, la palabra de mando: “Lázaro, ven afuera”.

“Y el que había muerto salió” – relata el Evangelio.

“...Y Lázaro, que se levanta del sepulcro, es la vida triunfante que resurge inmortal” pondera Emmanuel, refiriéndose al grandioso episodio.

•

También nosotros, retirada la piedra del egoísmo del sarcófago de nuestros engaños milenarios, ya podemos oír, medio confusos, a la manera de a una sinfonía lejana, el verbo amoroso de Nuestro Señor Jesucristo.

Convocádonos a la Luz.

Requiriéndonos para la verdad.

Llamádonos, finalmente, para la Vida.

Vacilantes e indecisos, aturdidos y aletargados, contemplamos la amplitud de los cielos infinitos, en donde cintilan estrellas, esperanzas de mundos fabulosos, de sublimes y aún inalcanzables humanidades que escriben páginas inmortales en el universal drama de la evolución.

Nuestros párpados están pesados.

Los pies se encuentran doloridos.

Las manos aún traumatizadas.

En nuestra cabeza, un vacío indefinible.

Estamos realmente atónitos, mas ya comenzamos a sentir, en el templo de nuestro Espíritu, la presencia augusta y misericordiosa del Maestro.

Fajas mentales nos identifican con la muerte, pero ya nos hemos levantado.

No hay porque desanimarse.

“La evolución es fruto del tiempo infinito.”

43
CRISTO Y LÁZARO
IV

LA TERCERA FRASE:

“Desatadle, y dejadle ir”

Estamos del lado de afuera, ante el sol del Evangelio del Señor.

¡Mas, oh indescifrable realidad!, Tenemos las manos y pies atados por fajas y el rostro envuelto en un lienzo, a la manera de Lázaro.

Realmente estamos de pie, mas no podemos andar.

La Luz se hace en torno a nosotros, pero nada distinguimos.

Alrededor de nosotros, personas y cosas, pero nuestros ojos nada perciben.

La piedra fue retirada por generosos amigos, pero permanece, tirana e cruel, la atrofia muscular.

Ya salimos del sepulcro, obedeciendo la determinación del Celeste Benefactor.

Entretanto, una vez más, el Maestro ruega el concurso de nuestros queridos cireneos, viejos amigos que removieron la piedra, cuando nosotros solamente “dormíamos”, estando “muertos” para las realidades de la Vida Más Alta.

Abnegados amigos, benefactores incansables de otras existencias, que estuvieron a nuestro lado en la “muerte”, en el “sueño” y en el “despertar”, acuden nuevamente, presurosos, para desligarnos de las fajas y del lienzo que nos embarazan y nos inhiben, impidiéndonos dar el paso decisivo.

Hacia el frente y para lo alto.

En pro de la Sabiduría, por el camino del Amor.

Teniendo como meta el Conocimiento unido a la Bondad.

Jesús utiliza a aquellos amigos, abnegados compañeros de otras jornadas reencarnatorias, que habiendo aprovechado mejor el Tiempo y las oportunidades, se distanciaron de nosotros a través del esfuerzo propio, por la perseverancia en el bien.

Compañeros que, ciertamente, como nosotros, tuvieron hace milenios su piedra, pero de la cual se liberaron definitivamente, desde el sublime instante – desde el glorioso minuto en que la voz del Cristo resonó en sus conciencias – “Ven afuera.”

Aunque despierto, Lázaro no podría caminar.

Estaba atado, inhibido, cegado.

También nosotros, a pesar de despiertos, necesitamos aún de quien retire las fajas mentales que nos impiden la Visión Mayor.

Fajas de egoísmo, generando otros males.

Ambición, orgullo, envidia, odio...

Viejas ataduras que nos mantienen atados al sepulcro de nuestras ilusiones que porfían por no morir, por no extinguirse...

•

No basta con que sea retirada la piedra, por nuestros amigos encarnados o desencarnados.

No alcanza con la repercusión, en la acústica de nuestra conciencia, de la orden del Señor, compeliéndonos a levantarnos y salir para afuera.

No es suficiente con que nos desliguen, nos quiten las fajas, nos dejen ir, soñolientos y aturdidos – cual fantasmas sin rumbo ni voluntad.

Es imprescindible que marchemos, conscientes y esclarecidos, en la dirección de la Inmortalidad Sublime, en donde el Servicio con Jesús pide, de cada uno, devoción y renuncia, decisión y buena voluntad.

Es imperioso, ya que reconocemos con Emmanuel que “toda reacción sustancial procede del interior para el exterior”, empeñemos todo el esfuerzo posible en el sentido de nuestra ascensión definitiva, en la dirección de la Victoria con el Maestro.

44 **DISCERNIMIENTO**

“por el fruto se conoce al árbol”

Las comunicaciones mediúnicas, espontáneas o provocadas, no constituyen una invención del Espiritismo.

Esas comunicaciones siempre existieron, en todos los tiempos y lugares.

Le historia de todos los pueblos, occidentales y orientales, demuestra que el mundo espiritual nunca estuvo divorciado del mundo físico.

En la Antigüedad tales fenómenos no eran desconocidos, aunque permaneciesen limitados al recinto cerrado de los templos, monopolizados por los iniciados, que se interesaban en ocultarlos del pueblo, quien permanecía tan necesitado de él, como se demostraría en el futuro.

En el tiempo de Jesús, los fenómenos se intensificaron.

La presencia del Cristo en la Tierra, pone en efervescencia a las fuerzas espirituales, al punto de que los contemporáneos del Maestro se familiarizaran de tal modo con las comunicaciones, que las páginas evangélicas están repletas de hechos de esa naturaleza.

Con el Cristo, podemos observar que las cortinas de los templos iniciáticos se tornan transparentes.

Se torna hasta tal punto tenue que las comunicaciones se generalizan, alcanzando los más variados niveles de la sociedad de la época.

Los fenómenos ganan las calles.

Viajan hasta las aldeas más distantes.

Penetran en las metrópolis más famosas.

Invaden los campos y las playas.

Se consagran, finalmente, como una expresión inmedible del Amor de Dios, en el glorioso Día del Pentecostés.

A pesar de que los vuelos mediúnicos se hubiesen ampliado con el Maestro, fertilizando la siembra de la Buena Nueva, cabría, con todo al Espiritismo, el Consolador por determinación del propio Cristo, la misión de metodizar su práctica, disciplinado, a la manera de un ingeniero que, frente a la fuerza desgobernada de la catarata, utiliza los recursos de la técnica para convertirla en recurso de progreso y bienestar.

Le cupo al excelso misionero de la Codificación, no tan solo por medio de trabajos dispersos, sino sobre todo, a través del “Libro de los Médiums”, establecer las principales líneas para la práctica mediúmnica.

A los herederos de la Tercera Revelación, les aseguró Allán Kardec con “El Libro de los Médiums” el camino fundamental y la directriz segura.

Si deseamos que la práctica mediúmnica, con finalidad educativa y consoladora, para nosotros y también para los desencarnados, se realice bajo los preceptos del Evangelio y dentro de las normas doctrinarias, es imprescindible el estudio de ese libro, verdadero tratado experimental de Espiritismo, que garantiza al espírita una base sólida para el desempeño eficaz de sus compromisos, en este delicado y sublime campo de la Doctrina.

El sabor del fruto descubre al árbol.

El estudio y la observación elevan el discernimiento.

Sin las luces doctrinarias, hoy profusamente divulgadas, difícilmente conseguiremos éxito en el servicio mediúmnico.

Promover el intercambio con los Espíritus, sin la orientación doctrinaria y el sentimiento evangélico, en cualquier tiempo y lugar, es camino abierto para desagradables sorpresas.

Son el discernimiento y la bondad, vigas maestras del cuerpo mediúmnico, cualidades que solamente la Doctrina y el Evangelio proporcionan.

Cabiéndole pues, al Espiritismo, la misión de orientar la práctica de la mediumnidad, no podemos ignorar que, ante la circunstancia de ser militantes de la Doctrina, cada uno de nosotros soporta sobre sus hombros, una parcela de responsabilidad.

En su difusión, su desenvolvimiento y su ejercicio.

Esto es lo que nos parece acertado.

Y también a todos les ha de parecer, suponemos, porque el abecedario mediúmnico es uno solo: “El libro de los Médiums.”

45 **ESTUDIO Y TRABAJO**

*“Espíritas, amaos; este es el primer mandamiento.
Instruios, este es el segundo...”*

La Espiritualidad Superior viene insistiendo, a través de consecutivos mensajes, sobre la necesidad del estudio y del trabajo, en las columnas renovadoras del Espiritismo.

Amor e instrucción han sido, en verdad, la palabra de orden de los Mensajeros del Cristo.

Los trabajadores encarnados, identificándose con el pensamiento y la orientación de quienes los acompañan desde lo Más Alto, en la sorprendente e irresistible marcha de la Doctrina, se sienten naturalmente, con el deber de secundarles la recomendación.

Por lo demás, no es de ahora que los espíritus exhortan a los hombres al estudio y a la instrucción; a la cultura, en tanto que no envanezca esta al hombre, sino que lo torne humilde, sinceramente modesto.

Humilde desde adentro hacia fuera.

Cuando se lanzaban en Francia, los fundamentos del Espiritismo, las iluminadas entidades que organizaban la Codificación, utilizando la personalidad misionera de Allán Kardec, ya despertaban a los obreros de la primera hora hacia el imperativo de la instrucción.

El Espíritu de Verdad, cuyas palabras dejan indiscutiblemente entrever una trascendente autoridad, comunicándose en París en 1860, exhortaba, incisivo: “Espíritas, amaos; este es el primer mandamiento, instruios, este es el segundo.”

El Amor es el Trabajo, la Acción y el Servicio.

La Instrucción es la lectura, el Estudio, el Conocimiento.

Amor e Instrucción constituyen, por consiguiente, dos palancas, dos herramientas que deben estar, día y noche, en las manos de los espíritas.

A través del Amor, ejercemos la solidaridad.

Nos identificamos con el sufrimiento del prójimo.

Visitaremos al enfermo y al encarcelado.

Despertaremos, en fin, en la esencia de nuestra individualidad eterna, la centella de bondad que existe, potencialmente en cada ser.

A través del estudio, aprenderemos a discernir el error de la verdad; la claridad de la sombra y la sinceridad de la hipocresía.

El Espiritismo, como acentúa Allán Kardec, no es una doctrina que induzca a sus adeptos a extrañas y extravagantes singularidades.

Ni estudio sin amor; ni amor sin estudio.

En suma: ni bondad desprovista de conocimiento, ni conocimiento con ausencia de bondad.

Amor sin estudio es comportamiento unilateral, favoreciendo tan solo al sentimiento, pero retardando la ascensión hacia Dios.

Estudio sin amor constituye, casi siempre, una experiencia simplemente intelectual, pudiéndonos llevar a la presunción y la vanidad, amenazando así al aprendiz a la caída y el fracaso.

Es que, por regla general, consonante a la advertencia de Pablo de Tarso: “El conocimiento envanece, pero el amor edifica.”

Emmanuel, hablándonos al corazón, exhorta también: “Recuerda que en Doctrina Espírita, es preciso estudiar y aprender, entender y aplicar.”

Aconseja también, la divulgación del “estudio noble”.

Con todo, reconociendo la fragilidad humana, destaca la necesidad de que el espírita, a través del amor “fundamente las palabras en el ejemplo.”

Observando el empeño de los Instructores Espirituales, en la incesante recomendación al estudio, no debemos olvidar a León Denis preocupado, ciertamente con el problema de la ignorancia, que lleva al fanatismo, asegurando a su vez: “El Espiritismo será aquello que de él, los hombres hagan.”

¿Que rumbo tomaría la Doctrina Espírita si nos encastillásemos en la pereza mental, y despreciando a los libros, nos embriagásemos con los mensajes que descienden de los cielos en cataratas interminables e incesantes?

¿A donde iríamos a parar, si los libros permaneciesen cerrados en los estantes de las editoras y librerías?

¿Qué sería del Espiritismo – que es Ciencia, Filosofía y Religión – dentro de solo algunas decenas de años?

La Doctrina Espírita es, sobre todo y esencialmente, la Doctrina del equilibrio y del buen sentido: Amor y Sabiduría, constituyen las alas de que se valdrá el Espíritu Humano en su vuelo hacia el Infinito.

Trabajo e instrucción, con el fin de que el equilibrio sea una constante en la vida del aprendiz y en la expansión doctrinaria.

Debemos, por eso mismo, preguntar también:

¿Qué rumbo tomaría también nuestro bendecido movimiento, si, solamente estudiando, olvidásemos a los necesitados del camino?

¿A donde iríamos a parar si, apenas manoseando libros y devorando mensajes, nos alejásemos del hambre del pobre, de la desnudez del huérfano, de la dificultad de la viuda, de la soledad del encarcelado, y de la desesperación del enfermo incurable?

¿Qué sería del Espiritismo – el Consolador prometido por Jesús – si estimulando la cultura, olvidásemos lamentablemente la sublime leyenda adoptada por el insigne Misionero lionés; “Trabajo, Solidaridad y Tolerancia.”?

Hay por lo tanto, y como se observa, una dupla inseparable e indisoluble necesidad: “Amor e Instrucción”.

Evidentemente, no se ha podido engañar el Espíritu de Verdad cuando dijo: “Vengo, como otrora, a los extraviados hijos de Israel, a traer la Verdad y disipar las tinieblas. Escuchadme”, al preceptuar en los albores del Espiritismo, el imperativo del Amor y la Sabiduría.

“Espíritas, amaos; este es el primer mandamiento; Instruíos, este es el segundo.”

46 LIBERACIÓN

*“Si os he dicho cosas terrenales
y no creéis...”*

El Espiritismo es una doctrina que sustenta, defiende y difunde la idea de que las revelaciones son hechas en la medida en que se procesa la madurez del hombre.

No estando en condiciones de comprender la “voz de los cielos”, venga ella en el campo de la Ciencia, de la Filosofía o de la Religión, la criatura humana se manifiesta pretendiendo, no solo conocer lo que no puede, sino lo que es peor, pretende ejercer el monopolio en la interpretación de pequeños trozos de las Revelaciones que el Padre Celestial, permite se nos hagan.

Son “cosas celestiales”, como acentuó Jesús, que los Nicodemo de la actualidad no pueden comprender, dado a que aún mismo no entienden las cosas terrestres.

Y la manifestación de ese trabajo, entre los hombres de la Tierra, se subordina a factores de los más variados.

Culturales, morales y espirituales.

No se condiciona con la voluntad, casi siempre infantil o pretenciosa, de los encarnados.

Cada uno recibirá de acuerdo con su grado de cultura, el índice de espiritualidad y la naturaleza de sus sentimientos.

En las revelaciones científicas, cultura y conocimientos.

En las religiosas, sentimiento moral.

Todo viene a su tiempo, y Dios sabe cuando es el tiempo propicio.

Jesús habló sobre la reencarnación a Nicodemo, mas el digno y respetable integrante del fariseísmo no pudo comprender la referencia del Maestro.

Nicodemo era un hombre intelectualizado, nadie lo puede negar.

Sin duda estaba habituado, en el Templo y en las Sinagogas al juego fraseológico de la exégesis de las Escrituras.

Pero, a pesar de eso, no poseía cultura espiritual para entender el trascendentalismo de la tesis palingenésica, expuesta sutilmente por Jesús.

“Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? – resaltó el Maestro, comprensivo y paciente, generoso y sabio, ante el esfuerzo mental del curioso fariseo.

A pesar de eso, en un último intento, atento al hambre espiritual del Doctor de la Ley, prosiguió: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios” – palabras que, más tarde, el Consolador prometido por el propio Jesús, transformaría en “nacer, vivir, morir, renacer nuevamente y progresar continuamente...”

Para comprender a la Reencarnación, es indispensable, antes que nada, que el hombre se libere del fanatismo religioso.

Aparte para bien lejos, el preconcepción científico.

Mire desde afuera cualquier expresión dogmática.

Si no se libera, no comprenderá.

Entonces, liberarse para entender, esa es la cuestión.

Es necesario que, superando la mala voluntad y el orgullo, dé el hombre una sacudida en la propia conciencia y se libere, de una sola vez o gradualmente, pero con firmeza, de cualquier estrechez o inhibición.

En ese esfuerzo por comprender, la humildad desempeña también, un papel relevante.

Y el coraje moral tiene también su lugarcito...

Estrechez e inhibiciones, mala voluntad y orgullo son herencias de las religiones que, o se modifican bajo el impacto de la evolución y el progreso, o pierden su finalidad y su prestigio en el seno del pueblo.

Serán compelidas a ceder lugar, en definitiva, a las doctrinas más conformes con la fe y que no tienen miedo a la razón.

El hombre moderno está buscando, con ansiedad, el conocimiento de la Verdad.

Es esencial, pues, no olvidar la advertencia de Jesús cuando afirmó que el hombre se liberará al conocer la Verdad...

47
LIBERTAD CRISTIANA
I

*“Todas las cosas me son lícitas,
mas no todas convienen”*

Fijando los límites de la libertad cristiana o, en otras palabras, estableciendo reglas para el buen tono evangélico, advierte Pablo a los miembros de la Iglesia por él fundada en Corinto, Grecia, en 1ª Cor. 10:23, en cuanto a la licitud y conveniencia de las cosas.

La orientación Paulina es sabia y equilibrada, dado a que favorece nuestra comprensión en cuanto al comportamiento heterogéneo de los hombres, en determinadas circunstancias de la vida común.

Para una mayor claridad del pasaje en estudio, la reproducimos también según otras traducciones bíblicas: “Todo me está permitido, mas no todo conviene; todo me es permitido, mas no todo edifica.”

En primer lugar, recalquemos al respecto, al Libre Albedrío individual, en el substrato ético del Cristianismo: todo está permitido al hombre, mas él modificará esa libertad de elección, dejará de usar ese permiso tan luego la Espiritualidad le muestre más amplios horizontes evolutivos, o la evolución le muestre más amplios horizontes espirituales.

El hombre puede hacer esto o aquello, desde que en esto o aquello se complace.

Con todo, esclavo es el hombre en la cosecha, dado a que lo que es libre, es la siembra.

El pensamiento del Apóstol de los Gentiles es algo parecido, en el tópico bajo análisis, con el del Maestro (a quien Pablo tanto supo amar y a cuyo ideal tan bien supo servir), cuando rogaba por los discípulos, en la llamada “oración sacerdotal”: “Padre, no ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.”

La advertencia de Pablo nos lleva, inicialmente a reflexionar en cuanto a la conveniencia o no, de ciertas cosas.

Nos impele, igualmente, hacia un detalle significativo: cuando un hombre determina su voluntad hacia las realidades eternas, (del Bien y la Moral, del Sentimiento y de la Cultura), ciertas normas de vida son, para él, evidentemente lícitas, pero no le convienen.

No le convienen porque no le edifican.

No le construyen íntimamente.

No le perfeccionan.

No le aprovechan al Espíritu Inmortal.

Estudiemos este asunto, delicado sin dudas, bajo algunos aspectos de la vida de relación.

La vida social, teóricamente, es agradable y necesaria algunas veces al mantenimiento del círculo de amistades que el hombre forja día a día.

Entre tanto, hay criaturas que colocan este problema en términos tales, que llegan a afirmar: “Mi vida social es tan intensa, tan absorbente, que no me queda tiempo para nada más.”

Es entonces el caso de ponderar con el Apóstol: Es lícito mantener una vida social, con todo, si tal programa, por su intensidad, se torna obsesivamente esclavizante y esclavizantemente obsesivo, con perjuicio para otro sublime programa, (el de las ocupaciones espirituales), obviamente no conviene, porque no edifica.

Otro caso, ahora relacionado con las diversiones.

Hay personas que las frecuentan, durante casi la semana entera, no reservando siquiera una noche para la visita a un enfermo, a un encarcelado, a uno que sufre, a un amigo que atraviesa una prueba.

Comparecer a diversiones instructivas, es naturalmente cosa lícita, inclusive porque ventilan y educan al Espíritu, aliviándolo de las sobrecargas mentales de un día de intenso trabajo.

Es lícito, sin duda, mas no conviene al aprendiz de buena voluntad, procurarlas muchas veces en la semana, porque esas noches serán más cristianamente vividas si son utilizadas en la visita a los necesitados o en el cumplimiento de cualquier tarea espiritual.

En suma, el problema de la criatura, realmente interesada en dinamizar la propia renovación, es el de la vivencia cristiana por un mayor número de horas.

Renovarse es liberarse.

Liberarse es ascender en la comprensión y en el entendimiento.

Cada hora, en nuestra existencia, es una oportunidad que nos compete valorizar, utilizándola en el Bien, en cualquiera de sus variadas modalidades.

Frecuentar las diversiones educativas, (simplemente las educativas y nunca las licenciosas) una vez que otra, es cosa lícita.

El Espiritismo no pretende privarnos de ellas.

Con todo, si se torna el hombre esclavo de las filas, obcecándose por los anuncios de espectáculos, no conviene porque no edifica.

Penetremos bien en el pensamiento de Pablo: “Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen.”

48
LIBERTAD CRISTIANA
II

*“Todo me es permitido,
mas no todo edifica.”*

Los espíritas ya conocen, (algunos por experiencia personal, otros a través de la lectura), respecto a la precariedad de las alegrías y distracciones del mundo.

Ya perciben el contraste entre ellas y los júbilos espirituales, la transitoriedad de aquellas y la perennidad de estos.

Pueden, por lo tanto, usar el discernimiento en la elección de lo que les conviene, (porque tienen sentido de eternidad), en detrimento de lo que apenas es lícito, que es siempre de naturaleza efímera.

Las visitas sociales, de las cuales el corazón no participa, por lo general vacías de contenido y finalidad edificante, son inocuas.

No se les percibe, generalmente, un objetivo serio.

Lo que hacen, por lo general, es favorecer a la malicia, el comentario cruel y la observación mal intencionada.

No son convenientes, pues, para quienes tienen motivos serios con los cuales deben y desean ocupar su tiempo, sus horas y minutos.

En las diversiones, atendemos comúnmente, a nuestro propio interés, lo que no deja de ser en el fondo, una forma de egoísmo, disfrazada sutil e imperceptiblemente.

En la visita al necesitado, atendemos al interés de otro, lo que es indudablemente, una actitud de altruismo.

En las primeras hay una satisfacción personal.

En la segunda, realizamos un acto fraterno, caritativo, evangélico, cuyo precio, muchas veces, es el sacrificio de una hora de reposo.

Pablo, dando curso a su pensamiento, en el Capítulo 10:24, recomienda: “Ninguno busque su propio bien, sino el del otro.”

•

Otro ejemplo también demostrativo.

Leer es bueno y agradable, es cosa lícita y permitida.

Mas solo conviene leer lo que nos pueda mejorar.

Lo que nos pueda instruir para lo Bello, lo Eterno, lo Divino.

El mal libro es hermano del espectáculo pernicioso.

No toda lectura, por lo tanto, conviene, aunque toda lectura sea lícita, a pesar de que no se pretenda imponer al hombre, que lea este o aquel libro que no se ajuste a su preferencia.

Esta interpretación del pensamiento de Pablo, no encontrará receptividad en criaturas que aún no comenzaron a sentir incomodidad ante la lectura de ciertos libros, en donde la insensatez y la liviandad, la presunción y el descreimiento se ajustan perfectamente.

El hombre que se está comenzando a esclarecer no pierde su tiempo, - precioso talento que la Divinidad le concede – en la lectura de libros *simplemente* lícitos, mas lo emplea convenientemente en la lectura de libros *esencialmente* edificantes.

Toda lectura, por lo tanto, es lícita, mas no toda lectura conviene.

Toda lectura está permitida, pero no toda lectura edifica.

Es profunda la recomendación del ex - doctor del Sinedrio, ex - tejedor de Tarso y, después, valeroso, incomparable diseminador de las Verdades Cristianas.

Cuantas veces escuchamos de compañeros palabras como estas: “No fui a las tareas espirituales porque, en el camino, me encontré con un amigo y nos quedamos a conversar.”

La conversación con un amigo, en una esquina cualquiera, es cosa lícita, pero preferirla antes que a la sublime alegría de los deberes espirituales no conviene, porque no edifica.

Por el contrario, nos sirve para mantenernos por mucho tiempo aún, tal vez siglos, sustituyendo lo eterno por lo temporal.

Lo divino, por lo humano.

Lo trascendente, por lo rutinario.

Lo que redime, por lo que condena.

Lo espiritual, por lo material.

Los placeres del Cielo, por las alegrías de la Tierra.

Desde hace miles de milenios, nuestra alma viajera del infinito, se complace en la futilidad.

En la lectura vulgar, cuando no deprimente.

En la visita convencional.

En la distracción rutinaria.

En los espectáculos sin provecho.

Se niega a sí misma, de este modo, la bellísima oportunidad de un esfuerzo mayor, en el sentido de emerger de la animalidad para la humanidad, de renovar hábitos y costumbres, actitudes y sentimientos.

Sin dudas, es hora de cambiar...

49
LIBERTAD CRISTIANA
III

“Ninguno busque su propio bien, sino el del otro.”

La exhortación de Pablo en una invitación a la fraternidad, al amor, a la misericordia y al altruismo.

Que las diversiones sean apenas, un descanso en nuestra existencia, es lícito.

Que el libro vulgar, continúe alimentando ilusiones, intoxicando mentes, plasmando futilidades, robando horas, - es cosa lícita.

Que la visita convencional, formalista, desprovista de sinceridad y cariño, permanezca fomentando la hipocresía entre los que en ella se complacen, - es cosa lícita.

Merece, con todo, nuestro aprecio el consejo de Pablo: “ninguno busque su propio bien, sino el del otro.”

El hombre o la mujer que, a pesar de imperfectos, buscan en el cumplimiento de sus obligaciones espirituales, su propia edificación, por la comprensión de que, en la vida terrestre todo pasa, deben continuar prefiriendo el comportamiento constructivo.

La visita fraterna siempre es posible.

La lectura sustanciosa.

Las tareas del Bien.

Las labores del Evangelio y de la Doctrina.

En fin, el estudio y el trabajo.

Así conviene al Espíritu, ya despierto, en el proceso de la planificación cristiana.

En lugar de las diversiones excesivas, hay mucha cosa útil para hacer.

La visita al hospital, en donde el desvalido permanece olvidado.

Al amigo enfermo o acosado por un problema moral, ansiando por un instante de lectura confortadora, en su lecho de sufrimiento, que la distracción o la falta de tiempo de la mayoría olvida.

En ves de un libro común, prefiramos la obra seria, respetable, que hable de fraternidad y evolución, inmortalidad y progreso, luz y amor.

Obra que enriquezca la inteligencia, con beneficios para el interés de otros.

Ya no más la visita convencional: ahora la solidaridad a los que sufren.

La palabra cariñosa en el lecho del moribundo.

El gesto afectuoso y comprensivo, simple y espontáneo, para con el criminal que la sociedad desprecia.

La ayuda a la viuda que llora, con los hijos, la ausencia del esposo que se fue en el Gran Viaje.

•

Todo esfuerzo en el sentido de la auto espiritualización es lucro para el alma eterna.

Toda reducción de futilidades constituye, innegablemente, un paso al frente en la senda liberadora.

Contra nuestros deseos de crecimiento, nos aseguran los Instructores Espirituales, conspiran milenios de sombras.

La jornada de la ascensión se realiza “bajo la cruz de sucesivos testimonios”, nos avisa la bondad de Emmanuel.

Mas, el verbo de los amigos dedicados, resuena aún muy frágilmente en nuestras conciencias.

Aún buscamos, ávidamente, el interés propio, en detrimento del ajeno, desatendiendo el consejo del Apóstol.

Tenemos dificultad en conjugar, en todos sus tiempos y modos, el verbo “servir.”

El servicio, para nosotros, constituye todavía, una disciplina; una bendita disciplina que nos inclinará gradualmente, al estado de ayudar espontáneamente.

No tenemos espíritu de renuncia.

Tenemos dificultad en sacrificarnos por el prójimo.

Pero, si preferimos lo conveniente a lo lícito, lo edificante a lo permitido, lo provechoso y útil a lo simplemente agradable, alcanzaremos con certeza, nuestro sublime destino dentro de la Eternidad.

El destino del Bien y de la Moral.

De la Sabiduría y del Amor, con el Maestro de la cruz...

Otras esferas, otros mundos, otros soles, aguardan que aprendamos aquí, la lección de la renuncia y del desinterés.

50 INFIERNO

*“Allí será el lloro
y el crujir de dientes...”*

La Humanidad de hoy no acepta la clásica definición del infierno, adoptada y enseñada por algunas religiones.

Con alguna buena voluntad, se puede admitir que, en la alborada de los tiempos, cuando aún se arrastraba el pensamiento humano, la tesis de un infierno, del cual jamás se saldría, tuviese alguna utilidad.

Concediendo por lo tanto, a semejante tesis un crédito de comprensión y tolerancia, con respeto a su ancianidad, se puede admitir su utilidad en una época en que la Humanidad se encontraba sumergida, de “cuerpo y alma”, en los profundos océanos del oscurantismo.

El hombre embrutecido, el hombre salvaje, el hombre que luchaba por alcanzar el nivel de la Razón, un hombre así de primitivo, atrasado, posiblemente necesitaría de algo que lo atemorizase, de algo que le contuviese los violentos y animalizados impulsos, generados por la feroz ignorancia.

Hoy, con todo, el hombre ya se instruyó... aunque aún no se haya iluminado.

La Ciencia realiza, en la actualidad, los más audaces vuelos en la dirección del Conocimiento, desnudando audazmente de la Naturaleza, las más notables manifestaciones.

La Filosofía, por su lado, no se ha quedado atrás en el afán de explicar los enigmas de la Vida y de la Inmortalidad.

La Religión, a su vez, aliándose con ambas, revela al espíritu del hombre horizontes más amplios, perspectivas más bellas y consoladoras, en el esperanzado escenario de la evolución.

El infierno, aceptado y difundido por la Teología, no impresiona más a nadie por ser absurdo.

Los propios niños ya no lo toman en serio.

El hombre del siglo XX tiene una concepción única, simple y lógica, para definir al infierno: Estado de conciencia.

Concepción que la Doctrina Espírita también adopta, difunde y pregona.

Concepción que asegura la integridad de la Justicia Divina y la excelstitud del Amor del Padre.

En la concepción Teológica, es un lugar en donde las almas sufren eternamente: en la concepción Espírita, es un estado del alma, transitorio y efímero.

De acuerdo con la Teología, es objetivo: de acuerdo con el Espiritismo es subjetivo.

Con la primera, fue creado y en él son lanzados, por la eternidad, los infelices: con el segundo, el hombre es quien lo crea y en él se sumerge temporalmente, alimentándose de sus emociones y desesperanzas.

Dos tesis, por consiguiente, irreconciliables.

Los Instructores Espirituales, con la sabiduría y la claridad de siempre, enseñan: no hay tormentos eternos para los pecadores, mas si “hombres infernales creando infiernos para sí mismos.”

Por lo tanto, quienes fabrican el infierno para los hombres, son los propios hombres.

No sería Dios, el ILIMITADO AMOR e INFINITA COMPASIÓN quién debiera engendrar, con detalles de estudiada crueldad, (como no lo haría el más inhumano carcelero del mundo), tan desalmada prisión para todas sus criaturas.

Si la permanencia en el Infierno, tuviese la duración de cien, doscientos o trescientos años, contando que le diesen un límite cualquiera, un final aún mismo postergado, aún así habría oportunidad de admitir, en el Creador, algún resquicio de piedad.

Mas el infierno que dicen ha destinado Dios para los infelices, (infierno cuya concepción se va desmoronando como una casa vieja), ese jamás existió.

Admitirlo, sería considerar al más riguroso padre terrestre, como mucho más compasivo y generoso que el Padre del Cielo...

Entretanto, continúan enseñando que Dios permite que en él sean eternamente torturados Sus hijos, en un fuego que jamás se apaga.

Jamás se apaga...

Eterno...

Sin fin...

Su fuego quema, mas no consume las almas...

¡Horrible, pavoroso, alucinante!

Más que todo eso ¡ENLOQUECEDOR...!

En él crepitan, incesantemente, ardientes llamas.

Lenguas de fuego, rojas encarnadas, atroces.

Y, dentro de ellas, quemándose por toda la eternidad, pero sin consumirse, (lo que sería una “siniestra esperanza”, pero siempre una esperanza), las criaturas que el propio Dios puso en el mundo para que evolucionen.

Amigos, quitemos la cobertura del fanatismo.

Amigos, vistamos la túnica del raciocinio y pongámoslo a funcionar...

El Espiritismo no acepta ese infierno, que niega y destruye el mínimo de Amor, Bondad, Ternura y Misericordia que el Amantísimo Padre podría ofrecer a sus hijos.

No aceptamos, como otros religiosos, ese infierno circunscrito, geográficamente definido.

Aceptamos, esto sí “el lloro y crujir de dientes” que el Evangelio menciona.

Aceptamos la existencia de planos de sufrimiento, en varias partes del Universo.

Y aceptamos también la existencia de los Planos Inferiores, en donde permanecen las almas que violaron las Leyes Divinas, insultaron a la moralidad y el bien, menospreciaron a la virtud y al saber, hasta que se dispongan ellas mismas, a recibir el auxilio divino, siempre dispuesto a socorrerlas.

51

LA OVEJA PERDIDA

*“...no dejará las noventa y nueve en el desierto
y va tras la que se perdió.”*

El tiempo de permanencia en los planos de sufrimiento, después de la muerte física, será aquel que la propia criatura quisiera, tanto cuanto permanecemos en un local de confusión, solamente hasta el momento en lo que deseamos.

Repetimos con el énfasis de una inquebrantable convicción: el tiempo que la criatura quiera.

Meses, años, decenios o siglos.

El egoísmo y la perversidad, el odio y la venganza elaboran, sin que el hombre lo perciba, su propia condena.

La conciencia culpable de hoy, caerá mañana, en el infierno que el remordimiento creó.

Y, cayendo en ese infierno, al extraviarse se sintonizará con millares de conciencias culposas que le armonizarán con el desvarío y el crimen.

Las zonas de sufrimiento, en la Espiritualidad, están repletas de almas atormentadas. Abarrotadas de ovejas que abrazaron el mal y en él se zambullen por largo tiempo.

Egoístas y envidiosos, perversos y vengativos, avaros y sensuales, conforman la infeliz población de estos Planos vibratorios ligados a la superficie y profundidades de la Tierra.

De ellos, con todo, podrán salir cuando así lo permitan sus propias fuerzas.

El Pastor Amoroso busca, ansiosamente, a la oveja descuidada, puesto que le conoce la fragilidad.

Falanges de Samaritanos, incursionan, en el nombre del Cristo, y bajo su inspiración, incansable y permanentemente, por los sombríos valles del plano extra físico, donde vegetan, en horrible promiscuidad, millones de criaturas.

Aquellas, todavía, que abran su corazón al arrepentimiento sincero, saldrán de allí en los amorosos brazos de sublimes mensajeros del Padre, que no desea que se pierda una sola de sus ovejas.

Tan luego se disponga el ser infeliz a renovarse, inmediatamente cesará su “infierno.”

La creación y la destrucción del infierno dependen, en principio, del propio hombre.

Nada de tormentos eternos.

Ni de lenguas de fuego quemando sin consumir, traduciendo un proceso de castigo que el más cruel verdugo del mundo tendría vergüenza de inventar.

Ni mucho menos mantenerlo..., como pretenden que viene haciendo Dios.

Las “tinieblas”, a que tantas veces se refirió Jesús, son el producto exclusivo del desequilibrio mental de millones de seres infelices.

Esas almas fracasadas permanecerán, de hecho, en esas “tinieblas”, hasta el día que lo deseen.

Más correctamente, en lenguaje doctrinario; hasta el momento en que tengan fuerzas para reajustarse mentalmente.

En definitiva, hasta el instante en que vengan a ofrecer, el santuario del corazón, a las renovadoras bendiciones del arrepentimiento sincero y de la humildad cristiana.

El hombre evangelizado, que se armoniza con Dios y con la propia conciencia, jamás vivirá en las “tinieblas”.

Podrá ir hasta ellas, para ayudar y socorrer a los infelices que por negligencia, en ellas se precipitaron.

Pertenezca a esta o aquella religión, lo mismo que a ninguna, si el hombre fuerza bueno y digno, caritativo y puro, honesto y moralizado, nunca vivirá en esas “tinieblas.”

52 CIELO

*“el reino de Dios
no vendrá con advertencia”*

Son inconciliables los conceptos doctrinarios sobre el Cielo, aceptados y adoptados por el Espiritismo, con los pregonados y afirmados por algunas religiones.

Para esas religiones, el Cielo es también, a la manera del Infierno, un lugar determinado, circunscrito, delimitado.

Una zona geográfica, en la Espiritualidad, en donde la beatitud y la contemplación nos hablan de un dios comodista, para no decir prejuicioso.

Tal concepto Teológico del Cielo, como se ve, es tan absurdo e inaceptable cuanto el del Infierno.

Entidades angélicas, a los sonos de arpas quejumbrosas, distraendo a aquellos que tuvieron medios y recursos para recibir en la Tierra, de manos no siempre puras, un pasaporte para las regiones inmaculadas del infinito...

Realmente, no se puede decir que tal ambiente, con ángeles música y claridades, sea desagradable: Mas nadie tampoco le podrá negar la monotonía, la somnolencia, la frialdad y la inutilidad.

Es tan poco posible creer, en el presente siglo, en el sufrimiento eterno, en las llamas que no se extinguen, como de creer en la felicidad inoperante, sin dinamismo ni fin, en un cielo en donde no haya trabajo y renovación.

El Espiritismo acepta y predica una definición activa del Cielo, compatible además, con la Ley Evolutiva que rige a *todos los fenómenos de la vida*.

El Cielo, para los Espíritas, es también un estado de conciencia.

Un estado de Conciencia Superior, reflejando el clima psicológico, la realidad mental de quien paso por el mundo realizando el Bien.

No sería justo, lógico, ni racional, que el individuo que se moralizó, se dignificó en el trabajo, se engrandeció moral y espiritualmente, tenga como premio, luego de la muerte del cuerpo, la peor cosa del mundo, el más triste castigo que se le puede infringir a un ser humano: ¡NO HACER NADA!

Simplemente oír suavidades musicales...

Apenas deleitarse con la beatífica visión de un cielo parado, sin lucha y sin esfuerzo, de un cielo sin realizaciones ni trabajo.

El Espiritismo enseña que hay incontables regiones en el Universo entero (y no tan solo en algunos puntos geográficos), en donde almas elevadísimas se congregan a través de la armonía de sentimientos, constituyendo así, ellas mismas, trascendentes mundos de culminante felicidad, verdaderos cielos, zonas inaccesibles a las almas impuras (hasta que se perfeccionen), en donde la Voluntad de Dios, distribuye misiones grandiosas, teniendo en vista el progreso de las Humanidades.

“Rezan las tradiciones del mundo espiritual, que en la dirección de todos los fenómenos de nuestro sistema, existe una comunidad de Espíritus Puros y Electos por el Señor Supremo del Universo, en cuyas manos se conservan las riendas directoras de la vida de todas las colectividades planetarias” – escribe Emmanuel en el “Camino de la Luz”.

Esas zonas no se destinan para A, B o C, sino para todas las criaturas de Dios, (espíritas, católicos o protestantes), desde el momento en que se redimen, que se afectan definitivamente al Cristo, desde que se integran al programa evangélico de la virtud y del conocimiento, de la renovación y del trabajo.

Todos nosotros viviremos un día, en esas regiones, cuando el superior estado de nuestras conciencias así lo permita.

Todos conoceremos, más tarde, esa plenitud divina.

El progreso abraza a la universalidad de los seres.

Los tiranos del mundo, los criminales de todos los matices, los infelices de toda especie, las prostitutas, los ateos y materialistas, todos alcanzarán un día, las celestes bienaventuranzas.

El Padre no desheredará a ninguno de sus hijos.

“Ninguna de las ovejas que el Padre me confió, se perderá”, aseguró Jesús con la dulce autoridad de Su Grandeza.

Las almas infernales de hoy, serán mañana las almas sublimadas por el Amor y por la Sabiduría, porque la Evolución es Ley impersonal, no dogmática y sin sectarismos.

La Evolución abraza, universalmente, a todos los seres.

El hombre, puede retardar el cumplimiento de esa Ley por algún tiempo, por años o siglos.

Un día, no obstante, cuando se abra en su conciencia una pequeña brecha, por menor que sea, la fuerza de esa Ley lo impulsará, irresistiblemente, para el Alto Destino que le está reservado.

53 **EL TESORO OCULTO**

*“porque he aquí, el
Reino de Dios, está entre vosotros”*

Interrogado, cierta vez, por los fariseos, sobre cuando vendría el Reino de Dios, Jesús les explicó que, el Reino de Dios, estaba “dentro de ellos.”

De acuerdo con las palabras del Maestro, el Reino de Dios, se encuentra encubierto, dentro de nosotros.

Dentro de los fariseos, hombres formalistas e hipócritas, como también dentro de los discípulos, hombres evangelizados, francos y leales.

En los reductos más íntimos de nuestra conciencia.

En el santuario de nuestro corazón.

En las entrañas más profundas de nuestra individualidad espiritual.

Únicamente nos cabe, el deber y el esfuerzo de su descubrimiento, con el fin de que sea acelerada en el tiempo nuestra felicidad.

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.”

Como se ve, hay quien aún no lo tiene, pero también existe alguien que ya lo posee, no obstante hay recursos para que todos lo puedan adquirir a través del esfuerzo propio.

“También el Reino de los Cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo encontrado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.”

Se deduce de la palabra del Señor, que el Cielo es la misma cosa que el Reino de Dios.

Cuando hayamos adquirido comprensión y virtudes capaces de llevarnos a la integración con el pensamiento evangélico, entraremos en el gozo, en la posesión de las primicias celestiales.

Mientras no sintamos la paz dentro de nosotros, estaremos sabiendo que el Cielo no está en nosotros, ni nosotros estamos en el Cielo.

El Reino de Dios aún no ha sido descubierto por nosotros.

El tesoro permanece oculto, nosotros aún no lo encontramos.

La perla ya se encuentra a la venta, mas el negociante aún no la encontró.

Cielo es quietud interior, quiera que estemos encarnados o desencarnados.

El Cielo está en la conciencia exenta de remordimientos.

En la mente sintonizada con lo Alto.

En el corazón incesantemente entregado al Trabajo Edificante.

En el alma sinceramente resignada en el dolor.

Cuando la suma de esas “realidades espirituales” haya traído quietud y serenidad a nuestro corazón, habremos descubierto, dentro de nosotros, al Reino de Dios.

Seremos como el hombre que, desbordado de alegría, vendió todo lo que tenía y compró el campo en donde estaba oculto el tesoro.

O como el comerciante que, jubiloso vendió todo lo que tenía, y compró la perla.

Estaremos pues, en el Cielo.

Y, las palabras de Jesús, “El Reino de Dios está dentro vuestro”, estarán obviamente confirmadas.

Plenamente confirmadas como no podía dejar de ser

54 INNOVACIONES

*“Recoged primero la cizaña, y atadla
en manojos para quemarla”*

Se observa, en algunos sectores de nuestro movimiento, el hábito de aplaudir a los oradores espíritas, en reuniones esencialmente doctrinarias, evangélicas.

Hay quien afirme, que en algunos Estados, compañeros nuestros no más hacen que levantarse, para que ya exploten ruidosos y deplorables aplausos.

Hay palmas cuando el presidente de la reunión se dirige a la mesa, aplausos cuando forma parte de ella, nuevamente cuando el conferencista se levanta y finalmente también después de la oración.

Los efectos de esos aplausos son siempre maléficos: o el orador se desconcierta, o sale de allí atacado por la enfermedad de la vanidad.

Entretanto, es de justicia que se resalte, que las instituciones reaccionan, delicadamente en contra de semejante hábito, oriundo generalmente, de compañeros bien intencionados y corteses, mas que no por eso dejan de atentar en contra de la simpleza de los Centros Espíritas, en donde debe predominar el recogimiento espiritual que favorezca la paz interior.

Sería admirable si las reuniones tuviesen, como desea la mayoría de las instituciones espíritas, la simplicidad de los primeros ágapes del Cristianismo, en las iglesias, en humildes residencias y en el escenario de la Naturaleza, Libro Divino en donde la Infinita Sabiduría y el Infinito poder se reflejan soberanamente.

Sería confortador, especialmente para los conferencistas, si durante y después de las reuniones, notase en ellas alguna analogía con las tertulias que los discípulos, (de almas abiertas al sol de la humanidad, y corazón estallando en reciprocidad amorosa, cuáles pétalos de rosas de fraternidad), realizaban en la Casa del Camino, en donde la palabra de esclarecimiento y de consuelo no se hacía al precio amargo de inoportunos y chocantes aplausos.

Los aplausos que se manifiestan, en forma de palmadas retumbantes, son a nuestro ver, el fuego del formalismo, incinerando al trigo de la simplicidad.

Los elogios fingidos, verbales o escritos, expresando otra forma de aplaudir, pueden encender el fuego del orgullo amenazando al trigo de la humildad que germina frágilmente, en el terreno del corazón humano.

Evidentemente, la palabra de estímulo fraterno y alentador, dirigida cordial, mas discretamente, al trabajador esforzado, no se debe clasificar a cuenta de elogio mentiroso.

Uno y otro se distinguen con relativa facilidad. Felizmente, casi todas las instituciones espíritas – cristianas desaprueban, en el Brasil entero, el elogio chocante y el aplauso ruidoso.

En la mayoría de los Centros, las últimas palabras del orador son recogidas en respetuoso y augusto silencio. Entre otras en la Federación Espírita Brasileña.

En Pedro Leopoldo, en el centro espírita Luis Gonzaga, nadie se atrevió jamás a quebrar, con elogios y aplausos, la armonía de las tareas allí realizadas.

Y, cuando la falta de madurez de alguien, suscita referencias fuera de lugar, el Director Espiritual, respetable y digno, elevado y noble, interrumpe el precioso servicio y, a través del propio médium, transmite el recado, cortés pero incisivo: Recomendamos la abstención de referencias personales. Somos tan solo trabajadores de buena voluntad.”

¿Por qué aplaudir a conferencistas?

¿En pago por su trabajo?

¿Por el brillo y acierto con que se manifestó, en el desempeño de su tarea?

¿Cómo entender, si es digno el trabajador no solo por el brillo de la palabra elocuente, sino también, y especialmente, por la sinceridad con que se comporta?

Si fue realmente provechoso el trabajo del compañero, testimoniemos en silencio, nuestra gratitud a Jesús, que lo inspiró por intermedio de cariñosas y anónimas entidades.

Si escribió y leyó una bella página, recordemos que la inteligencia le fuera dada por Dios, y que es a Dios, por lo tanto, Eterna Fuente de toda la Sabiduría, a quien deben dirigirse los nuestros y el agradecimiento del conferencista.

Escribiendo o improvisando, el conferencista es siempre un instrumento de las fuerzas espirituales, que se asocian, bondadosamente, a la cultura y el talento, al esfuerzo y la buena voluntad del elemento encarnado.

Siendo así, no entendemos porque recurrir a palmas, elogios o aplausos.

Sería más adecuado que se dejasen las palmas y elogios para las reuniones en agremiaciones literarias o artísticas, parlamentos o convenciones políticas, reuniones en donde se reivindicán situaciones en que elogios y palmas aparecerán como estimulantes necesarios

Conferencias fuera de los Centros Espíritas, que para nosotros tiene sentido de templo o iglesia, justifican aplausos, costumbres que son oriundas de ámbitos poco familiarizados con la simplicidad de nuestras reuniones.

Números de arte, música o poesía, en reuniones espíritas – sociales que los Centros en oportunidades realizan, justifican tales efusiones, hasta un punto naturalmente, en que la moderación no sea olvidada.

Tales manifestaciones se vuelven francamente inconvenientes, o mejor dicho, inconsecuentes, cuando la tarea es francamente evangélico doctrinaria..

Este es nuestro modo de pensar.

Sería interesante que se hiciese alguna cosa en el sentido de apagar el fuego antes de que él, fortalecido, se establezca dominando, enteramente la siembra espírita cristiana.

El Espiritismo es doctrina de contenido y finalidad netamente espiritual.

Reclama, de todos nosotros, idealismo y sinceridad, renovación y laboriosidad.

Las Casa Espíritas son iglesias, templos, santuarios en donde nos reunimos en el nombre del Cristo y con el objetivo de difundirle el pensamiento Divino.

Manifestaciones ruidosas se encuentran perfectas, en medio de solemnidades públicas, en donde por lo general, se entronizan vanidades y se evidencian personalidades profanas.

Según nuestra manera de ver, debemos colaborar con las instituciones en ese sentido: neutralizar delicada mas perseverantemente, ese hábito que hermanos de buena voluntad van infiltrando en los servicios doctrinarios y evangélicos, amenazando sutilmente, la simplicidad cristiana.

Simplicidad que no puede ni debe ausentarse de nuestras reuniones de estudio y meditación.

55

JESÚS EN BETANIA

I

*Y una mujer llamada Marta
lo recibió en su casa*

Uno de los más bellos sucesos narrados por el Evangelio es el que se desarrolla en Betania, pintoresca aldea Judía, en ocasión de la visita del Maestro a la casa de Marta y María.

Todo en ella es grandioso y conmovedor, por la simplicidad de que se reviste el divino acontecimiento.

La localidad modesta, la casita campechana y el bello entorno que proporcionaba el Monte de los Olivos, formando el sugestivo paisaje exterior, amoldados por un crepúsculo de incomparable belleza.

Allá adentro, posiblemente, bajo acuciantes miradas de vecinos y curiosos, dos jóvenes hermanas, espiritualmente distanciadas entre sí, acogen al Maestro Compasivo.

María, sentada a los pies de Jesús, escuchaba embelesada, sus enseñanzas; Marta, afanosa e inquieta, iba y venía acomodando las cosas y preparando una frugal refección para el Huésped Celeste, que se dignara a transponerle los umbrales domésticos.

En el centro de la conversación, majestuoso y sereno, con los cabellos envolviéndole los hombros, el Divino Amigo, distribuía los tesoros de su sabiduría, enunciando parábolas encantadoras y alegorías de valioso significado.

Su palabra armoniosa se derramaba en el sencillo aposento, saturándolo de suave magnetismo y sublimes vibraciones.

Preceptos de humildad, incentivos al perdón, magníficas nociones de fraternidad, advertencias justas y oportunas, dulces consuelos e incisivas referencias a la necesidad del trabajo constructivo, fluían abundantes, de los labios inmaculados de Nuestro Señor.

Cuando se verifica una tregua en la predicación sin atavíos de retórica, un respetuoso silencio domina el recinto, realzando la tocante solemnidad de aquella hora memorable.

•

María permanecía sentada a los pies del Maestro, embriagada de amor evangélico, soñando los más bellos sueños de que era capaz su hermoso corazón. La presencia de Jesús, en la rústica habitación de Betania representaba, en su idealismo, un glorioso minuto y maravillosa oportunidad de elevación, que su alma sensible no deseaba perder.

El espíritu de María vibraba en planos superiores, ansiando por algo que tuviese un sentido de permanente belleza y radiosa eternidad. De menor importancia le parecía, en aquel momento, que estuviese su hermana atareada, entrando y saliendo, en la preparación del caldo reconfortante con que procuraba honrar a la persona augusta del Maestro.

Jesús continuaba hablando, hablando...

Aquellas suave y al mismo tiempo enérgica inflexión de voz, tenía el don de prender, de magnetizar dulcemente a todos los que a Él se aproximaban, a todos los que Lo escuchaban.

En uno de los instantes en que el Señor ensalzaba el trabajo, la generosa y simpática figura de Marta se detiene en la sala, ahora convertida en un minúsculo plenario de Luz.

Observado a la hermana extasiada frente a Jesús, olvidada de todo y ajena a todos, y escuchando las últimas referencias sobre el deber bien cumplido, en la pauta de las obligaciones comunes, lo interpela, en tono quejoso: “Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile pues que me ayude.”

Podemos imaginar la sorpresa de todos, en el momento en que Jesús era directamente convidado a opinar sobre un problema trivial, rutinario, inherente a las dos dedicadas anfitrionas.

¿Qué iría a responder el Maestro?

¿Desaprobaría el procedimiento de la joven que quedara a sus pies, indiferente al esfuerzo de la hermana?

¿Censuraría a Marta por mostrarse tan celosa de los deberes terrenos, en detrimento de los espirituales?

¿Loaría la dedicación de la primera, que se mostraba tan profundamente interesada en las Verdades por él anunciadas?

¿Como opinaría el Maestro?, se preguntaba cada uno a sí mismo, a los circundantes, inclusive Marta y María...

Transcurren algunos instantes y las palabras de Jesús resuenan en el aposento, con inmensa ternura e infinita comprensión: *Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.*

El Maestro no censura a Marta.

No la recrimina.

No le ironiza la ambliopía mental.

No le dice, en el tono de humorístico, que se encuentra presa a las cosas terrestres.

Bondadosamente le advierte por su inquietud ante los problemas de rutina, inquietud que revela un estado espiritual aún inseguro, vacilante, indeciso.

Le hablo enseguida de la *mejor parte*, escogida por María, ofertando al espíritu de la joven un ángulo de vida aún inexplorado por su mente más apegada a las cosas pasajeras del mundo.

56

JESÚS EN BETANIA

II

MARTA Y MARÍA

Marta, Marta, afanada y turbada estás...

Hay, en la existencia humana, en la existencia de toda criatura, dos partes: la *material*, representada por las obligaciones que la propia vida impone, y la *espiritual*, representada por los deberes relacionados con el alma eterna.

Ambas son respetables, porque integran el conjunto de necesidades humanas, consecuentes de la propia vida en sociedad.

La mujer y el hombre, el viejo y el niño, el pobre y el rico, la autoridad y el subalterno, el letrado y el analfabeto, viven estas dos verdades.

Con todo, lo que las distingue, es que una tiene carácter efímero, mientras que la otra tiene carácter definitivo.

La parte material de nuestras vidas, pese a su respetabilidad, es pasajera y transitoria.

La parte espiritual es eterna, inmortal e imperecedero.

La inquietud de Marta indica un mayor aprecio a la parte material, tanto así que no se preocupa de escuchar las sublimes lecciones que el Maestro distribuye en abundancia, y que María absorbe, sedienta.

En la medida en que la criatura va *sintiendo* la parte espiritual, comienza a existir en ella misma, del *lado de adentro*, una quietud, un sosiego, una profunda e inalterable calma en el trato con la otra parte, la material.

Fue el caso de María.

No ignoraba que el arreglo del departamento y el propio refrigerio podían ser aplazados, sin perjuicio para los intereses eternos.

Podían quedar para después, a fin de que no se perdiese el alimento divino que Jesús ofrecía.

El bendito minuto de la visita del Ciudadano Celeste, representaba un suceso fundamenta, insustituible, que posiblemente nunca más se repitiese.

El Maestro debería seguir con su camino, demandando otras aldeas y otras gentes, para derramar su Luz en profusión y Bendiciones en abundancia.

Urgía, por lo tanto, que no se perdiese una sola de sus palabras, una sola de sus enseñanzas.

Ese era el Concepto de María, respecto de la visita de Jesús a su casa...

•

Hay mucha gente en el mundo en la posición de Marta: generosa y fraterna, pero inquieta, agitada, desasosegada ante las cosas percibles.

Muy pocos seguimos el ejemplo de María, que despertada para la Verdad, se mostraba quieta por dentro y por fuera, superior a los problemas efímeros, sin, a pesar de todo, despreciarles el valor relativo.

La advertencia del Maestro conserva, aún hoy su vigencia.

Es necesario que impere en nosotros el *espíritu calmo de María* inclinado a las cosas infinitas, con el fin de que *las inquietudes finitas de Marta* no nos impidan oír, sin desgano, los consejos del Maestro, que el Evangelio nos trajo, y el Espiritismo revive.

El Evangelio que el Señor predicaba en aquella hora a Marta y María, continúa siendo el tema de más fundamental importancia para nuestra alma.

Por medio de sus lecciones, sentidas y ejemplificadas, caminaremos hacia el progreso y encontraremos la luz.

Los problemas mundanos, sin que los despreciemos ni les disminuyamos el valor, atienden, tan solo, al instante que pasa.

Jesús, en la concepción de María, era una realidad que ella deseaba perpetuar en su alma; un tesoro que no se le podía escapar de los ojos ni del corazón.

Jesús, en el concepto de Marta, era el Huésped Celeste, cuya presencia debía honrar, en aquel instante.

Los servicios domésticos constituían, para la joven afanosa, un elemento impostergable.

El Cristo respetó, cariñosamente la inmadurez de la joven de Betania, tanto que se limitó a remarcarle la inquietud, con intención de reajustarla: *Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.*

Le identificó, con ternura, la infancia espiritual.

La sabía sin preparación para las enseñanzas más sutiles, como novata de las cosas espirituales.

No la censuró, ni la recriminó. Tan solo le aconsejó con delicadeza, que se calmase.

Y, sin exaltar la ventajosa posición de María, para no perjudicar el germen de entendimiento superior, le aclara: *María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.*

57
JESÚS EN BETANIA
III
LA MEJOR PARTE

LA QUE NO LE SERÁ QUITADA...

Es sin dudas expresiva la información dada por Jesús a Marta, respecto de que María había escogido la mejor parte, la que no le sería quitada.

La comprensión espiritual es un patrimonio imperdible.

No puede ser dado, ni vendido, ni cambiado, ni quitado por quien quiera que sea.

Nadie puede anular, o extinguir en el hombre la comprensión espiritual a aquel que la adquirió, mediante experiencias personales, que se pierden en la noche de milenios sin cuenta. El entendimiento de las cosas del espíritu es como el talento y la cultura, el bien y la moral: se incorporan con el tiempo, de manera plena y definitiva, en el ser humano, como fruto de la experiencia personal.

El hombre entiende porque sabe.

El hombre entiende, porque siente, ejemplifica y vive en persona, ese entendimiento que no se puede definir por medio de palabras.

Las inquietudes que constantemente nos visitan el corazón, en medio de las luchas cotidianas, en forma de ansiosa intranquilidad ante los problemas y soluciones terrestres, significan que aún estamos sintonizados con las *Martas del mundo* y en disonancia con las *Marías del Cielo*.

La conmovedora escena, en el hogar de Betania, aunque se remonte ha casi ya dos mil años, debe merecer una especial consideración por parte de nosotros, aprendices del Evangelio, estudiosos del Espiritismo y aspirantes a la luz de la Inmortalidad Gloriosa.

El tiempo no empalidece ni apaga las lecciones cristianas.

El entendimiento se revela, evidenciándose en el discernimiento.

Discernimiento claro, equivale a entendimiento superior.

Existe una proporción en el aprecio a las cosas del mundo y a las cosas del Cielo.

El hombre demostrará haber superado la órbita de la materialidad a partir del instante en que el porcentaje de sus intereses por las cosas espirituales se eleve de cincuenta.

Cincuenta por ciento para la parte material y cincuenta por ciento para la espiritual, representan la llamada “línea de transición.”

Cuando la individualidad humana siente, ella por sí y no por otros, que ofrece desde su corazón, sesenta por ciento de interés por las cosas espirituales y cuarenta a las materiales, podemos decir que fue superada la difícil y neurálgica fase de transición.

Hay progreso en el andar.

Cuando hubiera una proporción de ochenta por ciento para el espíritu y veinte por ciento para la materia, podemos decir que en la maratón evolutiva, el atleta va bien.

La meta definitiva, con un ciento por ciento de espiritualidad, define al hombre que triunfó sobre sí mismo.

Es el instante en que el espíritu humano, viajero de la Eternidad, puede escribir el Poema Universal de la “Victoria Sobre Sí Mismo”, asimilando así, la palabra del Cristo: “*Sed perfectos, como perfecto es el Padre Celestial*”.

En la conquista de esa posición, para la cual estamos aún totalmente inmaduros, es necesario el discernimiento en la elección de la *mejor parte*.

De la parte espiritual, esa que *nadie puede quitar...*

58

LA GRAN ESPERANZA

“Ninguna de las ovejas que el Padre me confió, se perderá”

Las generaciones actuales perciben que los grandes problemas de la fraternidad humana, continúan prácticamente irresueltos, a pesar del esfuerzo y del trabajo de los hombres de buena voluntad.

El hombre de hoy quiere ver para creer.

Observar, para deducir.

Deducir para conocer.

Conocer para aceptar.

Aceptar, para sentir.

Y finalmente sentir, para ser feliz.

Su análisis, observación y su conocimiento caerán, inevitablemente, en la falta de casi todo cuanto el criterio científico rechazó.

En el encubrimiento, por parte del propio hombre, (que permanece siglos sin cuenta encajonado en el sueño y en la fantasía), de todo cuanto la lógica y el buen sentido repelieron.

En el desprecio de todo lo que no les traiga una esperanza definida, un sosiego concreto, una paz indestructible.

La falta, el ocultamiento y el desprecio por esas religiones y filosofías cimentadas en formulas perecedoras, que testimonian la mutación y fragilidad de los valores simplemente humanos, vendrán solamente, a impregnar en el espíritu de las generaciones modernas, la sospecha de que todo esta irremediablemente perdido.

Por consiguiente, la humanidad tiene derecho a aspirar algo en favor de su felicidad.

De exigir aquello que le ha sido negado o proporcionado de manera incompleta, restringida, dudosa; esto es ¡el refugio bendito de la Paz Interior!

El suave abrigo de la fe.

La humanidad precisa de un nuevo rumbo, en donde puedan las criaturas de Dios participar, indisolublemente unidas, en un apretado abrazo de confianza y ternura, los caminos del perfeccionamiento.

El Espiritismo, como reviviscencia del Cristianismo, vino a decir a la humanidad que nuestro Señor Jesucristo, enfrente del Futuro, ora y trabaja.

El Maestro se encuentra en el timón.

Cuando más inclementes fueran las olas, cuanto más intenso fuese el desequilibrio, una clarinada sublime de trompetas convocará al Gran Ejercito de la Luz para el triunfal y definitivo combate contra las tinieblas.

¡Cristo es la Gran Esperanza!

•

En el auge de la confusión, los operarios del Bien, levantarán la candela que iluminará, de ahora y para siempre, las sendas humanas.

El invencible estandarte cristiano, grandioso y divino, reconducirá al refugio de la consolación a las ovejitas que el Padre Celeste, confió al corazón amoroso del Sublime Nazareno, el dulce Hijo de José y María.

El Maestro de la túnica sin costuras.

El ángel de las humildes sandalias.

Los trabajadores de la última hora, empuñarán la antorcha de la Buena Nueva, con el fin de difundir en la Tierra, fertilizada por el sudor de amargas experiencias, la semilla del trabajo redentor.

Sin deformaciones y sin formalismos, porque formalismos y deformaciones desmoronaron a las doctrinas que la vanidad humana alimentara.

Amparada la Buena Nueva de la Inmortalidad en el abono de la fe y la simplicidad, para que el orgullo y la prepotencia no la sofoquen, la tupida planta, que la Palestina vio nacer, ha de convertirse en frondoso árbol en el Mañana Luminoso.

Jesucristo es la Gran Esperanza.

Su promesa mantiene inquebrantable el ánimo de los que despertaran ante el sol radioso de la Verdad: ¡Ninguna de las ovejas que el Padre me confió, se perderá!

Por encima, muy por sobre de la incomprensión y del exclusivismo de los hombres, reinará siempre, inmutable y soberana, sabia y ecuánime, la Justicia del Creador.

Y, en el Tabor de las más sublimes aspiraciones humanas. Ondeará, impávida y luminosa, la Bandera del Cristianismo Victorioso en el Corazón de la Humanidad, la Gran Esperanza.

CONCLUSION

El Evangelio, comentado a la Luz del Espiritismo, es el más esclarecido sendero de que podemos disponer, hoy y siempre, para la solución, pacífica y feliz, de los problemas humanos.

Con él, todo es claridad y paz, alegría y trabajo, armonía y entendimiento, luz y progreso.

Sin él, nublados son los días y heladas las madrugadas.

Con él, la inteligencia y la cultura construyen para la vida que no perece, descubriendo los panoramas de la perfección.

Sin él, cultura e inteligencia elevan tronos a la vanidad, que es hija dilecta del orgullo.

Con él, la fortuna construye el progreso, estimula la prosperidad, ofrece las bendiciones del socorro fraterno a quienes la vejez pobre y la infancia desvalida colocaron al margen de la felicidad.

Sin él, los recursos materiales provocan la arteriosclerosis espiritual, favoreciendo la expansión del egoísmo, “monstruo devorador de todas las inteligencias”, incentivan la prepotencia y retienen al alma en los alucinantes abismos de la usura.

La buena dirección y el éxito de todos los comienzos tiene por base, sustancial e intrínsecamente, a Cristo y su Evangelio.

Es siempre oportuno, entonces, que difundamos la Palabra del Señor, con sinceridad y respeto, a través de la migaja de nuestro esfuerzo, con el fin de que prosigamos, a pesar de nuestras imperfecciones y necesidades, buscando lo mejor.

El imperativo de hoy y de los siglos que se aproximan es el mismo de ayer: ¡hacia el frente y para Lo Alto, en la dirección de los sublimados destinos de nuestra alma en tránsito para la Luz!

Nuestra contribución consiste sobre todo en la estimulación de nosotros mismos y a cuantos se interesen por la adquisición de los valores que no mueren, en el sentido de que nuestras luchas y problemas, aflicciones y cansancios, emprendimientos y responsabilidades nos encuentren siempre en nuestro puesto:

Vigilantes y laboriosos.

Sinceros en el aprendizaje común.

Leales a los propósitos de la evolución.

Asimilando las lecciones que la vida escribe.

Estudiando el Evangelio...